



LOS CELTAS

MANUEL YÁÑEZ SOLANA

TÍTULO: *LOS CELTAS*
AUTOR: *MANUEL YÁÑEZ SOLANA*
DISEÑO CUBIERTA: *JUAN MANUEL DOMÍNGUEZ*

© M. E. EDITORES, S. L.

Depósito Legal: M-14.944-1996 I.
S.B.N.: 84-495-0263-2

Impreso en Gráficas COFAS, S. A.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su inclusión en un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN.....	8
¿Qué representa lo celta? Necesidad de vivir con el mito.	
Una historia manipulada.	9
La realidad exterior celta. Cuando sólo eran los «hiperbóreos».....	10
Irlanda, el país celta por excelencia.....	11
Galicia, el espíritu celta.....	12
Capítulo I.-ORIGEN DE LOS CELTAS.....	13
Un pueblo heterogéneo. ¿En Unetice nacieron los primeros celtas?.....	13
En busca de un trágico destino. Las minas de sal de Hallstatt.....	15
Los celtas de la Tène. La «Céltica» de Estrabón.....	17
Los últimos bastiones celtas. Los dioses celtas.....	18
Las diosas celtas.....	19.
Capítulo II.-LA SOCIEDAD CELTA.....	21
La tribu.....	21
La tribu mítica o desfigurada.....	22
El clan y la familia.....	23
La leyenda del joven Cúchulainn.....	24
El muy singular matrimonio celta.....	25
Unos reyes muy peculiares.....	26
Arturo, el gran rey mítico.....	27
Capítulo III.-LAS MÁS ASOMBROSAS COSTUMBRES	29
Aquellas furiosas mujeres. «La cosecha de cabezas humanas».....	29
La cabeza no sólo era un trofeo.....	30
La cabeza que lanzaba proclamas de rebelión.....	31
La alianza de sangre.....	32
El «don» podía ser lo infinito.....	33
Capítulo IV.-LA MUERTE Y LA RESURRECCIÓN.....	35
Rituales funerarios.....	35
La transmigración de las almas. Un infierno muy especial.....	36
Diferentes tipos de cielos.....	37

Págs.

La resurrección y sus símbolos. «La Tierra de la Vida».....	38
La isla de Avalón.....	39
El sacrificio mortal voluntario.....	40

Capítulo V.-UNA RELIGIÓN QUE SUBLIMIZABA

A LOS DRUIDAS.....	42
El druida y lo céltico se confunden. Las múltiples funciones de los druidas.....	42
Cómo se desanimaba a los malhechores. El poder político de los druidas. El profesorado de los druidas.....	44
La doctrina de los celtas.....	45
¿Hubo druidesas?.....	46

Capítulo VI.-LOS GRANDES CONOCIMIENTOS DE LOS DRUIDAS.....

LOS DRUIDAS.....	47
El calendario celta. Las festividades celtas.....	47
La escritura de los celtas.....	48
Relación de los dioses celtas con los meses del año.....	49
Las adivinaciones.....	50
Los monumentos megalíticos.....	51
El enigma de Stonehenge.....	52

Capítulo VII.-EL ÁRBOL ERA LA VIDA55

La importancia del árbol. El árbol era el eje del mundo.....	55
El árbol cósmico. El árbol de los antepasados.....	56
El árbol social. El árbol invertido. El árbol Mazdeo. El árbol espiritual.....	57
El árbol celta. Propiedades de los árboles celtas.....	58
Recordemos el mito de los árboles.....	61

Capítulo VIII.-HORÓSCOPO CELTA63

1. ° Todos los nacidos en el mes de Marzo. 2. ° Todos los nacidos en el mes de Abril.....	63
3. ° Todos los nacidos en el mes de Mayo.....	64
4. ° Todos los nacidos en el mes de Junio. 5. ° Todos los nacidos en el mes de Julio.....	65
6. ° Todos los nacidos en el mes de Agosto.....	66
7. ° Todos los nacidos en el mes de Septiembre. 8. ° Todos los nacidos en el mes de Octubre.....	67
9° Todos los nacidos en el mes de Noviembre. 10. ° Todos los nacidos en el mes de Diciembre.....	68
11. ° Todos los nacidos en el mes de Enero.....	69

12. ° Todos los nacidos en el mes de Febrero.....	70	<i>Págs.</i>
Capítulo IX.-LAS CARTAS CELTAS DEL DESTINO.....	71	
La raíz de un mito. 1. ^a Las cartas del Bosque.....	71	
2. ^a Camulos. 3. ^a Germinación primaveral. 4. ^a Dea Brigantia o Rhiannon. 5. ^a Árbol sagrado. 6. ^a Hens.....	72	
7. ^a Hojas quemándose. 8. ^a Bel ó Diancht ó Belén ó Belenos. 9. ^a Frutos de Verano. 10. ^a Tnan o Thent ó 11. ^a Árbol con espinas. 12. ^a Ketk.....	73	
13. ^a Dis. 14. ^a Transplante otoñal. 15. ^a Manonnan. 16. ^a Poda. 17. ^a Tararais. 18. ^a Arando.....	74	
19. ^a Ogmios. 20. ^a Fertilización invernal. 21. ^a Abais ó Dagda ó Abaiel ó Esar. 22. ^a Injerto. 23. ^a Grannos.....	75	
24. ^a Estaca. 25. ^a Fuego. 26. ^a Aire. 27. ^a Agua. 28. ^a Tierra. Forma de echar las Cartas.....	76	
Cómo se elaboran los bastoncitos aromáticos. Manera de proceder.....	77	
 Capítulo X.-EL OCASO DE LOS GRANDES HÉROES (1.^a Parte).....	78	
Los terribles demonios desnudos. Un comportamiento enigmático.....	78	
Aquellos tiempos de gloria.....	79	
La venganza de Roma.....	80	
El héroe celta se llamaba Brennos.....	81	
Quedó la leyenda. La Galia era una tarta muy apetitosa.....	82	
Julio César, el exterminador.....	83	
La segunda campaña de César.....	84	
 Capítulo XI.-EL OCASO DE LOS GRANDES HÉROES (2.^a Parte)	86	
Quisieron morir como celtas libres. La Galia se levantó en armas.....	86	
En la guerra no se respetan las normas.....	87	
Vercingetorix, el último héroe celta.....	88	
En ocasiones fue necesaria la crueldad. La importancia de la intendencia.....	89	
El asedio de Avericum. La derrota no doblegó al héroe.....	90	
La más sonada victoria.....	91	
Un trágico error defensivo.....	92	
El sacrificio del último héroe. El impulso de Vercingetorix.....	93	
 Capítulo XII.-LOS CELTAS PENINSULARES.....	95	
Cien años de rebeldías y sumisiones.....	95	
Sólo los druidas fueron perseguidos. Los celtas del Danubio.....	96	
Los celtas de Bretaña. El pueblo bretón mantuvo lo celta.....	97	
 Capítulo XIII.-LOS CELTAS INSULARES	99	
Un héroe llamado Comn. Las expediciones romanas.....	99	
La matanza de Mona.....	100	
La venganza tuvo nombre de mujer. «Regala y vencerás».....	101	
El cristianismo supuso la herida mortal. El reino de Tara.....	102	
La gran influencia de San Patricio.....	103	

El final de la edad de oro de Irlanda.....	104
	<i>Págs.</i>
La importancia de los monasterios irlandeses. Dos grandes refugios de la sabiduría irlandesa.....	105
Otros dos grandes sabios celtas. Los viajes de Brandán.....	106
La hermosa poesía celta. La resurrección de los mitos irlandeses.....	107
Cúchulainn, el héroe de los rebeldes.....	108
.	
Capítulo XIV.-LOS CELTAS EN ESPAÑA	110
Los primeros celtas. Un héroe celtíbero.....	110
La gran actividad de los celtas.....	111
La «tosca» belleza de sus monumentos.....	112
La organización social más hospitalaria. La familia celta en Galicia.....	113
La guerra y el comercio. La religión del celta gallego.....	114
Los genios y las ninfas protectoras.....	115
El culto del fuego.....	116
Culto a los astros y a la Naturaleza. Los seres sobrenaturales.....	117
El culto a los muertos.....	118
El druidismo gallego.....	119
Capítulo XV.-LA HERENCIA DE LOS CELTAS	121
¿Qué queda después de la gloria?.....	121
¿Dónde están los druidas? Portaron la antorcha de la civilización.....	122
Los grandes enigmas celtas. Aplaudamos todo el apoyo a lo celta.....	123
BIBLIOGRAFÍA	125

INTRODUCCIÓN

¿Qué representa lo celta?

Lo celta puede verse como un espíritu instintivo y poco amigo de los formalismos, una imaginación tendente a lo fantástico, una natural inclinación por lo sobrenatural y las transformaciones personales, hasta llegar a la metamorfosis, y una amistad por las zonas húmedas y brumosas. Todo esto parecía darse en el oeste de Europa, ya que fue el lugar donde se asentaron los celtas durante más tiempo, así como la región en la que mejor se percibe, en la actualidad, esta sensibilidad.

Ya en la protohistoria los celtas producían una artesanía superior, que correspondía a un universo que pocas veces formó un estado, mucho menos un imperio, como tampoco una nación; sin embargo, dio forma a una cultura común, que llegó a casi todos los rincones de Europa, aunque pareciera sentir una preferencia por los países occidentales. Su influencia se manifestó como una siembra mágica, realizada por medio de conquistas, asentamientos más o menos prolongados o incursiones sin grandes consecuencias.

Puede afirmarse que los celtas fueron creadores de líneas y volúmenes, los cuales eran manejados con una libertad de invención que no tuvo equivalentes en el arte antiguo. También su filosofía mostraba una gran novedad, al tornar como ejemplo la Naturaleza, en especial las masas arbóreas, a las que terminó por individualizar, con el propósito de asignar una especie a cada uno de sus hijos.

Todo lo anterior se debió a que la sociedad celta había sido perfectamente estructurada, de tal manera que las clases superiores daban trabajo a los artistas y, al mismo tiempo, educaron a su pueblo para que gustase de las formas armoniosas, creyera en el trabajo colectivo, confiase en la magia y convirtiera su destino en una proyección hacia lo infinito. Además, sintiera tanto amor y respeto por lo suyo, que lo defendiera hasta con la vida, como una necesidad digna de ser transmitida de padres a hijos, en una cadena tan firme e irreductible, que ha perdurado, en muchos países, hasta nuestro tiempo.

Necesidad de vivir con el mito

Al estudiar la existencia de los celtas aparece más el mito que lo real, dando idea de que este pueblo acostumbraba a servirse de la imaginación para interpretar lo que veía. Quizá por eso ha perdurado más que ninguno, gracias a que su influencia llegó por las vías subterráneas del espíritu, conquistó la sensibilidad de las gentes y moldeó una esencia digna de ser perpetuada, al contener lo más puro y, al mismo tiempo, lo más enigmático del ser humano: los

cimientos de un edificio que se mantiene en pie, a pesar de que un centenar de cataclismos hayan querido derribarlo, porque se ha construido con el material indestructible de las ideas

El mito celta se apoyó en lo divino y en lo irreal, lo que nunca puede verse como una contradicción. Si reconocemos que la naturaleza humana contiene una gran carga de irracionalidad, resultará más fácil comprender que el mito es un hecho aislado, fuera de toda lógica, por lo tanto incatalogable. Pero que existe en el ánimo de toda una raza humana. Como escribió Mircea Eliade: *el mito es tradición sagrada, revelación primordial, modelo ejemplar.*

El mito alimenta el enigma, sin dejar de apoyarse en una base real, a la que idealiza para representar las esencias profundas de la inquietud humana. Por eso Mircea Eliade añadió: *Cualquier ser primitivo podría pensar: soy el que soy ahora porque antes de mí han ocurrido una serie de acontecimientos. Sólo debería añadir de inmediato: se trata de acontecimientos acaecidos en los tiempos míticos, los cuales, por tanto, constituyen una historia sagrada en la que los personajes del drama no son humanos, sino seres sobrenaturales. Más aún: mientras que un hombre moderno, aunque considerándose resultado del curso de la historia universal, no se siente constreñido a conocerla en su totalidad, el hombre de las sociedades arcaicas no sólo está obligado a rememorar la historia mítica de su tribu sino que además reactualiza periódicamente una parte de ella.*

En el momento que los mitos se convierten en símbolos resulta más fácil construir leyendas, historias mágicas y comunicaciones orales, cuyos mensajes quedan atrapados en el subconsciente de los pueblos a pesar de que no se recuerden con exactitud las palabras exactas del original. Simplificando la cuestión: el mito supone el más hermoso respaldo del pasado de una raza. Por eso el celta siempre se ha sentido tan respaldado por sus tradiciones, a la vez que el enigma lo hacía suyo al amar lo más misterioso.

Una historia manipulada

Los antiguos celtas no escribieron su historia porque se lo prohibieron los druidas, que eran sus sacerdotes-brujos. Por eso lo que conocemos de ellos nos ha llegado a través de escritores griegos, romanos y de otras nacionalidades. En muchos casos la historia fue manipulada, como si se pretendiera crear arquetipos, como ese de que los celtas formaron parte de los pueblos bárbaros.

En la actualidad se sabe que la civilización romana tomó de la celta su concepto de lo imperial. André Bretón escribió sobre el pasado del campesino galo o celta de su país lo siguiente:

Para ello hubo de enfrentarse con todo aquello que significaba una rémora para el occidental con el «vergonzante» rechazo de su pasado, fruto durable de la ley del más fuerte impuesta hace diecinueve siglos por las legiones romanas. Históricamente, no hay duda de que esta operación fue posible únicamente por el sentimiento, velozmente generalizado, de que todo debía ser sometido a las condiciones de vida en este planeta, reescritas a partir de un hecho universal, de acuerdo a las conveniencias más inmediatas del pensamiento de una época pasada. En consecuencia, un justo impulso nos mueve a tratar de captar las aspiraciones profundas del hombre de nuestros campos, tal y como pudo ser antes de que sobre él se abatiera el yugo grecolatino.

Afortunadamente, las excavaciones arqueológicas, las ruinas y los recuerdos orales de los herederos de los celtas, junto con infinidad de informes de

gentes imparciales, nos han permitido reconstruir una magnífica historia, que si tiene mucho de leyenda es por lo misteriosa que resulta y, sobre todo, al ir mostrando un universo fascinante, netamente unido al árbol y al agua, que era gobernado por los druidas. Un universo que merece ser contado abiertamente, con sinceridad, y sin que importe el exceso emocional, sobre todo cuando se debe hablar de seres humanos enfrentados a su destino o a la más cruda adversidad.

Porque vivían en un tiempo muy distinto al nuestro, luego su comportamiento a veces sanguinario debe ser considerado propio de una civilización más amiga de lo brutal que de lo exquisito, a pesar de que diesen muestras los celtas de poseer una gran sensibilidad, sobre todo en sus relaciones con los hijos y con sus mayores.

La realidad exterior celta

En sus orígenes, los celtas no fueron afectados por la cultura griega, ni por la romana. Esto hizo que se les introdujera entre los cuatro pueblos bárbaros o «los otros» que ocupaban una parte de Europa: en el extremo occidental se encontraban los iberos; en las llanuras del Norte, los germanos; en las estepas del Este, los escitas; y en todas partes, ya que no dejaban de emigrar de un lugar a otro (cuando no formaban breves asentamientos), los celtas.

Sin embargo, éstos últimos en el curso de la llamada segunda Edad de Hierro (a partir del 475 a.C.), comenzaron a ocupar grandes territorios de Galia, Bohemia, Gran Bretaña, Irlanda, Italia del Norte, la zona del Danubio medio, España y Portugal. En muchos de estos lugares no dudaron en mezclarse con los iberos, los ligures, los pannones, los dacios y los getas. También saquearon parte de Grecia y, finalmente, marcharon a fundar, en Asia Menor, el reino de Galacia. Existen pruebas arqueológicas de que llegaron a Dinamarca, a Silesia y a Ucrania. También pudieron alcanzar otros lugares, donde han quedado algunos de sus mitos, lo mismo que ellos tomaran otros que se parecen a civilizaciones que ocuparon el corazón de Asia; pero, al no existir testimonios arqueológicos, no se dan por ciertas.

La realidad exterior de los celtas los presenta como formadores de sólidas tribus o emigrantes, cuando no como unos feroces conquistadores, ya que en muchas ocasiones sólo les movía el deseo de obtener un botín. En efecto, fueron guerreros, viajeros y marinos, lo que no impidió que creasen un arte muy superior al de los pueblos con los que se mezclaron, a la vez que moldeaban una literatura épica, que ha sido considerada la primera de las conocidas en Europa en lengua popular. En su conjunto, la cultura celta ocupa un lugar muy destacado dentro de lo más positivo de la Historia Universal.

Cuando sólo eran los «hiperbóreos»

Los griegos llamaban a los celtas «hiperbóreos» o «los que se encuentran en el norte». Los consideraban un pueblo misterioso, para el cual los ríos y los bosques eran sagrados, acaso por el hecho de vivir en un mundo húmedo y oscuro, que se extendía desde la Selva Negra al macizo de Harz, en el norte de Alemania; pero también se encontraba en las islas occidentales.

Se decía que los «hiperbóreos» tenían el don de la «eterna juventud», así como habían encontrado la forma de no enfermar e ignorar el dolor...

¿Cómo pudieron nacer estos mitos? La respuesta hemos de localizarla en un hecho incuestionable: los griegos creían que el mundo «terminaba» en las Columnas de Hércules, es decir, en lo que hoy conocemos como el Estrecho de Gibraltar. Los pocos marineros helenos que se habían atrevido a navegar por el océano Atlántico, aunque lo hubiesen hecho bordeando las costas de Portugal y de España, al llegar a Gran Bretaña o Irlanda debieron sentirse tan sobrecogidos, que el simple hecho de haber sobrevivido les llevó a contar, cuando volvieron a su amado y cálido Mediterráneo, esas historias sobre *paisajes rodeados de brumas, húmedos, verdes y en los que moran unos seres altos, rubios, fuertes y hermosos, los cuales tienen la costumbre de levantar grandes monumentos de piedra, y viven en tribus, formadas con decenas de chozas redondeadas, que cubren con circulares barreras defensivas...*

En el siglo IV a.C., cuando los celtas empezaron a atacar los territorios griegos y romanos, a todo lo anterior se añadió el mito del heroísmo, la estrategia y la habilidad. Tres cualidades muy comunes en un pueblo, o en un conjunto de tribus, que por su condición de emigrantes permanentes se habían convertido en unos guerreros bien entrenados y, sobre todo, que no le temían a la muerte, al creer en la reencarnación.

Irlanda, el país celta por excelencia

Por alguna singular coincidencia los celtas que se aposentaron en Irlanda fueron capaces de crear un universo tan acorde con el ambiente, en lo que se refiere a la emotividad de los seres humanos y a la tierra que estaban pisando, que echaron unas raíces tan hondas que nadie pudo eliminar. Hay historiadores que lo achacan a la condición de Isla, donde las tradiciones pudieron formarse sin sufrir muchas influencias, a la vez que los bardos recitaban sus poesías y se estaba construyendo un «mundo bárbaro» propio. Además se preservó la lengua, tan celta, que hoy conocemos como gaélico.

Muchos han sido los invasores de Irlanda, desde los romanos a los vikingos, pasando por la cristianización. En todos estos procesos pudieron desaparecer los tesoros celtas, destruirse sus monumentos y transformar sus tribus, así como se edificaron iglesias, catedrales y otros edificios, pero no se eliminó lo céltico. Dentro de un proceso de adaptación, se diría que lo existente se vestía con las nuevas ropas que se les imponía para, luego, irlas tejiendo, cosiendo y tiñendo para que se parecieran lo más posible a lo celta, sin dejar de mantener las formas del dominador.

Esto último lo apreciamos mejor en el comportamiento de los monjes irlandeses de la Edad Media, muchos de los cuales se cuidaron de recopilar la poesía y la literatura oral de sus antepasados, a la vez que rescataban parte del arte de los herreros, alfareros, pintores, escultores y músicos. Toda una labor gigantesca, propia de quien ama lo suyo, que contó con la colaboración de los abades y de los obispos, así como del pueblo que proporcionaba la información y recogía todo lo material que iba encontrando.

De no haber podido disponer de toda esta documentación acumulada por los monjes irlandeses medievales, estamos convencidos de que los estudiosos modernos jamás hubiesen podido transmitirnos una idea tan exacta del mundo celta. Tengamos en cuenta que hubieran debido tomar como referencia, lo que se había hecho en la antigüedad, los escritos griegos y romanos, que no dejaban de estar manipulados.

Por fortuna, se han podido localizar unos testimonios muy valiosos creados por los mismos antiguos celtas, que unidos a los hallazgos arqueológicos, nos permiten juzgar de muy importantes, por su objetividad, el trabajo de aquellos monjes irlandeses. Otra cuestión básica, es que en la Irlanda de hoy se conservan muchas de las costumbres celtas, sin apenas haber sufrido modificación alguna en más de veinte siglos de supervivencia. Esto se debió a que las grandes invasiones, como la romana o el cristianismo, no afectaron a sus raíces más ancestrales, como había sucedido en las naciones celtas peninsulares.

Galicia, el espíritu celta

Galicia camina por detrás de Irlanda, aunque casi rueda con rueda, en lo que se refiere a la cuestión céltica. Porque en sus tierras se conserva el amor al pasado con una fuerza sorprendente. Monumentos, paisajes, costumbres, tradiciones, versos, cantos, fiestas y otras manifestaciones bien arriesgadas en el pueblo son celtas. También en esas tierras se sufrieron, o se gozaron, invasiones transformadoras, ninguna de las cuales borraron ese bello y, en ocasiones, trágico lazo con el pasado.

Pero, ¿a qué obedece este apego a lo celta? ¿Cómo se ha mantenido la tradición en un gran número de las tierras que miran al Atlántico, verdes y húmedas, y no en otras del interior que también conocieron los asentamientos celtas?

Éstos y otros enigmas pretendemos despejarlos en las páginas siguientes, al mismo tiempo que dejaremos al descubierto muchas costumbres sorprendentes.

Porque vamos a tratar sobre una civilización con más de 3.000 años de historia. Tampoco nos olvidaremos de algunas de sus costumbres, que en ocasiones pueden llegar a resultar hasta frívolas o disparatadas, de acuerdo a la mentalidad del siglo XX, pero que constituyen algunos de los eslabones de la gran cadena que, ojalá, sirvan para clarificar los grandes misterios del pasado.

Lo que nos proponemos, en esencia, es despertar la curiosidad de quien nos lea, para que continúe su propia investigación. Todos los días se realizan nuevos hallazgos arqueológicos, que abren senderos insospechados en la Historia.

También nos esperan nuestras grandes bibliotecas, en cuyos archivos pueden encontrarse joyas como las descubiertas por los investigadores irlandeses, los cuales resucitaron los grandes mitos de su país. Conocemos mucho sobre los celtas y los celtíberos que vivieron en España; pero, ¿no contarían ellos con una mitología tan rica como la que resucitó al héroe Cúchucainn? ¡Sería tan hermoso comprobar que existe ese tesoro!

Capítulo I

ORIGEN DE LOS CELTAS

Un pueblo heterogéneo

Querer reunir a todas las tribus celtas que poblaron Europa en un solo grupo daría pie a una falacia, ya que nos encontramos con una diversidad de características físicas, de comportamientos y de costumbres muy heterogéneas. Sin embargo, se puede encontrar una raíz ideológica común: el deseo de organizar una sociedad ideal sin perder el concepto del heroísmo, a pesar de que quienes alimentaban esta idea fueran ganaderos, agricultores, cazadores o comerciantes.

Otro punto en común de todos ellos era su adoración a unos dioses relacionados con los bosques, a los que llegaban a ofrecer sacrificios humanos. La evidencia de que no se sentían hermanos de razas la tenemos en las centenares de guerras que libraron entre ellos y, en un plano más tribal, con la facilidad que peleaban por un simple insulto.

A lo largo de su época más gloriosa, los celtas ejercieron una gran influencia sobre toda Europa. Como eran unos grandes herreros y forjadores, llevaron estas técnicas por el norte de los Alpes y el suroeste del continente. Así los campesinos de la Galia o de la Península Ibérica pudieron utilizar arados y guadañas de hierro, a partir del momento que se unieron, en muchos casos luego de ser invadidos por la fuerza, a estas tribus extranjeras. También consiguieron mejorar, entre otras cosas, los carros tirados por bueyes al montar la llanta sobre el aro de la rueda en el momento que era sacada, todavía caliente, de la fragua. Unos vehículos que ya podían circular por caminos pavimentados con troncos, piedras y matorrales.

Una característica muy peculiar de los celtas era su adaptación a los lugares donde llegaban, sin dejar de mantener sus esencias básicas. Lo mismo que ellos sabían transformar muchas de sus costumbres, lograban que los nativos tomaran un gran número de las suyas, en una simbiosis cuyo mejor ejemplo lo tenemos con los celtibéricos. En este caso resultó tan profunda la conjunción que dio pie a una nueva cultura y, al mismo tiempo, a una raza distinta.

¿En Unetice nacieron los primeros celtas?

Hacia el año 2200 a.C. surgieron en algún punto de la Península Ibérica unos núcleos humanos muy importantes, a los que los historiadores dieron el

nombre de «pueblos del vaso campaniforme», debido a la forma acampanada que daban a las copas de arcilla que elaboraban. Se supone que ya conocían las técnicas de la herrería que les habían permitido trabajar el cobre.

Un núcleo importante de esta cultura llegó a distintas zonas de la Europa central y oriental, donde se mezcló con las tribus nativas. Esto dio pie al nacimiento de otra civilización, que hoy día conocemos como de Unetice. Sus artesanos ya fundían el cobre y el estaño en grandes forjas, cuyos fuegos avivaban con fuelles de piel de cabra. Así dio comienzo la Edad de Bronce.

Ahora dejaremos que sea Duncan Norton-Taylor, autor del interesante libro «Los celtas», quien nos cuente lo siguiente:

Los trabajadores del metal de Unetice se beneficiaron del lugar geográfico que ocupaban, ya que les permitió establecer un gran comercio con muchos puntos de Europa. Hacia el sur, los caminos les llevaron, a través de los Alpes, hasta el Adriático y el norte de Italia. Hacia el norte, los ríos Elba y Oder les permitieron acceder a las tierras del Báltico. Hacia el sudeste, por medio del Danubio conectaron con los pueblos del Mar Negro. Hacia el oeste, pudieron llegar a las llanuras de la Europa central, para seguir hasta los puertos del Canal de la Mancha y las Islas Británicas. Por todas estas rutas comerciales transportaron objetos de bronce, o de estaño y cobre toscamente fundidos, que cambiaron por el oro de Irlanda, el estaño de Cornualles o las pieles y el ámbar del Báltico. Sostuvieron un comercio muy enriquecedor para todos los que intervenían en el mismo, gracias a que se trataba con algo más que con objetos más o menos valiosos.

A pesar de su gran riqueza, las gentes de Unetice vivieron con sencillez. En ningún momento construyeron grandes ciudades, como ya estaban haciendo los pueblos del Próximo Oriente, sino que prefirieron vivir en pequeños poblados fortificados con empalizadas de madera y rodeados de campos de cultivos y pastos para su ganado.

Ya contaban con una estructura tribal, compuesta de jefes y guerreros que adoptaban las decisiones y organizaban los trabajos más importantes. Es posible que los artesanos gozaran de un tratamiento especial, con el fin de liberarlos de las labores del campo y de los deberes militares, ya que sus productos constituían la más importante fuente de riquezas.

Las divisiones sociales se hallaban muy extendidas, y las podemos encontrar en todas las sociedades indoeuropeas. Sin embargo, la primera prueba apareció entre las gentes de Unetice. En el momento que esta cultura se extendió hasta el oeste por todo el continente, llevó consigo las divisiones de clases. En efecto, esa clasificación del orden social fue típica de las posteriores sociedades célticas, cuyas clases cumplían unas funciones relacionadas con sus niveles sociales. Por ejemplo, los jefes habían adquirido los derechos de un gobernante, pero también eran responsables de la seguridad y del bienestar de su pueblo. Puede decirse que gobernaban como aristócratas, pero nunca como dictadores, ya que tenían muy en cuenta la opinión de los druidas y de los guerreros más destacados...

Todo lo anterior, unido a otras coincidencias, nos lleva a creer que los celtas surgieron de Unetice. Más tarde, hacia el 1250 a.C., comenzaron a extenderse por el oeste de Europa. A partir de este momento los arqueólogos pasaron a definirlos como «la cultura de los campos de urnas», debido a su costumbre de guardar las cenizas de sus muertos en urnas. Algo que cambiarían con el paso del tiempo, como se ha podido comprobar en excavaciones posteriores.

En busca de un trágico destino

Los pueblos de los campos de urnas debieron ser muy activos, ya que se hallaban sometidos a un permanente desplazamiento. Pero permanecían cierto tiempo en un lugar, para obtener las cosechas, o criar el ganado, que les proporcionaría los alimentos necesarios. Sus artesanos habían perfeccionado los trabajos de forja y carpintería, con lo que podían ofrecer hoces, guadañas, armaduras, cascos, pesadas espadas de bronce y otros útiles, que hoy día nos parecen sorprendentes por la belleza de sus formas y la gracia, cuando no el sobrecogimiento, que producen sus dibujos.

Cuando los asentamientos eran muy prolongados, debido a que los suelos proporcionaban dos o más cosechas al año, los jóvenes guerreros se ofrecían como mercenarios a los jefes de las tribus vecinas. No obstante, tarde o temprano resultaban obligados a seguir la inercia de los tiempos: marchar hacia el oeste o hacia el sur. De esta manera se extendieron los celtas por el norte de Italia y, lo más importante en aquella época, conquistaron las tierras que los romanos llamarían la Galia (la actual Francia).

Las gentes de los campos de urnas ponían a la lumbre grandes calderos de bronce, en los que cocían la carne y las verduras. Sus bebidas principales eran la hidromiel (un vino de miel) y la cerveza. Como disponían de unas excelentes tejedoras y unos buenos curtidores, podían vestir una variada gama de ropas de lana de intenso colorido, adornadas con dibujos geométricos, que sujetaban con cinturones de cuero. También llevaban gorros con campanillas, se adornaban con colgantes y se cubrían en el invierno con capas decoradas con motivos de bronce. Las mujeres más importantes lucían brazaletes, collares y aros, a la vez que peinaban sus largos cabellos con trenzas o moños acompañados de diademas de oro o de otros metales preciosos.

Puede afirmarse que los primeros celtas habían transformado la vanidad en un arte, lo que les convertía, unido a su hermosura física, ante quienes no los conocían en seres fascinantes. Quizá éste fuera otro de los motivos por los que han perdurado como raza. Curiosamente, no nos queda el recuerdo de algún gobernante, guerrero, artesano o druida que recordar, debido a que nos estamos refiriendo a unos pueblos fronterizos.

Cuando los celtas adquirieron toda su importancia fue hacia el año 700 a.C. Eran tiempos de grandes cambios en Europa y en Oriente Próximo, debido a que las civilizaciones que antiguamente habían sido poderosas estaban siendo destruidas. El imperio hitita terminaría sepultado por sus desesperados invasores; mientras, Micenas acababa de ser devorada por las ignorantes tribus dorias venidas del norte. Se cubrían ciclos históricos más o menos largos, que se repetirían a lo largo de la Historia.

Pero faltaban algunos siglos para que los celtas se vieran sometidos a Roma. Acababan de asentarse en los lugares donde más se les recordaría, conocían el hierro y estaban dando forma a lo más floreciente civilización. Pronto empezarían a caminar por el sendero que iba a conocer su trágico destino.

Las minas de sal de Hallstatt

Los arqueólogos dividen las primeras fases de la prehistoria celta en los periodos de Hallstatt (700-500 a.C.) y La Tène (500 a.C. y siglo I de nuestra era),

que son los nombres de dos poblaciones, una austríaca y la otra suiza, donde se han localizado mayor cantidad de objetos antiguos.

Las minas de sal de Hallstatt se encuentran en Austria, precisamente en la montaña Salzberg junto a un lago alpino muy hermoso. Se sabe que fueron explotadas en el siglo IX a.C. por los celtas. Siempre se había contado con esta información, debido a los continuos hallazgos de restos, hasta que en 1846 George Ramsauer se decidió a realizar una investigación en toda regla.

Ramsauer era el encargado de la mina cuando terminó este importante trabajo arqueológico; no obstante, lo comenzó diecisiete años atrás, cuando desempeñaba el empleo de simple minero. Sin ningún tipo de ayuda oficial, utilizando el tiempo libre y olvidando en muchos casos hasta sus compromisos familiares, lo que resulta sorprendente ya que tenía veinticuatro hijos, realizó uno de los mayores estudios sobre asentamientos y necrópolis celtas.

Hemos de tener en cuenta que se cuidó de abrir personalmente casi un millar de tumbas, para ir anotando todo lo que encontraba. Gracias a sus apuntes se pudo saber que en aquella zona vivieron unos mineros que conocían a la perfección el fundido de metales, tanto como para haber forjado unas herramientas que les permitieron cavar galerías de más de 350 metros de profundidad, las cuales se cuidaron de apuntalar con armazones de madera, y a las que accedían por medio de unas escaleras hábilmente dispuestas. Como en el interior se llegaban a alcanzar temperaturas próximas a la congelación, dispusieron de un sistema primario de caldeoamiento, a la vez que se alumbraban con unas antorchas de larga duración.

Alrededor de esta mina vivieron unas comunidades prósperas, que mantenían relaciones comerciales con escandinavos, etruscos y griegos. Disponían de caballos, de abundante ganado doméstico y de terrenos agrícolas. También habían enterrado, años atrás, las cenizas de sus muertos en urnas; pero Ramsauer localizó una mayor cantidad de esqueletos. Algunos de éstos ocupaban unos carros funerarios de cuatro ruedas. De nuevo recurriremos a Duncan Norton-Taylor para que nos ayude a completar esta apartado:

Además de los carros y herrajes de caballo, las tumbas del periodo de Hallstatt proporcionaron a los arqueólogos otros objetos fascinantes. Recipientes para el vino y calderos de bronce de elaborado diseño griego y etrusco, collares de ámbar de Escandinavia y pomos de espada con incrustaciones de oro y marfil importados, señalaban una influencia basada en un comercio de considerables dimensiones. Todavía más extraordinario, muchas armas —espadas, puñales, lanzas, hachas de guerras, etc.— estaban elaboradas con un nuevo material en las tumbas de la región: el hierro. Un hallazgo demasiado importante, pues revelaba que en Hallstatt vivieron unos grupos de celtas que pertenecían a una civilización superior.

Sin embargo, en una primera visión de las tumbas de la necrópolis de los mineros de la sal, los estudiosos pensaron que los objetos de hierro, al igual que los otros artefactos, eran de importación. Después llegaron a la conclusión de que el diseño y la artesanía resultaban únicos, y probablemente indígenas. Ciertamente disponían del hierro de las minas cercanas de los Alpes orientales, muy conocidas en el mundo antiguo. Pero la ruta por la que la tecnología del hierro llegó la región debió ser muy larga y tortuosa...

Con esto se respondió al enigma que siempre había acompañado al origen de los celtas, debido a que los historiadores habían tenido que basarse en testimonios no demasiado esclarecedores. Algo que ha dado pie a muchas hipótesis, y nosotros acabamos de exponer una de las más sólidas; no obstante, el

enigma sigue sin resolverse, como tantos otros. De lo que no cabe le menor duda es de la fuerza misteriosa de una raza especial, a la que le quedaban muchas gestas por protagonizar.

Los celtas de La Tène

Alrededor del año 500 a.C. entraron en acción los celtas de La Tène, todos ellos formidables jinetes y mejores herreros. Capaces de haber construido los primeros carros de guerra, provistos de dos ruedas, que ya contaban con duras llantas de hierro que avanzaban por cualquier sendero. Gracias a este medio, unido a unas armas forjadas con hierro, se pudieron establecer en la península italiana, ocupar una parte de Grecia y de Asia Menor, donde fundarían el país de Galacia y llegar a la Península Ibérica y a las islas Británicas.

Las mayoría de los pueblos se sintieron atemorizados ante el empuje de los celtas: sin embargo, luego de conocerlos mejor, debieron sentirse admirados por las habilidades técnicas que demostraban, por la calidad de su arte, por su fervor religioso y por la pasión de aprender. En el año 390 a.C. saquearon Roma, y en el 279 a.C. atacaron la ciudad griega de Elfos, donde fueron rechazados; no obstante, terminaron por asentarse en los Balcanes. Un gran número de los guerreros celtas eran mercenarios, como los lanceros que sirvieron a muchos dirigentes, entre los cuales destaca Alejandro Magno. Debido a que también les gustaba viajar hacia lo desconocido, se sabe que llegaron a China.

En el año 255 a.C. los celtas de La Tène comenzaron a perder vitalidad militar, sobre todo al ser derrotados en Telamón, muy cerca de Roma, por los ejércitos imperiales. Sin embargo, todavía se mantendrían en pie otros dos siglos más. Puede afirmarse que en el año 58 a.C., cuando Julio César finalizó la conquista de la Galia, los celtas quedaron sometidos casi en su totalidad. Pero nadie podría eliminar su influencia cultural, como tampoco se logró modificar sus costumbres más ancestrales. Porque «lo celta» era algo más que un simple ropaje, constituía la esencia imborrable de una raza. Se modificaron las costumbres, las viviendas adquirieron otras dimensiones y de las tribus se pasó a las ciudades, sin que en el fondo, allí donde el pueblo sentía los latidos de lo que amaba de verdad, nadie pudiese eliminar la huella de lo celta.

La «Céltica» de Estrabón

El geógrafo y viajante Estrabón extendió los límites occidentales de la Galia del siglo I a.C. desde la Península Ibérica hasta el Canal de la Mancha; mientras que los orientales los alargó desde el Rin hasta los Alpes. La totalidad de este país contaba con grandes ríos, algunos de los cuales eran navegables, además de convertir sus orillas en fértiles campos de cultivo. En realidad casi todo el territorio podía ser considerado un vergel, a excepción de unas pequeñas zonas pantanosas y de matorral.

En este amplio territorio celta, la mayor parte del cual había sido conquistado por la Roma de los césares, se cosechaba una gran cantidad de trigo y mijo, a la vez que se recogían uvas, higos y otros productos agrícolas, lo mismo que los ganaderos criaban bueyes, ovejas, caballos y cerdos. Otra habilidad de los celtas era la elaboración de subproductos, como los ahumados, las salazones y las conservas. Todo en bien de su abundante prole, ya que al parecer las mujeres, un

gran número de las cuales eran rubias y pelirrojas, resultaban muy fecundas al ser sometidas desde niñas a un trabajo permanente, a una buena alimentación y, sobre todo, a un concepto patriarcal de la familia.

Los celtas eran unos guerreros apasionados, muy inclinados a la disputa y generosos. No obstante, Estrabón los consideró ingenuos, ya que se habían dejado vencer con las más sencillas estratagemas romanas. Esto no supuso ningún obstáculo para que se convirtieran en los mejores guerreros dentro del ejército conquistador, aunque combatían con mayor habilidad montados a caballo que a pie.

Las tribus celtas estaban formadas por grandes casas, que eran construidas con vigas rematadas en arcos, y disponían de paredes de mimbre entrelazada, más gruesa que la utilizada para los cestos, la cual se cubría con una especie de argamasa para darle una gran consistencia y, además, impedir la entrada del aire y el agua. Los techos eran de una paja especial, que se cubría con betún para impermeabilizarla. Como se puede entender, resultaban muy vulnerables al fuego, lo que ocasionó grandes tragedias a las tribus, sobre todo cuando se enfrentaron a los ejércitos romanos, que utilizaban diferentes tipos de armas incendiarias.

Los últimos bastiones celtas

Los últimos bastiones celtas se encontraban en Irlanda, Escocia, País de Gales y la isla de Man, debido a que no fueron ocupados por los romanos. Esto supuso que en esas zonas se conservara la mítica civilización de las brumas y el misterio, en la que los druidas guiaban al pueblo en su triple o cuádruple condición de sacerdotes, jueces, magos o curanderos y conservadores de la Historia. También en Cornualles y en Galicia se mantuvo bien arraigado «lo celta», a pesar de la presencia romana. Estos dos últimos bastiones, junto a los mencionados anteriormente, nunca renunciaron a las enigmáticas tradiciones, debido a que las consideraban tan propias como las tierras que estaban pisando, los paisajes que habían contemplado en su infancia, el aire que respiraban, la primera leche que les había amamantado y, en una última frase, «todo lo que les había dado forma y sustancia».

Los dioses celtas

La arqueología nos ha proporcionado unos grandes conocimientos sobre la mitología celta. Por medio de las inscripciones en los monumentos, único lugar donde los druidas permitían que se escribiera, hemos podido saber el nombre de los dioses de esta raza.

Neptuno era el dios galo del mar, cuyo culto arraigó con una gran fuerza en las Islas Británicas. Se le representaba como un hombre barbudo de cabello rizado, con el tridente en la mano derecha y acompañado por un delfín.

Lir o Ler, dios irlandés del mar, al que se reemplazó por su hijo *Manannan*, que había sido un conocido comerciante de las islas de Man y gran pronosticador del tiempo. Los Dinssenchas le creían un *drui*. Reinaba sobre Tir Tairgire. Se le consideraba dueño del país de la felicidad, poseía dos vacas que siempre daban leche, podía hacer invisible a los dioses y, a la vez, concederles la inmortalidad luego de haberles proporcionado unos mágicos alimentos. En el País de Gales se le daba el nombre de *Manawyddan*, pero aquí sus leyendas contienen algunos elementos cristianos.

Se sabe que los celtas adoraron a Vulcano, el dios de la forja y del fuego. En Irlanda le denominaban *Goibniu*, y más tarde le convertirían en un personaje de su folklore. En el País de Gales se le llamaba *Govannon*.

Lucellos, dios del martillo, era adorado preferentemente en el norte de la Galia. Según Lambrechts suponía la divinidad suprema de los celtas de esta país, al que atribuían infinidad de funciones.

A *Esus* también pertenecía a la Galia, y puede ser equiparado a Mercurio y a Odín. Se le ofrecían sacrificios humanos. En un bajorrelieve de un altar encontrado en París aparece el árbol que se utilizaba para los ceremoniales dedicados a este dios.

Nuadu-Nodens perdió una mano en la guerra de Mag Tured; sin embargo, *Diancht*, el médico divino, le hizo otra de plata y, luego, *Credne* arregló el movimiento normal de los tendones. Se le relacionaba con el dios *Llud Llaverint*, del País de Gales, y *Nuadu Argentlan*. Éste es considerado el fundador de la dinastía irlandesa.

Cernunnus era el dios ciervo. Su culto se hallaba muy extendido. Se le valoraba como la representación de la abundancia y de la riqueza natural.

Todos estos dioses locales pueden ser vistos como una especie de compendio de todas las grandes divinidades que eran comunes a la civilización celta.

Las diosas celtas

Las diosas ocupaban un lugar predominante en el panteón de los celtas. En la vida social la mujer disfrutaba de notables preferencias. Debido a la maldición de Macha, la madre de los gemelos de Emain, contra los hombres de Ulster, a muchos se les consideraba más débiles que las hembras. En un gran número de tribus a los niños recién nacidos se les ponían los apellidos maternos.

También existió el matriarcado, tan propio de las sociedades agrícolas.

Artio era la diosa de los campos, mientras que *Arduina*, la deidad del jabalí, quedaba reservada para la caza.

El nombre galo de Diana, diosa de los bosques, era *Arduina* o *Abonoba*, divinidad de las fuentes y de la salud. Se le daba el sobrenombre de *Mattiaca*.

Detrás de la personalidad romanizada de Venus se ocultaba una diosa-madre celta. Puede ser comparada con *Branwen*, una deidad kinryque.

En las proximidades de las fuentes termales se acostumbraba a levantar monumentos religiosos, en los que se veneraban a *Icovellauna*, la diosa de la fuente de la frontera, y a una especie de ninfas. En esto perduró el espíritu indoeuropeo que dio nombre divino a ríos: Diva, Deva, Deve, Dieppe, Diest, etc. Los celtas conocieron y heredaron el culto a las deidades maternas.

Rosmerta fue la diosa de la riqueza y de la fecundidad, a la que amaba Mercurio. Sus imágenes llevaban un enorme cuerno de la abundancia y, en ocasiones, un caduceo. El prefijo *Ro* nos indica su importancia. *Ana-Dana*, la diosa de la tierra, madre de los dioses, brindaba la felicidad a Irlanda.

Un grupo de tres diosas, las *Matronae*, fue adorado en todo el dominio celta. Se las representaba sentadas junto a otra. El personaje central llevaba un objeto redondo en la cabeza y sobre las rodillas portaba cestos de frutas o un cuerno de la abundancia.

En los textos irlandeses la importancia de la diosa madre en la religión celta destaca especialmente, por eso la *Terra Mater* confería denominación al rey

escogido por ella, al unirse a él un rito inmortal. *Finnabar*, su hija, era la esposa de todos los reyes de Irlanda.

Epona era la diosa gala de los caballos, de muy discutida función real. Las divinidades de la Naturaleza eran *Mebd* (Sol), *Sul* y *Sirona* (estrella). Irlanda conoció tres deidades de la guerra: *Badb*, que aparece en varias leyendas de la época cristiana; *Morrighu* y *Nemain*.

Capítulo II

LA SOCIEDAD CELTA

La tribu

Los primeros celtas vivían en tribus pequeñas, en las que se encontraban varios clanes y familias que se conocían a la perfección, perseguían un mismo objetivo y se prestaban servicios de una forma solidaria más que fraterna. Por lo general sus hijos eran criados por dos o tres matronas, lo que llevó a que se les diera el nombre de «amamantados con la misma leche». Otro elemento de coincidencia se hallaba en que contaban con unos antepasados comunes, lo que creaba lazos de una consanguinidad que no debilitaba al conjunto.

Con el paso del tiempo, las tribus se fueron haciendo más grandes, lo que permitió la convivencia de diferentes clanes heterogéneos, es decir, que no pertenecían a una misma rama familiar. Claro que al cabo de los años terminaban por emparentarse por el simple hecho de fortalecer el núcleo. La tribu más grande pocas veces superó los trescientos componentes.

En el momento que la tribu se establecía en un lugar con la intención de permanecer varios años, era rodeada de marcas o límites: fosos, muros o vallados. Como en muchos casos se instalaban en las orillas de los ríos, los celtas galos llegaron a montar aduanas o guardias que cobraban peajes a los extraños. En Irlanda la tierra de cultivo pertenecía a toda la tribu desde el momento que se instalaban en una zona considerada libre.

Además de las familias o clanes que componían las tribus, las más importantes contaban con un grupo de esclavos o gente de la considerada «sin posición» por haber cometido un delito que les había castigado con la pérdida de sus derechos; sin embargo, continuaban viviendo allí, aunque en una cabaña inferior y siempre en condición de siervo. Algo que no les impedía formar su propia familia.

Entre las tribus irlandesas, galas y galesas muchos de los esclavos terminaban por ser adoptados por las familias, lo que a la larga iba a concederles los mismos derechos que los clanes principales. Esto llevaba a que los beneficiados mostraran una fidelidad a la tribu que, en muchas ocasiones, superaba a los propios celtas. Tanta entrega sorprendió al mismo Julio César.

En la mayoría de las tribus ocupaban un lugar predominante los druidas, los poetas y los bardos. Lo más normal es que éstos pertenecieran a algunas de las familias, lo que no impedía que dispusieran de su propia vivienda; sin embargo, si se daba el caso de que habían sido invitados a vivir allí, se les regalaba con un trato muy especial, ya que no debían participar en los trabajos colectivos: laboreo de los campos, cuidado del ganado, limpieza o reparación de las viviendas, los

servicios de intendencia, etc. Además contaban con sus propios servidores, que eran mantenidos por la comunidad. Unas prestaciones que nadie consideraba injustas, ya que la presencia de personajes tan importantes era imprescindible para la misma supervivencia de todo el conjunto.

En muchos casos las tribus se felicitaban por contar entre ellos con estos «sabios de los árboles», ya que las más pequeñas debían conformarse con tenerles cerca uno o dos días por semana, cuando no sólo el tiempo que duraban las ceremonias religiosas, que casi siempre estaban relacionadas con los ritos funerarios.

Un grupo de tribus solía agruparse alrededor de un noble o de un rey, sobre los cuales escribiremos más adelante. Estos poderosos se acompañaban de numerosos servidores, entre los cuales destacaban por su aparatosidad los portaescudos y los portalanzas.

La tribu mítica o desfigurada

Los primeros griegos y los romanos que tomaron contacto con los celtas se sintieron impresionados muy negativamente al conocer la vida en las tribus celtas. Por eso la tacharon de indignante, propia de una colmena en la que *domina la promiscuidad más absoluta, no se respetan los modales y la moral, y los hombres, todos ellos gigantescos y de una piel blanquísima aunque estén sucios, te observan con unos ojos llenos de crueldad. Como la mayoría llevan barbas y largos bigotes, al comer les queda en ellos restos de alimentos, que al levantarse de la mesa recogen con sus lenguas igual que si el pelo les sirviera de colador.*

Una de las costumbres más mitificada de las tribus celtas era su afición a la comida y a la bebida. Se llegó a escribir que un gobernante podía organizar banquetes que duraban varios días, en los que servían cerdo cocido, buey, vaca, venados, truchas u otro pescado fluvial, además de miel, queso, requesón, mantequilla, leche, hidromiel, vino y cerveza. Lo acostumbrado era que todos los invitados se sentaran, formando un círculo, sobre pieles de animales o enneas extendidas en el suelo. El lugar de honor lo ocupaba el invitado más ilustre, a cuyo lado se colocaba el anfitrión; luego, junto a éstos se iban acomodando todos los participantes, pero respetando las jerarquías, de tal manera que el más alejado de la cabecera fuese el de menor categoría. Los comensales utilizaban un puñal para cortar los pedazos de carne más duros, aunque lo más normal es que comieran con los dedos.

Los servidores permanecían de pie, con el fin de ir atendiendo las peticiones; mientras, los bardos tañían las liras y entonaban canciones sobre tragedias amorosas y héroes muertos en terribles batallas. El historiador Diodoro dejó escrito lo siguiente:

Con frecuencia uno de los asistentes a estos banquetes tribales alzaba la mano cuando el bardo había concluido una canción. Entonces todos permanecían en silencio, porque sabían que iba a empezar el momento tan esperado de las disputas verbales. Casi siempre daban comienzo con la exageración de los méritos personales a costa de poner en duda los de algunos de los asistentes. Esto terminaba por provocar un enfrentamiento muy duro que, al llegar a las manos, imponía una especie de tregua. Los espectadores se olvidaban, por el momento, del banquete para prestar toda su atención a la pelea. Luego los rivales se enfrentaban en un duelo que podía suponer la muerte de uno de ellos, unido a las

graves heridas que sufría el otro. Todo esto formaba parte de la fiesta. Por la noche, después de que los servidores se hubieran llevado el cadáver, los comensales se echaban a dormir sobre las pieles o las enneas que les habían servido anteriormente de asientos...

El clan y la familia

El *clan* celta puede verse como una familia perpetuada que formaba el núcleo de la tribu, luego de la misma surgían los gobernantes. Por ejemplo, en la historia de Munster se nos presenta a dos dinastías reales, los Clanna Darghthine y los Clanna Dairene, que se iban relevando en el poder a medida que fallecía el monarca. Su entendimiento era tan hondo, que casaban a sus hijos con las hijas de los otros o viceversa. También se cuidaban de elegir al heredero del trono en el momento que éste era ocupado.

En algunas tribus galas e irlandesas el clan de la madre era distinto al clan del padre. Al primero le correspondía la educación de los hijos menores, los cuales pasaban al segundo en el momento que se hacían mayores. Curiosamente, el clan de la madre dependía por completo del clan del padre, con lo cual se originaba una evidente confusión de intereses que hoy día resulta difícil de comprender, a pesar de que entonces se resolvía cualquier problema recurriendo siempre al consejo de los druidas.

Otra de las misiones del clan de los padres, sobre todo en las familias poderosas, era acoger a los jóvenes para que no se casaran con las mujeres que «no les convenían». Por ejemplo, hemos de verlo como si la familia de los Montescos hubiese llevado a Romeo a casa de unos poderosos amigos para evitar que se casara con Julieta. Otra utilidad de estos clanes era la de cumplir el papel de «nodrizos» de los niños, hasta que se decidió que la misión la podían realizar mejor los druidas. Como se hizo con el joven Arturo, que sería el mítico rey de la «Tabla Redonda», al confiarle al cuidado del mago o druida Merlín. Sobre esta cuestión Henri Hubert escribió lo siguiente:

...La institución tendió a cobrar el aspecto de verdaderas escuelas: el druida Cathba instruyó a cien alumnos a la vez que se cuidaba de Cúchulainn. Y el rey de Irlanda, Conn «el de las cien Batallas», tenía una guardia compuesta de cincuenta hermanos de leche, que eran evidentemente sus compañeros de infancia y de educación. Igualmente, César y Pomponio Mela notaron de jóvenes la influencia del mundo de los druidas. Ahora bien, el sacerdocio de los druidas, cuya acción civilizadora y educativa comprobamos, fue un clan o un grupo de clanes transformado en una especie de sociedad secreta.

Es posible demostrar que las tribus célticas se organizaban por clanes. La mentalidad que se había manifestado en otros países con el totemismo, sobrevivió entre los celtas. Contribuyó a proporcionar a la tribu, de una parte, y a la familia, de otra, rasgos que le hacían parecerse hasta confundirse con las viejas tradiciones del pasado. Por eso adquirieron el gusto por los emblemas, los colores, los blasones y otros elementos que distinguían a los clanes...

La familia se diferenciaba del clan en que era algo más íntima y reducida, por eso en galés se llamaba *tullu*, que significa «los ocupantes de la casa». Venía a ser el grupo de seres humanos que tenían los mismos antepasados, de los cuales descendían por línea directa. Luego estaba formada por los padres, sus hijos y los tíos carnales; pero los hijos de éstos ya no formaban parte de la familia en un sentido estricto, a pesar de que vivieran en el mismo entorno. Esta cuestión

resultaba muy importante en el momento de repartir la herencia, debido a que había dejado de pertenecer al clan del padre.

La leyenda del joven Cúchulainn

Cierto día Cúchulainn solicitó permiso a su madre para que se le permitiera ir a vivir con los cincuenta hijos adoptivos asignados a la casa del rey Conchobar del Ulster, pues éste también era tío suyo y pasaba por ser el guerrero más valiente y glorioso de toda Irlanda. Lo consideraba un honor tan grande, que sin él se hubiera tenido por un guerrero menor, a pesar de su condición de hijo de dioses.

Nada más contar con la aprobación materna, el decidido joven, que peinaba cabellos rojizos, los cuales había aprendido a lavar con cal para que parecieran de oro, emprendió el camino. Acababa de despuntar el sol. Le separaban unos cincuenta kilómetros de Emain, que era la capital del reino y su punto de destino. Llevaba como únicas armas su escudo y su jabalina, con los cuales había practicado los primeros juegos de la guerra. También guardaba en una bolsa el palo y la pelota, que le habían servido para entretenerse con los amigos.

Con el fin de ir ocupando su mente en cosas divertidas, se dedicó a lanzar la jabalina hacia delante; pero, al momento, echaba a correr para cogerla al vuelo antes de que se pudiera clavar en la tierra o cualquier árbol. Esto le permitió cubrir la distancia en menos tiempo de lo que tarda el sol en situarse en lo más alto del cielo.

Dado que no se sentía cansado, en el momento que vio a los primeros muchachos sacó de la bolsa la pelota y el palo y corrió a proponerles que jugaran con él. Pero ignoraba que antes debía haberse presentado, solicitado permiso para hablar con ellos y, luego, reconocer que se hallaba dispuesto a respetar las reglas del lugar.

—No hay duda de que este intruso viene del Ulster —dijo Follamain, que era hijo del rey Conchobar—. ¿Cómo se atreve a desafiarnos con su presencia? ¡Será mejor que le detengamos ahora mismo!

Para conseguirlo empezaron a insultarle con los más fuertes gritos que podían salir de sus gargantas. Esto hizo que Cúchulainn se parara en seco, muy sorprendido. Dejó la pelota y el palo en el suelo, para cambiarlos por el escudo. Pronto le fue muy útil, ya que llovieron sobre él, una tras otra, ciento cincuenta jabalinas, pues los muchachos eran cincuenta y le arrojaron tres por cabezas. Todas las detuvo con gran facilidad, sin que ninguna le hiriese. También hizo lo mismo con el medio centenar de pelotas que buscaban su cabeza, aunque algunas las detuvo con el pecho. Por último, consiguió esquivar las tres andanadas, de cincuenta palos cada una, que le tiraron los mismos enemigos. Sin embargo, los últimos palos los pudo coger al vuelo, para formar una especie de gavilla, que sus dedos desesperados convirtieron en viruta de serrín.

Habían conseguido enfurecerle, lo que se tradujo en la «cólera celta». Cúchulainn enrojeció como si alguien hubiera encendido una antorcha bajo su piel, sus ojos se entrecerraron, sus cabellos rojizos se erizaron, abrió la boca en un amago de aullido de guerra y se lanzó hacia delante como un huracán. Antes de que los cincuenta muchachos pudieran reaccionar, se vieron envueltos en un torbellino de brazos, piernas y cuerpos, que terminó por derribarlos en el suelo... ¡Vencidos!

Todos ellos se encontraban bien magullados. En una humillante posición que les permitió contemplar, aterrorizados, que el «monstruo venido del Ulster» se hallaba dispuesto a seguirles golpeando. Como no estaban dispuestos a repetir la experiencia, huyeron en busca de las puertas de Emain, donde entraron igual que unos potrillos encabritados. El rey Conchobar los vio pasar y, como era tan astuto como valiente, comprendió que el «rabioso torito» que les seguía debía contarle algunas cosas. De ahí que le cogiese por la cintura, le levantara en el aire y le preguntase muy serio:

—¿Qué has hecho a mis jóvenes súbditos para que corran como si alguien les hubiera puesto una tea encendida en el trasero?

—Sólo he respondido a sus injustos ataques, amigo Conchobar —contestó Cúchulainn, luego de conseguir que se le soltara, sin importarle estar tratando al rey como si fuera su igual—. Para venir aquí abandoné mi casa, a mi padre y a mi madre, con la idea de unirme a los juegos esos brutos. Ellos no me han tratado como merezco.

—¿De quién eres hijo, bravo muchacho?

—De tu hermana Deichtine. Esto me otorga el derecho a ser recibido de una forma muy distinta.

—Aquí existen unas normas que debiste respetar. ¿Acaso no las hay en el Ulster?

—Lo ignoro porque nunca he recibido a un forastero. Pero estoy dispuesto a acatar las normas de Emain. ¿Me las enseñaréis, tío Conchobar?

—Ya no es necesario. Sólo te diré, mi impulsivo sobrino, que cuentas con mi protección.

Era lo que el joven Cúchulainn deseaba escuchar. Enseguida hizo intención de salir corriendo en busca de los cincuenta muchachos; pero el rey le detuvo por un brazo, ya que era tan veloz como él, para preguntarle con una sonrisa:

—¿Acaso vas a seguir golpeando a ese montón de cobardicas?

—No, tío. Sólo me propongo ofrecerles mi protección, como tú has hecho conmigo.

—De acuerdo. Pero lo creeré si me lo prometes aquí y ahora mismo —exigió el rey Conchobar, más serio.

—¡Lo prometo! —exclamó el joven Cúchulainn, alzando la mano derecha para dar mayor solemnidad al momento.

Seguidamente, los dos marcharon con paso tranquilo a donde se encontraban los cincuenta muchachos. Todos estaban siendo curados por sus padres adoptivos, lo que no impidió que al día siguiente jugaran a la pelota con el joven venido del Ulster...

Hasta aquí esta hermosa leyenda, en la que el héroe adquiere dimensiones sobrenaturales, sin dejar de mostrar una cierta ingenuidad y, sobre todo, una nobleza excepcional. Si la examinamos por encima debemos considerarla completamente irreal; no obstante, ofrece el mito del superhombre, tan propio de las leyendas celtas que han cautivado a millones de lectores y lectoras del mundo entero.

El muy singular matrimonio celta

La idea que los historiadores griegos y romanos ofrecieron de los matrimonios celtas resulta tan singular como pintoresca, ya que los pintaban como

un desvarío sexual, en el que se practicaba la poligamia de una forma generalizada. Una idea que compartió Julio César, ya que escribió que una mujer podía estar «casada» con diez o doce hombres a la vez. Todos éstos acostumbraban a ser hermanos, padres e hijos. Pero los descendientes correspondían a uno solo de estos hombres, precisamente al que había contraído matrimonio con la mujer y fue el primero que la introdujo en la casa que iba a ser su hogar y, luego, el que la «estrenó carnalmente».

Algunas leyendas celtas, como la protagonizada por la reina de Connaught, se refieren a mujeres que se acostaban con tres hermanos para asegurarse la maternidad y, después, se casaba con uno de ellos, el cual estaba al tanto de lo sucedido. No obstante, este concepto del matrimonio corresponde a una época determinada y a ciertos países. Porque lo normal era que las familias celtas se formaran en base a la fidelidad y a la dignidad de los esposos. Otra cosa muy distinta hemos de verla en si la mujer, con el consentimiento de su marido, se acostaba con sus cuñados o con un huésped al que se quería agradar.

La esclava celta Clothree le hizo este comentario a Andrea, su señora:

—*Las romanas estáis obligadas a seguir un cortejamiento decidido por vuestras familias, que os terminará por dejar a merced de un vil esposo, lo que no es tu caso; mientras que las celtas podemos elegir al hombre que nos gusta, con el que desde muy niñas hemos compartido juegos, trabajos, sufrimientos y gozos. Me refiero a los carnales y a los otros. Luego sabemos lo que vamos a encontrar en el momento que decidimos casarnos con el «compañero al que amamos desde siempre».*

Ante este razonamiento no nos queda más remedio que poner en duda la idea de que el matrimonio celta fuese poligámico, hasta el extremo que escribió Julio César. Es posible que éste conociera algún caso excepcional, que nunca puede confirmar una opinión tan disparatada.

El historiador Geraldo de Cambria dejó escrito que algunos jefes escoceses de origen celta practicaban un «matrimonio de prueba». Éste consistía en pagar una dote por la mujer que elegían, con la que vivían en régimen matrimonial, pero sin casarse con ella hasta que les hubiese dado un hijo. En el caso de que no tuvieran descendencia, se rompía el trato y la mujer volvía con su familia. Costumbre que se mantuvo hasta bien entrada la Edad Media.

Unos reyes muy peculiares

Los reyes celtas eran considerados unos semidioses, ya que representaban la seguridad, la fuerza y la dirección en tiempos de guerra. Se les pagaba un tributo anual, a cambio de que repartieran las tierras, hicieran regalos y poco más. Pero no dictaban leyes, pues de esto se cuidaban los druidas, como tampoco juzgaban los delitos.

En Irlanda había infinidad de superreyes, que mandaban las tribus más pequeñas, y cuatro reyes para cada una de las provincias: Connaygth, Ulster, Leinster y Munster.

Los reyes celtas eran elegidos por sus iguales, todos ellos pertenecientes a la nobleza. Como eran muchos los posibles candidatos, resultaba normal que corriera la sangre antes de poner la corona sobre la cabeza del mejor. El empleo de la violencia o de la conspiración, en casos extremos, no se consideraba un elemento negativo. El rey *había sido elegido por Dios, luego sólo Él podía juzgarle*. Más adelante, también le juzgarían sus súbditos, en el caso de que se

perdieran batallas, se sufrieran plagas que destrozasen las cosechas o surgieran calamidades de la misma índole. Porque todos estos males se le reprocharían al monarca, con lo que tendría que abdicar.

También podía ocurrir que el rey perdiera una mano en combate. Si esto iba unido a una victoria, se la sustituía con otra artificial de plata, como sucedió con Nuada; pero, en este caso, el consejo de nobles terminó por decidir que *había dejado de ser un hombre perfecto* y se le obligó a renunciar al trono.

Varias leyendas celtas mencionan a héroes que, sin pertenecer a una familia de la nobleza, se convirtieron en reyes por haberse acostado con diosas de aspecto horripilante. Esto le sucedió al héroe irlandés Lugaid. Claro que antes la bruja se cuidó de susurrar a su elegido este mensaje:

—*Aleja de tu mente cualquier sensación negativa, mi bello joven. Sabes que no miento al decirte que conmigo se han acostado más de seis futuros reyes. ¿Te atreverás a rechazarme cuando te espera tan alto premio?*

En el momento que Lugaid abrazó a la horrenda criatura, ésta se transformó en una bella y delicada jovencita. Lo que ayudó a que la entrega se realizara con más agrado

El historiador escocés Giraldus Cambrensis escribió, en el siglo XII, que algunos reyes celtas debían casarse ritualmente con una yegua blanca. Una vez finalizada la ceremonia, el animal era sacrificado, cortado en trozos y hervido, para que con su caldo fuese bañado el rey. De esta manera se le otorgaba un don divino.

Arturo, el gran rey mítico

Arturo es considerado el último de los grandes reyes celtas. Su imagen nos ha llegado magnificada, justamente, en las leyendas «artúricas» o de la «Tabla Redonda». El mito surgió en la Edad Media, en base a un monarca real, que era hijo del noble bretón Pendragon, y de Igerne. Según la historia narrada por los bardos, dado que Arturo puede nacer gracias a la intervención del mago Merlín, éste impone como recompensa educarlo desde la niñez.

Para conseguirlo deja a Arturo a cargo de un noble poco conocido, con lo que le resulta fácil impartir sus lecciones a medida que el futuro rey va creciendo. Cuando éste es todavía un adolescente, consigue el derecho a ocupar el trono de Inglaterra al extraer la espada *Excalibur* del yunque donde estaba encajada. Algo que no le supone ningún esfuerzo, cuando antes que él lo habían intentado los jóvenes nobles más fuertes del reino, sin haberlo logrado por mucho que se esforzaron.

En el momento que Arturo es coronado, la leyenda adquiere toda su grandeza, debido a la enorme cantidad de elementos fascinantes que van a intervenir: el reino de Camelot como compendio del mundo noble y puro, en el que se defiende la justicia, a las damas y a los pobres; la reina Ginebra, esposa de Arturo, con sus juegos entre la fidelidad y la infidelidad; Lancelot, el «divino arcángel» invencible, tan inmaculado en lo sexual, que resulta un bocado exquisito para cualquier dama, sobre todo para la esposa de su señor Arturo; la Tabla Redonda o la panacea del valor sublimado, de la caballería inmortal; y tantos otros elementos, cuya interpretación rozan los terrenos de la metafísica...

Pero la leyenda es muy sencilla en su entretejido literario, lo que permite que quien la lea se sienta fascinado por un argumento completo, al que no le falta ni un solo de los elementos que encienden la pasión, despiertan la intriga y conducen por los terrenos de lo emocionante, sin que deje de asombrarse ante los

elementos sobrenaturales: el mago Merlín y sus conjuros; el Grial con todas sus implicaciones religiosas; el santuario monolítico de Stonehenge, donde los druidas habían levantado sus observatorios astronómicos; el hada Morgana; la isla de Avalón... ¿Es necesario aportar más elementos a una leyenda céltica para convertirla en la más emocionante que se haya escrito?

Capítulo III

LAS MÁS ASOMBROSAS COSTUMBRES

Aquellas furiosas mujeres

Las mujeres celtas eran muy desinhibidas por el contacto que mantenían con los hombres desde su infancia. Tenían muy poco de pudorosas, a pesar de lo cual les gustaba adornarse y cuidar su físico. Se lavaban dos veces o más al día, lo que no hacían ni las damas romanas, trenzaban sus largos cabellos rubios o pelirrojos y llevaban muchos adornos. En ocasiones cosían pequeñas campanas en los bordes de sus vestidos con el fin de llamar la atención. Para las fiestas se cubrían con capas muy vistosas, en las que aparecían rayas o cuadros acompañados de bordados de oro y plata.

Cuando deseaban sentirse bonitas se pintaban las uñas de las manos y los pies, daban color a sus mejillas con una hierba llamada «ruan» y oscurecían sus ojos con el jugo de las bayas. Tan exquisito concepto de la coquetería desaparecía en ellas en el momento que participaban en la guerra o veían en peligro a su familia.

Esto es lo que escribió el comentarista romano Ammanianus Marcellinus sobre las mujeres celtas: *Un ejército entero de extranjeros sería incapaz de detener a un puñado de galos si éstos pidiesen ayuda a sus mujeres. Las he visto surgir de sus cabañas convertidas en unas furias: hinchado el blanco cuello, rechinando los dientes y esgrimiendo una estaca sobre sus cabezas, prontas a golpear salvajemente, sin olvidarse de las patadas y los mordiscos, en unas acciones tan fulminantes que se diría que todo en ellas se ha convertido en una especie de catapulta. Unas lobas en celo no lucharían tan rabiosamente para proteger a su camada como ellas...*

Esto obedecía al hecho de que las mujeres empezaban a trabajar desde que se sostenían sobre sus pies, amaban a los suyos con más pasión que a su propia persona y conocían el manejo de las armas desde la niñez. Debemos recordar que las tribus celtas eran viajeras, luego sabían que les aguardaban muchas luchas, sin olvidarse de la cantidad de animales salvajes que merodeaban por todas partes, en especial lobos, osos y serpientes.

«La cosecha de cabezas humanas»

Los historiadores no se ponen de acuerdo al señalar la época en que distintos pueblos celtas comenzaron a cortar las cabezas de sus enemigos, que luego llevarían como trofeos. Podían colgarlas en las toscas sillas de sus

caballos, en las puertas de sus casas o en otros lugares visibles. Suponían el testimonio de una proeza, a la vez que honraban a quienes las poseían al poderse reconocer al vencido. Para que la cabeza humana se conservara en buen estado durante mucho tiempo, se cuidaban de embalsamarla.

Como tenían en alta estima estos trofeos no aceptaban devolverlos a las familias que los reclamaban, luego de ofrecer elevadas compensaciones en oro, plata u otros objetos muy valiosos. Por eso las cabezas cortadas terminaron por aparecer en las monedas y en los monumentos celtas. Una gran «cosecha de cabezas humanas» se encontró en el depósito celtíbero del Puig-Castellar, cerca de Barcelona, ya que aparecieron decenas de cráneos atravesados por clavos.

Los irlandeses cuando iban a guerrear acostumbraban a decir «vamos a cosechar cabezas». En los «Anales de los Cuatro Maestros» se puede leer que Aed Finnliath, el rey de Irlanda, luego de derrotar a los ejércitos de Dinamarca, en el año 864, ordenó que se amontonasen todas las cabezas de los enemigos muertos, porque consideró que no existía una mejor prueba de la gran victoria conseguida.

Sin embargo, no se opinaba lo mismo cuando el derrotado era de la misma raza. Así vemos que en una guerra entre dos naciones celtas al caer muerto el célebre rey-obispo Cormac, en el año 908, uno de sus enemigos le cortó la cabeza, que luego entregó a su rey Flann Sina, el cual en lugar de aceptarla prefirió devolverla a los afligidos familiares de aquél.

Existen las pruebas suficientes para saber que en muchas tribus celtas la iniciación de los jóvenes guerreros consistía en salir en «busca de una cabeza humana». Si volvían con ella colgando de su silla de montar, no sólo se consideraba que su instrucción militar había concluido sino que adquirirían todos los derechos de un noble adulto, uno de los cuales consistía en que podían casarse y formar una familia.

La cabeza no sólo era un trofeo

La cabeza humana significaba para los celtas lo que la cruz para los cristianos, ya que la valoraban como la portadora o la casa del alma, la sustancia del ser humano que la llevaba encima, lo que iba a proporcionarle la inmortalidad. Cualidades que no perdía al ser cortada, y que, además, transmitía en parte a su poseedor.

En una trágica leyenda galesa se cuenta que Bran «el Divino» se enfrentó a tantos enemigos en una batalla que fue vencido. Antes de expirar pidió a sus siete amigos, que eran los únicos supervivientes, que le cortaran la cabeza y la llevaran lejos de allí, pues no quería que pasara a convertirse en el trofeo de sus enemigos. La petición fue cumplida con tanto rigor, que los siete la seguían guardando cuando llegaron al otro mundo, donde se la pudieron entregar a su propietario. Junto a éste permanecieron cerca de ochenta años, hasta que uno de ellos cometió un delito imperdonable, cuyo castigo provocó que los siete volvieran a la Tierra. Como lo hicieron llevando de nuevo consigo la cabeza de Bran, el cual les había aconsejado que la enterraran en el centro de Londres, para que así toda la Britania fuera defendida de cualquier mal, es lo que hicieron. Hasta que un grupo de malvados la desenterró, lo que desencadenó calamidades de todo tipo.

Esta leyenda nos ayuda a comprender la razón por la que los mismos héroes celtas pedían que se les cortara la cabeza cuando caían en una batalla. Después, la cabeza sería conservada por la familia en el mejor lugar de la casa, y

hasta la adornarían con oro y otros metales preciosos, sobre todo cuando el embalsamamiento estuviese perdiendo sus efectos.

Otra de las costumbres celtas era convertir las cabezas de sus enemigos, o las calaveras de las mismas, en vasos que utilizaban en sus banquetes. Realmente no temían a la muerte, como lo demuestra la bravura con la que combatían. Mientras el guerrero romano iba protegido con infinidad de defensas, el celta se limitaba a llevar la espada, el escudo y un torque o collar de cuello, a la vez que todo su cuerpo aparecía desnudo sobre el caballo o yendo a pie. Por cierto, si al guerrero celta se le arrebatara el torque en una batalla, se consideraba vencido aunque siguiera empuñando la espada o la lanza.

La cabeza que lanzaba proclamas de rebelión

Cuenta la leyenda que al atacar Medb el reino de Ulster, con la intención de arrebatárles el toro sagrado de Cuailnge, se encontró con que todos los habitantes se hallaban sometidos a un hechizo que les mantenía como adormecidos y sin fuerzas en los brazos y en las piernas para incorporarse. Sólo Cúchulainn se había librado de este maleficio.

Lo que no impidió que se enfrentara a los invasores por espacio de varios meses, ya que era hijo de dioses. Consiguió vencer a los más bravos, aquellos que pasaban por ser los héroes de las tribus de Medb. Sin embargo, al final se quedó sin energías y fue herido, aunque continuó peleando hasta al atardecer.

Como la caída de la noche obligaba a concederse una tregua, en este tiempo Cúchulainn recibió la visita de Sualtaim, que era su padre humano. Al verle tendido en el suelo, cubierto de sangre y con unas heridas que le dolían con el simple roce de los jirones de las ropas, por eso había colocado palitos sobre su piel para impedir, en parte, este contacto, le preguntó muy preocupado:

—¿Qué puedo hacer por ti, hijo mío?

—Ya nada, padre —dijo el valiente, a la vez que sujetaba el escudo con la mano izquierda, pues era la única parte de su cuerpo que no estaba herida—. Regresa a Ulster y cuenta lo sucedido. Debes conseguir que superen esa falta de energías para que se unan a mí, porque en caso contrario la ciudad será conquistada. Mientras, yo seguiré conteniendo al enemigo; pero no creo que pueda aguantar en pie más de cuatro o cinco días, siempre que los dioses me sigan ofreciendo su imprescindible protección.

Al momento Sualtaim montó el caballo tordo de Cúchulainn y cabalgó como una furia hacia el palacio de Emain Macha. Pero allí los guerreros continuaban entregados al sopor más indignante.

—¡Despertaos, hombres del Ulster! —gritó el noble emisario, sin dejar de avanzar por los caminos sembrados de durmientes—. ¡Nuestras gentes son pasadas a cuchillo, nuestras mujeres han sido arrancadas de sus hogares y se están vaciando nuestras cuadras y rediles mientras todos vosotros dormitáis como unos cobardes! ¡En pie o me arrepentiré de haber nacido en el Ulster!

No obstante, el maleficio continuaba pesando sobre aquellas tierras, taponando de cera los oídos de quienes encontraba a su paso. Finalmente, entró Emain Macha gritando su trágico mensaje. Pudo ver a cientos de guerreros tumbados en los suelos, en las escaleras o sobre los carros de heno, sin que ninguno de ellos la prestara la menor atención. Por otra parte, allí estaba prohibido hablar a un visitante, aunque fuese de la misma raza, sin contar con la

autorización del druida Cathbad. Y éste debió escuchar tres veces los gritos de Sualtaim antes de levantar la cabeza y preguntar sin demasiado interés:

—¿Quién dices que está causando tanta matanza de hombres, llevándose a las mujeres y robando nuestro ganado?

—¡Ailill y Medb van a destruirnos! —vociferó Sualtaim, desesperado—. ¡Ahora mismo Cúchulainn, mi hijo, pelea contra ellos en solitario, para impedir que los cuatro reinos de Irlanda invadan nuestro reino! ¡No sigáis sentados como si nada os importara lo que sucede! ¡Poneos en pie y combatid, si continuáis siendo hombres, porque de seguir así, cuando despertéis podréis comprobar que os han convertido en esclavos hasta el fin de los tiempos!

—Todo el que se atreve a romper el descanso del rey del Ulster nada más que merece mi desprecio —dijo Cathbad sin dejar de bostezar y, luego, volvió a seguir leyendo un libro que estaba a punto de caer de sus manos.

Ante tal cruel muestra de indiferencia, el noble padre humano de Cúchulainn dio un tirón de las riendas, a la vez que clavaba los talones con tanta rabia sobre los flancos del caballo, que éste se alzó sobre sus patas traseras y dio un brinco. Era el animal más poderoso del país, por eso estrelló su cabeza contra el escudo que empuñaba Sualtaim, cuyos bordes eran tan agudos que le decapitaron.

Mientras el cuerpo caía al suelo, la bestia escapaba enloquecida, con los ojos desorbitados y cubierta de la espuma del sudor. Pero en su silla se había enganchado el escudo, al que se hallaba unida la cabeza cortada. Entonces ésta comenzó a gritar proclamas de rebelión:

—¡Levantaos que nuestros hermanos mueren, se llevan a nuestras mujeres y nos roban el ganado!! ¡Empuñad vuestras armas, hijos del Ulster!!

Tan horrible espectáculo consiguió que se rompiera el maleficio que había mantenido adormecidos a los guerreros. De repente, todos ellos cobraron conciencia de lo que habían visto, a pesar de que el sopor les hubiese impedido reaccionar. Por eso tuvieron muy en cuenta quiénes eran y su responsabilidad. También el rey Conchobar se puso en pie de un salto, montó en su caballo y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Juro ante mi pueblo que, a menos que los cielos se desplomen con todas sus estrellas sobre nuestras cabezas o la tierra se abra para tragarnos o el mar crezca hasta inundar todo lo vivo que nos rodea, he de recuperar a las mujeres del Ulster que fueron arrancadas de sus hogares y devolveré hasta a la más pequeña de nuestras ovejas a sus corrales!

En unos instantes los guerreros afilaron sus espadas y, luego, se pusieron las armaduras. Mientras se habían enviado mensajeros a todos los rincones del reino para reclutar un gran ejército. De esta manera se consiguió derrotar al enemigo y salvar a Cúchulainn, gracias a que la cabeza de Sualtaim había cumplido la más sagrada de las misiones. A partir de entonces todo su cuerpo, incluida la cabeza, pudo descansar en paz.

La alianza de sangre

La alianza de sangre es una de las costumbres más arraigadas en las civilizaciones indoeuropeas; pero los celtas la convirtieron en un rito. Los jefes irlandeses sellaban las alianzas entre tribus bebiendo unas gotas de sangre, que brotaban de un corte que se habían hecho en los brazos. Como San Cairnech era más ceremonioso prefirió, después de haber logrado que se unieran los clanes de Hy

Neill y Cian Nachta, que un poco de sangre de los jefes fuera depositada en una copa, de la que bebieron los mismos siguiendo un ritual establecido por los druidas.

La alianza de la sangre ha perdurado en muchos territorios celtas, a lo largo de las costas atlánticas, como la más rotunda evidencia de que un contrato será respetado por las familias implicadas, debido a que el «líquido vital» le ha conferido un carácter solemne. Esto traía consigo, en caso de no respetar el contrato, que el culpable fuera desterrado del lugar, ya que había dejado de merecer el derecho a pertenecer a la raza celta.

Un pueblo que veneraba sus tradiciones, porque en ellas veía su esencia, las raíces que mejor le sostenían sobre esta tierra, nunca podía tolerar que se traicionaran impunemente. En ocasiones no hacía falta que intervinieran los jueces, porque el repudio general obligaba al culpable a dejar el lugar, no sin antes haber reparado el daño material causado.

El «don» podía ser lo infinito

El «don» puede verse como una donación solicitada, en muchos casos, sin tener necesidad de mencionar lo que se deseaba conseguir. En las emocionantes leyendas artúricas o de la «Tabla Redonda» se cuentan muchos ejemplos de este tipo, en los que un caballero o una dama se presentan ante el rey Arturo para solicitarle un «don», sabiendo que le sería concedido, como imponían las leyes, aunque no hubieran expuesto lo que realmente deseaban. Casi siempre el «don» se refería a un servicio muy arriesgado, casi mortal, como librar un castillo de la presencia tiránica de un usurpador o de un monstruo.

En los relatos irlandeses y galeses se pueden encontrar un gran número de referencias al «don». Uno de ellos, titulado *Tochmarc Etaine* («La corte hecha a Etain»), nos cuenta que ésta es una divinidad casada con el dios Mider, pero se ha reencarnado para contraer matrimonio con el rey Eochaid Airem. Una mañana llega a palacio el dios Mider bajo la forma de un noble irlandés. Nada más ser presentado al monarca, le solicita jugar una partida de ajedrez, lo que supone un «don» que no puede ser rechazado. Antes de mover el primer peón, Mider dice que apuesta cincuenta caballos, lo que coloca al monarca en un gran compromiso, ya que está obligado a ofrecer mucho más. Como termina por prometer que dará a su rival todo lo que le pida, se encuentra con que se le obliga a entregar su esposa a Mider. Y la pierde; sin embargo, antes de verla desaparecer de su lado, exige una revancha. Ésta se fija pasado un año, lo que no impide que el dios Mider vuelva a ganar. Un mes más tarde se lleva Mider a la reina para siempre, sin que su marido pueda impedirlo.

El «don» abarcaba tantas cosas entre los celtas, que muchas veces comprometía a todo un reino. Sobre este tema Henri Hubert nos cuenta lo siguiente:

...En ese mundo encantado que giraba en torno de Arturo, caballeros de la «Mesa Redonda», escuderos, damas e incluso demonios se encontraban arrastrados en una ronda extraordinaria de regalos y servicios, en la que cada cual quería destacar por su generosidad y malicia, a menudo hasta con las armas. Los torneos entre caballeros, casi siempre los más nobles y valerosos, formaban parte sin duda de este vasto sistema de competencia y de subasta, que volvemos a encontrar igualmente en los cuentos irlandeses agrupados alrededor de personajes como Finn y de lo que se ha llamado el ciclo de Leinster.

Pero el «don», en el caso de depender del solicitado, no podía ser cualquier cosa, ya que debía resultar proporcional a su condición y hasta

superarla en algo. Todo aquel que se encontraba ante el desafío de ser generoso o de intentarlo, en algunas ocasiones llegaba a entregar lo «infinito», es decir, su propio destino. Ha de notarse un tercer detalle: el castigo que recibía quien no cumplía sus promesas, ya que era indigno de pertenecer al reino y, además, perdía su rango. Es lo que dice Rhiannon a Pwyll en el momento que duda si merece la pena cumplir el compromiso adquirido al aceptar un «don». La persona decepcionada llegaba a tener derecho sobre quien le había fallado, luego podía privarle de la libertad y, en un caso muy extremo, de la propia vida.

A estos temas de romances y de mitos correspondieron unas prácticas reales. Algo de ello quedó en los países célticos. Por ejemplo, en Irlanda el homenaje se realizaba con un cambio de «dones» entre el superior y el inferior. El primero entregaba un regalo, que se aceptaba como un homenaje; luego, el segundo realizaba un donativo de ganado...

El intercambio de regalos había adquirido tal importancia en las sociedades célticas, que terminó por convertirse en una fiesta. En la misma los hombres se entregaban a realizar subastas, desafíos y muestras de ostentación. Podemos imaginar a estas gentes reunidas en invierno, para celebrar banquetes en los que se intercambiaban regalos con el propósito de superar a los demás. Una empresa en la que llegaban a ponerse en juego las propias casas, los títulos de nobleza y hasta los tronos. Una espiral alocada que, con demasiada frecuencia, terminaba con un derroche de sangre, debido a que el «don» les había superado. Entonces se perdía la facultad de dialogar; y las bravatas anteriores daban paso a los aceros, que muy pronto se cubrirían de sangre.

Todo lo anterior hemos de verlo como si en la actualidad los miembros de una familia se empeñaran en destacarse sobre los demás por medio de regalos. Como llegaría un momento que uno quedaría por encima de los demás al ofrecer lo más valioso, los otros sentirían tal arrebatado de envidia al verse superados que, en una segunda ocasión, intentarían ser los ganadores, aunque fuera a costa de emplear recursos poco nobles. En el caso de los reyes, ya sabemos que era válida la traición, «porque era cosa de los dioses juzgarla».

En su libro «Esaii sur le Don», Marcel Maus cuenta lo siguiente:

El héroe pide a sus compañeros de mesa lo que éstos, al verse desafiados, advertidos o no de la sanción que va a seguir, pero obligados a ejecutarla so pena de perder su rango, no pueden rehusar. Esos regalos son entregados solemnemente... La concurrencia es garante del carácter definitivo del don. Entonces, el héroe, que normalmente tendría que devolver con interés los regalos recibidos, paga con su vida los que acaba de tomar. Habiéndolos distribuidos a sus allegados, a los que enriquece definitivamente (al sacrificarse por ellos), escapa mediante la muerte a toda contraprestación y al deshonor que recaería sobre él si no devolviera algún día los regalos aceptados. Al contrario, él muere sobre su escudo con el final del valiente. Porque se ha sacrificado, lo que le permitirá ganar gloria para sí y beneficios para los suyos...

Un caso excepcional, pero que nos permite comprender hasta que extremos el celta entendía el «don», porque llegaba a adquirir un valor infinito, desde el momento que podía suponer la muerte de un héroe.

Capítulo IV

LA MUERTE Y LA RESURRECCIÓN

Rituales funerarios

Los primitivos celtas intentaron comunicarse con las fuerzas infernales para conocer lo que sucedía más allá de la muerte. Los druidas les habían enseñado a una serie de rituales funerarios, por medio de los cuales se pretendía calmar a los enemigos del otro mundo. También se efectuaban los entierros en fosas, la más profunda de las cuales llegó a medir treinta metros, en las que se introducían los objetos personales, además de otros elementos, porque se creía que el difunto los iba a necesitar en sus continuos desplazamientos hasta encontrar un destino definitivo.

Los cadáveres de los jefes celtas de las Galias y Hallstatt llevaban túmulos y, en ocasiones, se utilizaban grandes carros como féretros, los cuales se cubrían con pieles, joyas, recipientes que podían contener hasta cuatrocientos litros de hidromiel y bandejas con asados de vaca y cerdo. Esto prueba que las gentes creían que los muertos celebraban un gran «Banquete de Reconciliación».

Pero todos los rituales anteriores fueron reemplazados, pasada la Edad de Hierro, en Gran Bretaña por la exhumación de los cadáveres. Se prefería dejarlos en una zona alta, hasta que se descompusieran, porque se creía que éste era el periodo que el espíritu tardaba en completar su ciclo por el más allá. Una vez el esqueleto quedaba totalmente descarnado, los huesos eran enterrados en fosas sin que fuera necesario realizar ninguna otra ceremonia.

En Irlanda, País de Gales y Bretaña se suponía que las fuerzas infernales habitaban en el fondo de la tierra. Antes de abrir las fosas que iban a servir de tumbas, se celebraban ceremonias de desagravio en lugares poco frecuentados. En éstos se cavaban otras fosas, en un número similar a las que se pretendían realizar en el cementerio, para introducir en las mismas animales domésticos, que habían sido sacrificados allí mismos, alimentos y objetos de gran valor. Los ritos eran considerados ofrendas a los dioses del mundo de los muertos; a la vez, se aprovechaba la ocasión para suplicarlos que siguieran manteniendo frescos los almacenes donde se guardaba el grano y los productos a los que perjudicaba un calor excesivo.

En muchas tribus celtas de la Europa central y Bretaña se consideraba que los perros se hallaban unidos de alguna forma a las fuerzas infernales, acaso porque habían visto a muchos de estos animales enterrando huesos o escarbando en la tierra buscando madrigueras de topos y otras bestezuelas. La creencia llevó a que se sepultaran varios perros en el santuario de Munthan Court, en Sussex,

lo mismo que se hizo en una fosa situada en Caerwent. Los arqueólogos encontraron sus restos junto a los de varios seres humanos, que seguramente fueron sus amos.

La transmigración de las almas

Los celtas estaban convencidos de que poseían un alma inmortal, que al morir pasaba de un cuerpo a otro en una transmigración purificadora. Esto era lo que les llevaba a no tener miedo a la muerte, de ahí que muchos de ellos combatieran desnudos, debido a que ni siquiera les asustaban las heridas que pudieran sufrir. Sus druidas contaban con medicamentos «milagrosos» que curaban los daños físicos.

La idea de que las almas eran inmortales iba acompañada con la resurrección, que se produciría al cabo de varios años, sin que se pudiera saber cuándo, hasta que volvía a ocupar otro cuerpo humano. Una creencia que ha sido compartida por muchas religiones, sobre todo las hindúes y las tibetanas, aunque en éstas la transmigración resulta más prolongada, en su camino intervienen animales y hasta plantas, para llegar al sublime destino de la conversión en un dios al haber acumulado toda la sabiduría del mundo. Porque *nada enseña mejor que vivir en el cuerpo de todo lo existente.*

Un infierno muy especial

El tránsito de los muertos por la «otra existencia», que podía ser más o menos largo, resulta muy variado al comparar lo que creían los diferentes pueblos celtas. La idea más generalizada era que se llegaba a un mundo donde se vivía un poco mejor que en la Tierra, debido a que se dejaba de sufrir el dolor, no se padecían enfermedades, ni se envejecía. Junto a la celebración de banquetes, bailes y encuentros carnavales con las más hermosas parejas, se participaba en duelos entre héroes, en los que eran más las victorias que las derrotas, sin que éstas se consideraran deshonorosas.

Los galeses veían en el más allá una especie de infierno, donde acechaban los peligrosos y las sombras dominaban sobre la luz. Pero no dejaba de ser un sendero más o menos largo, del que se conseguía salir ileso para llegar a un lugar muy superior, en el que siempre primaba la felicidad. Allí se encontraba el caldero mágico de la regeneración.

Los celtas irlandeses celebraban la fiesta de Samhain en los primeros días de noviembre. Este tiempo lo consideraban muy peligroso, porque las fronteras entre el mundo terrenal y el sobrenatural podían romperse en cualquier momento, con lo que se permitiría el paso de los seres humanos y de las criaturas infernales de un lado a otro, lo que alteraría trágicamente el equilibrio habitual.

El dios de la muerte para los irlandeses era Don, cuya figura no podía ser más tétrica. En el relato de *Los trofeos de Annwn* se puede ver al rey Arturo siendo perseguido por los diablos al haber intentado conquistar el caldero mágico. En realidad todo ser humano vivo que se atreviera a visitar el mundo de los muertos se hallaba sometido a miles de peligros, entre los cuales destacaban las alucinaciones.

Algo de esto le sucedió a Cúchulainn, al verse asediado por una decena de monstruos espantosos que sólo eran fruto de su mente. Parecida suerte le ocurrió

al rey irlandés Conaire en la Mansión de Da Derga, con el agravante de que se peleó contra tres jinetes tan rojos como sus cabalgaduras, cuyas espadas estuvieron a punto de abrirle en canal. Una vez consiguió salvarse, se enfrentó a Badbh, la diosa de la destrucción, pero en forma de un trío de negras brujas, desnudas y con los cuerpos sangrantes, a la vez que llevaban unas sogas prendidas en el cuello. Terrible escena que estuvo a punto de enloquecerle; sin embargo, en el último instante logró vencer la parálisis de terror que empezaba a dominar sus brazos y piernas.

Diferentes tipos de cielos

El caldero mágico de la regeneración se hallaba cubierto de diamantes, y en el mismo siempre estaba hirviendo el aliento de siete vírgenes (el mejor símbolo de la fertilidad al provenir de las gargantas de unas jóvenes nunca mancilladas). También podía ser utilizado para cocinar la comida de los héroes, pero su fuego se apagaría en el momento que lo intentase utilizar un cobarde.

Junto al caldero podían encontrarse los *Cwn Annwn* («los sabuesos de Annwn»), de piel blanca y rojas orejas. En estos casos eran animales divinos; sin embargo, en varias leyendas son considerados criaturas diabólicas, con lo que sus cuerpos aparecen manchados de un color rojo grisáceo, y son guiados por una figura negruzca y cornuda que ofrece el aspecto de un demonio.

Para los irlandeses el más allá suponía toda una aventura, ya que era como una especie de cielo situado en las islas del océano Atlántico. Lo mismo podía hallarse debajo del agua o de la tierra. Cada una de las divinidades contaba con su lugar específico, al que se daba el nombre de *sídb*, sobre el que presidía. Para llegar a este lugar los muertos debían utilizar un barco, igual que se indica en la leyenda del *Viaje de Bran*, para navegar por las aguas más tranquilas.

Una vez en este paraíso no importaría medir el tiempo, como cuenta Miranda Jane Green, en su libro «Mitos celtas», *ya que es un lugar feliz, sin límites de edad, toda una fuente de sabiduría, paz, belleza, armonía e inmortalidad. Conocida como Tiur na n'Og («la Tierra de la eterna juventud»), constituye un universo lleno de magia, encantamiento y música. Es un lugar al que se consideraba un reflejo idealizado del mundo real. Una característica de cada «sídb» o mansión eran los festines, cuyo eje central se hallaba en el inagotable caldero, siempre lleno de comida. Una imagen poderosa era la del cerdo del banquete, permanentemente renovado. Sacrificado todos los días por el dios que presidía el «sídb», renacía eternamente para volver a ser sacrificado a la mañana siguiente. El divino anfitrión del festín estaba representado, con frecuencia, como un hombre que llevaba siempre un cerdo sobre sus hombros.*

El tiempo terrenal resultaba irrelevante en el Más Allá. Si algún ser humano vivo lo visitaba, se conservaría joven mientras se encontrara allí, pero al regresar a casa, recuperaría la edad terrenal que le correspondía. Se contaban historias terroríficas sobre el trágico destino de aquellos que regresaron del mundo sobrenatural; el hijo de Finn Oisín volvió a tener trescientos años cuando abandonó el mundo de los muertos, un suceso parecido es contado en el «Viaje de Bran», cuando éste y sus hombres llegan a una isla llamada la Tierra de las Mujeres, que supone una manifestación del Más Allá o del cielo, donde permanecen durante bastante tiempo; sin embargo, algunos comienzan a impacientarse al desear volver a sus casas. Antes de permitirles salir de allí, se les aconseja que no pisen la tierra, lo que olvida uno de ellos al

contemplar las costas irlandesas. Pero nada más poner un pie sobre la arena de la playa se convierte en polvo, debido a que había permanecido en el cielo, donde era imposible medir el tiempo, el cual de largo había superado los dos siglos...

La resurrección y sus símbolos

Los celtas también representaban la resurrección con un caldero, al que se hallaba unido el dios Dagdó. En la leyenda galesa de Branwen este recipiente mágico puede resucitar a los héroes, siempre que sus cuerpos sean cocinados en el mismo a lo largo de la primera noche luego de haber muerto. Esto les permitirá recuperar toda su fortaleza y juventud, pero nunca la voz. Hemos de comprender que a los muertos se les consideraba mudos.

Una variante del caldero la encontramos en el pozo de Dain Cécht, donde el druida divino devuelve la existencia a los guerreros con el simple hecho de sumergirlos en el agua del fondo, a la vez que entona una serie de conjuros. La prueba de que esta leyenda se hallaba extendida se encontró en el interior del Vaso de Gundestrup, donde se había grabado un conjunto formado por unos soldados celtas, que están presenciando como uno de sus compañeros es sumergido en un barreño lleno de agua o de otro líquido.

También la caza divina suponía un símbolo de la resurrección, al estar asociada con la sangre de la pieza al ser abatida. Otro símbolo era el vino, sobre todo para los borgoñeses. Las serpientes, los ciervos y los pájaros representaban la renovación de la existencia, en especial los últimos.

No obstante, el simbolismo de la resurrección más común a todos los irlandeses se hallaba relacionado con cierto tipo de árboles. En especial los druidas se fijaban en los de hojas caducas que, luego, brindaban unos frutos muy sabrosos. También se creía que los árboles ofrecían un vínculo de unión entre la vida y la muerte, como podremos mencionar en el capítulo que dedicaremos a este tema tan amplio e interesante por los enigmas que pone de manifiesto.

«La Tierra de la Vida»

Ya sabemos que el cielo celta podía ser un poco mejor que la tierra; sin embargo, en Escocia, Irlanda y Bretaña se terminó creyendo que en el mismo se encontraban los seres humanos más hermosos y la comida y la bebida aparecían abundantemente con solo desearlas. También las diosas se convertían en las amantes de los héroes. Una de estas fascinantes divinidades llamaba al cielo *Tir Inna m Beo* («la Tierra de la Vida»). Creemos que el destino de los celtas nunca fue evocado con tanta belleza como en un poema irlandés anónimo, que es dirigido a la morada celeste *Magh Már* («Gran Llanura») y *Tir Már* («Gran Tierra»):

*Allí jamás nada es mío y tuyo,
blancos son los dientes y oscuras las cejas,
un goce los atavíos de nuestras gentes,
cada mejilla ofrece el color del frutal.
Es púrpura la superficie de cada llanura,
soberbia la belleza de los huevos de mirlos;
aunque la Llanura de Fál sea suave de ver,*

*resulta desolada si has conocido Magh Már:
Por buena que creas la cerveza de Irlanda,
mejor te parecerá la cerveza de Tir Már.
Una tierra maravillosa es ésta de que hablo,
en ella la juventud no da paso a la vejez.
Dulces ríos cálidos fluyen por la tierra,
hidromiel o vino puedes siempre elegir,
bellas gentes sin defectos te acompañan,
concebirás sin pecado y sin lujuria.*

Ya vemos que el cielo celta se hallaba repleto de goces materiales y espirituales, muy relacionados con los grandes sueños alimentados a lo largo de la vida. Julio César supuso que constituía un premio tan alto que llevaba a los hombres de esta raza a convertirse en los mejores guerreros del mundo, al no temer a la muerte de tanto como la deseaban. Además de admirar la bravura de los celtas, que llegaron ser incluidos en las mejores centurias para que combatieran en primera línea, los romanos se empeñaron en exterminar una religión que consideraban *bárbara e inhumana*.

Realmente Cesar a quien más temía era a los druidas, porque se habían encargado de inculcar en su pueblo unas creencias muy sólidas. Todos los historiadores están de acuerdo en que si los celtas hubiesen conseguido unir sus fuerzas, en lugar de actuar tan divididos, nunca hubieran sido vencidos por Roma, con lo que la Historia de Europa habría resultado muy distinta. Claro que esta idea se apoyó en ejemplos muy dramáticos, que llegaron demasiado tarde, a pesar de lo cual los celtas pusieron en jaque a las legiones más poderosas del mundo, con lo que se pudo suponer que si lo hubieran hecho unas decenas de años antes todo hubiera sido muy diferente.

La isla de Avalón

La isla de Avalón era otro de los lugares donde los celtas situaban el país de los muertos. Precisamente hasta este lugar llevó el hada Morgana a su hermano el rey Arturo, luego de haberle encontrado herido al finalizar la batalla de Camlan. Lo depositó en un lugar tranquilo, a la espera que despertara para volver al lado de los suyos.

Para los irlandeses Avalón significaba «manzana», que era uno de los frutos representativos de la inmortalidad y de la sabiduría. La isla se localizaba en los apartados territorios del noroeste, lugar en el que habían vivido los hiperbóreos.

Además la isla de Avalón constituía el reino de las hadas, donde nunca se ponía el sol y se gozaba de la eterna juventud y de placeres infinitos. Un lugar al que sólo podían llegar los héroes y los muertos, si en su existencia anterior hubieran observado una conducta ejemplar. Esto es lo que escribe Sira García Casado en su libro «Los celtas, un pueblo de leyenda»:

Pero Avalón es el lugar donde fue enterrado el rey Arturo, que realmente estaba muerto. Así al menos lo mantiene otra versión de su hermosa leyenda. Desde que Monmouth escribió su historia de Bretaña, Arturo fue considerado por todos un rey histórico. A fines del siglo XII los monjes de la abadía de Gladstonbury anunciaron que habían encontrado la tumba de Arturo. En ésta apareció una cruz gamada con el nombre de Arturo y restos de huesos de hombre

y de mujer, que se supuso pertenecían al rey y a Ginebra. En la actualidad los arqueólogos han confirmado la existencia de dicha tumba, aunque no se puede asegurar quién estuvo enterrado en ella.

Por otra parte, los principales lugares artúricos —Tintagel, Camelot y Gladstonbury—efectivamente eran muy importantes en la época en que se supone que vivió este rey. En consecuencia, muchos aceptan la versión que sitúa la isla de Avalón en las colinas de Gladstonbury. Este lugar en tiempos remotos fue una isla, rodeada de marismas y donde abundaban las manzanas. Además reunía las características con las que los celtas identificaban el Otro Mundo...

...En Gladstonbury también hubo un santuario pagano antes de ser cristiano. La colina más alta, llamada Tor, se consideraba la entrada al Otro Mundo, y en ella se encuentran los restos de lo que parece ser un laberíntico camino prehistórico, que da siete vueltas de subida y bajada. En la cima, que supone el centro del laberinto, había una fortaleza de la época artúrica. En definitiva el hallazgo de la tumba de Arturo no representa una contradicción con la leyenda, sino la confirmación de que en ella se recogen elementos fundamentales de las creencias celtas sobre la continuidad de la vida y el Otro Mundo.

El sacrificio mortal voluntario

En los tiempos antiguos, cuando la tribu celta estaba convencida de que tenía en su contra a los dioses, podía recurrir a un sacrificio humano. En ocasiones se elegía al joven más fuerte, hermoso y sano, que no hubiese conocido a mujer alguna en lo sexual. Nadie tenía que forzarle, ni siquiera era necesario que los druidas le explicaran lo que iba a suponer su sacrificio.

El joven no se consideraba una víctima, al ser consciente de que se le había asignado el papel de «héroe». Desde muy niño se le había enseñado que muchos otros, antes que él, corrieron la misma suerte. Nada más aparecer la luna llena, se encuentra vestido con sus mejores galas. No han tenido que ayudarle, ni sus manos han temblado al ponerse los pantalones de las fiestas, la túnica corta, las botas y una capa larga. Su padre le entrega el cinturón, del que pende una espada corta envainada; y el joven se la coloca en la cintura.

Al salir de la cabaña, el pueblo le mira con respeto. Nadie habla, con lo que sólo el sonido de los pasos forma una especie de coro regular mientras todos caminan hasta el lugar del sacrificio. Se adentran en el bosque, donde crecen los árboles más altos y frondosos. Se han callado la lechuza y todas las aves nocturnas, la luna apenas se ve entre las copas de los robles centenarios; sin embargo, los ojos humanos ya se han habituado a la semipenumbra.

No tardan en divisar el resplandor de la fogata, que unos druidas acaban de encender junto al círculo de estacas, sobre las cuales lucen las cabezas de otros héroes. Muchas de éstas son simples calaveras con unos restos de rubios cabellos enredados por la suciedad; y las demás resultan casi irreconocibles, porque hacía muchos años que no se precisaba entregar una vida a los dioses.

El joven hermoso y fuerte se detiene ante el druida, que le está ofreciendo un plato. Será su última cena, en la que comerá unas tortas de trigo y cebada y beberá un vaso de vino sin fermentar. Da cuenta de todo esto con una evidente solemnidad y, luego, en el momento que se ha limpiado los labios con un paño, comienza a quitarse toda la ropa, hasta las botas. Sólo se queda con el torque.

Sigue de pie, muy digno y mirando hacia delante. Seguro que puede

escuchar los pasos del druida y, de pronto, acusa un golpe muy agudo... ¡y nada más! Acaba de ser apuntillado en la nuca con su propia espada, la misma que le entregó su padre. Pero ésta es la primera muerte del héroe.

La segunda se produce en el momento que el druida rodea el cuello del cadáver con una cuerda y, seguidamente, realiza una violenta estrangulación, a pesar de saber que el joven ya ha fallecido. Y la tercera muerte, la definitiva, se produce al cortar la cabeza con un cuchillo sagrado.

Las gentes asienten en silencio. Los padres del héroe acusan una natural emoción, sin lágrimas ni lamentos. Poco más tarde, todos regresan a la tribu, donde la vida ha de seguir, con la confianza de que los dioses se sienten confortados por el sacrificio humano y volverán a protegerles...

¿Es necesario comentar el momento que acabamos de describir?

Capítulo V

UNA RELIGIÓN QUE SUBLIMIZABA A LOS DRUIDAS

El druida y lo céltico se confunden

La religión para los celtas constituía el mejor medio de organizarse socialmente, debido a que funcionaba con gran rigor el sacerdocio de los druidas. Gracias a éstos se movió su civilización con una gran coherencia a lo largo de sus primeros siglos de vida.

Se sabe que había druidas en Irlanda, en el País de Gales, en la Bretaña y en la Galia. El hecho de que no se tengan noticias de que existieran entre los celtas de España y otros lugares no ha de llevarnos a creer que les faltaron. Lo que sí se puede afirmar es que los druidas de Italia recibieron el nombre de *vates*.

Julio César dejó escrito que los druidas provenían de la Bretaña, donde radicaba lo que se podría considerar su sede central. Existen los suficientes documentos para tener la certeza de que los druidas de la Galia e Irlanda visitaban la Bretaña para completar su formación.

Algunos historiadores han pretendido demostrar que los druidas tienen origen en antiguas civilizaciones del norte de Europa, que al ser conquistadas por los celtas les prestaron estos «magos-sacerdotes». Sin embargo, son más los que opinan que los «grandes sabios de los árboles» son básicamente celtas, como lo prueba la resistencia que todos ellos opusieron a Roma y al cristianismo cuando pretendieron exterminar su cultura y su religión.

La palabra druida nace del término *dryadas* («sacerdote de las encinas»). No obstante, en Irlanda se prefería relacionar a los druidas con el avellano y el serbal, debido a que se creía que las avellanas proporcionaban facultades adivinatorias. Por cierto, los druidas irlandeses utilizaban unas varitas de avellano como símbolo de su poder al provenir del «árbol sagrado o de la vida». Muchos terminaban por cubrirlas con una capa de plata.

Las múltiples funciones de los druidas

Los druidas se encargaban de los sacrificios y de dirigir todas las ceremonias religiosas. Sin embargo, lo que más se esperaba de ellos era que utilizaran su poder de adivinar el futuro, sobre todo el más inmediato. Esta misión la resolvían fácilmente asignando un árbol a cada ser humano, ya fuera hombre o mujer, de acuerdo con el día del nacimiento. De esta manera crearon un

horóscopo, unas cartas y otros medios de apoyo a sus adivinaciones.

Sorprendentemente, los druidas se fijaron en la Naturaleza más que en los astros para dar forma a un sistema de predicciones muy similares, en ciertos casos las superaban, a las obtenidas por los astrólogos tradicionales.

Como estamos hablando de unos personajes a los que los celtas sublimaron, además de sacerdotes y adivinos eran científicos: conocían las plantas de su entorno con la misma precisión de un moderno naturalista, lo que les permitía obtener medicinas, estimulantes y otros productos mágicos. Debido a que cada una de sus acciones la ritualizaban, se ha querido ver en esta actitud una forma de pretender camuflar la «mentira», cuando existen suficientes pruebas para tener la certeza de que sus conocimientos eran extraordinarios.

Otra de las funciones de los druidas era jurídica. Así nos los muestra Henri Hubert: *«Actuaban como jurisconsultos, árbitros y abogados más bien que jueces. Emitían opiniones fundadas en precedentes interpretados a la luz de la equidad. Interventían como árbitros en asuntos de derecho privado, por ejemplo, para solventar, por medio de justas compensaciones, litigios motivados por daños causados en un acto de venganza. En la evolución del derecho céltico, los poderes públicos del Estado acabaron por superar a los de los druidas, debido a que los reyes y las asambleas pasaron a ser las que juzgaban. No obstante, en la Galia y en Irlanda los druidas intervenían cuando alguien no aceptaba un veredicto. Entonces se mostraban muy severos, al obligar al culpable con la amenaza de destierro.»*

Uno de los preceptos que más repetían los druidas era éste: «cuenta la verdad siempre». El precepto se encuentra en los antiguos textos irlandeses: *Las tres mejores cualidades de un príncipe son la verdad, la clemencia y el silencio. Los peores para el honor de un rey son no respetar la veracidad y convertirse en aliado de lo falso.*

Respecto a lo anterior se contaba una leyenda sobre un héroe que, siendo el monarca de una tribu, dijo una mentira para ayudar a un amigo. Pese que él la utilizó creyendo que era una verdad, no quedó exento de un castigo. Los druidas que le juzgaron le dejaron a merced del destino, al prevenirle que un día le ocurriría una desgracia inesperada. Una mañana que estaba en su casa, ésta comenzó a deslizarse por una pendiente. Hubiese muerto, junto con su familia, de no haber intervenido un rey virtuoso y sincero, el cual logró que la casa se detuviera en el momento que iba a precipitarse en un hondo abismo.

Para los celtas cualquier tipo de delito nunca era considerado individual, ya que afectaba a toda la familia del culpable. Por ejemplo, si un pastor joven e inexperto llevaba el ganado a pastar en el prado de un vecino, sin contar con el permiso de éste, su familia quedaba obligada a proporcionar al perjudicado un terreno similar durante toda una estación completa.

En el caso de que la sentencia no se cumpliera, lo que suponía desobedecer a los druidas, la familia caería en desgracia durante cuatro generaciones. Un destino que nadie quería para él ni para los suyos, por eso las los celtas procuraban respetar las leyes al máximo. Y sobre todo se forzaba a quien cometía cualquier tipo de delito a que pagase su culpa de inmediato, con el fin de que no arrastrara a todos los demás. Por eso los celtas funcionaban tan bien como sociedad, por pequeña que ésta fuera.

La severidad ha de verse como un arma imprescindible en unas tribus enfrentadas a los enemigos más peligrosos; además, concedía un inmenso crédito a todas las instituciones porque, como decía el druida, *del respeto a la ley nace la conciencia que alimentara el amor a los otros y a nosotros mismos.*

Cómo se desanimaba a los malhechores

Los druidas idearon unos recursos muy sutiles para intimidar a los malhechores, sobre todo cuando se hallaban en juego los bienes materiales. En el momento que alguien era acusado de un delito, se le imponía una multa de acuerdo con su situación económica. De no poder abonarla de inmediato, se le concedía un plazo, siempre que contase con un fiador o avalista, el cual se responsabilizara del pago final. Si éste no se efectuaba en el tiempo convenido, el fiador debía abonar la multa; pero, de inmediato, pasaba a ser el dueño de todas las propiedades del incumplidor, incluidas las de la familia de éste.

Podía suceder que el penalizado se negara a entregar lo que se le exigía, entonces su avalista podía sentarse en la puerta de la casa de aquél, donde permanecería desde el amanecer hasta el anochecer sin comer ni beber. Mientras se mantuviera allí, también el deudor estaba forzado a observar un ayuno absoluto. Si todo esto no servía para solucionar el caso, entonces se recurría a los druidas, con el fin de que ejercieran una presión moral, que acostumbraba a ser la pérdida del derecho a participar en las ceremonias religiosas de la tribu. Nadie se resistía a tal castigo, ya que traía consigo la expulsión o el destierro.

El poder político de los druidas

Los druidas poseían una autoridad política, ya que la mayoría de los monarcas celtas disponían de uno de estos «magos-sacerdotes» como su principal consejero. Dado que el pueblo les consideraba imprescindibles, no pagaban impuestos, ni debían ser reclutados para formar un ejército. Otra cosa muy distinta era si uno de ellos, como hizo el galo Diviciacus, se prestaba voluntariamente a empuñar las armas. De lo que nunca renunciaban era a su derecho de dar consejos a los jefes militares.

Cuando los druidas permanecían imparciales era en las luchas tribales, ya que su papel debía ser de árbitros. Debido a una errónea interpretación de Julio César, se creyó que muchos de estos «sabios de los árboles» provenían de nobles familias. En realidad eran equiparados al personaje de mayor rango de las castas más altas, como hemos podido comprobar, ya que algunos de ellos ocupaban el cargo del principal consejero de los reyes. Esto les obligaba a vivir en la «corte», aunque no dejaran de contar con unas dependencias especiales, en las que guardaban sus útiles de adivinación, sus varas de mando, la hoz sagrada con la que cortaban las plantas que necesitarían para elaborar las medicinas, así como otros elementos.

El profesorado de los druidas

Una de las misiones primordiales de los druidas era la educación de los jóvenes. Los celtas se mostraron tan satisfechos de sus maestros que nunca dejaron de poner a sus hijos bajo tutela tan preciada, porque sabían que iban a enseñarles desde lo más elemental hasta lo superior. En efecto, el druida se cuidaba de abrir las mentes infantiles a la curiosidad y, luego, le iba enseñando como quien entrena el cuerpo en formación para que sea capaz de realizar las mayores proezas físicas.

Las escuelas celtas terminaron por estar tan bien organizadas, que en Irlanda fueron aprovechadas por los monjes cristianos, los cuales las utilizaron hasta bien entrada la Edad Media. Sin embargo, no sólo se sirvieron del espacio y de la organización, sino que recogieron el método de los druidas: transmitir las ideas esenciales por medio de las palabras más sencillas, como si el maestro se apropiara del lenguaje del niño para, luego, ir progresando con el mismo a base de ejemplos muy claros, tomados del entorno del alumno.

Dado que los druidas no enseñaban a escribir, ya que estaban convencidos de que si sus conocimientos quedaban recogidos en algún medio perdurable terminarían por ser vulgarizados, contaban relatos y poemas. Con esto crearon una rica literatura oral, que luego serviría para reescribir su historia, cuando ya lo habían hecho los griegos y los romanos que los trataron, aunque muchos de éstos no supieron transmitir la verdad al interpretarla en función de sus prejuicios personales o al haberse fijado nada más que en lo superficial. Algo de esto le sucedió a Julio César.

Al conocer el poeta inglés Michael Drayton, que vivió en el siglo XVI, la habilidad de los druidas para comunicar verbalmente sus conocimientos, no pudo silenciar su asombro: *Deben ser considerados unos bardos sagrados, pues nadie como ellos han podido conocer los grandes abismos de la naturaleza.*

Los bardos eran los «trovadores» celtas. Pertenecían a una especie de «segunda categoría» dentro de los druidas. En un principio llegaron a representar la justicia; pero, con el paso del tiempo, se prefirió verlos dedicados a conservar la historia, los cantos religiosos, las leyendas y los mitos de una forma oral. Esto ha llevado a que se les considere «la memoria del pueblo celta», y algunos de ellos se encontraron al lado de los reyes.

Por otra parte, los druidas se dividían en cinco categorías: los *Vacios*, que se cuidaban de los sacrificios, de las ofrendas a los dioses y de interpretar los dogmas de la religión; los *Saronidos*, constantemente entregados a la instrucción de los jóvenes y a la enseñanza de las ciencias; los *Bardos*, a los que conocemos como poetas, oradores y músicos encargados de exhortar a la virtud y, al mismo tiempo, dar ánimo a los guerreros; los *Adivinos*, a los cuales se les encargaba la predicción del futuro; y los *Causídicos*, que cumplían el papel de jueces en todos los conflictos civiles y criminales. Resulta complicado valorar la importancia de cada uno de ellos dentro de la sociedad celta, porque dependía de las ocupaciones de la tribu, de si se vivían tiempos de paz o de guerra y de muchas otras circunstancias. Claro que esta cuestión no preocupaba a ninguno de los implicados, porque el respeto a las categorías se hallaba muy alejado de la envidia. Pero sí constituía un impulso lógico querer ascender a la posición superior.

La doctrina de los celtas

Los druidas dieron forma a una doctrina basada en la inmortalidad, la moral humana, una visión del mundo en función de la Naturaleza, una mitología, un ceremonial y unos ritos funerarios. Para todos ellos la vida era una etapa de un largo camino, en la que se disponía de un cuerpo, de una voluntad, de unas creencias y de unas propiedades, todas las cuales podrían ser llevadas al mundo de los muertos, del que acaso regresarían en una nueva condición de «seres vivos».

En este largo camino se producían una serie de transmigraciones del alma, con la peculiaridad de que uno de estos procesos podía llegar al cuerpo de un

hombre, de una mujer o de un animal. Esta idea sobre la metempsicosis aparece en varios cuentos y leyendas celtas.

A pesar de que los druidas tomaban a los árboles como el eje de la existencia de los seres humanos, se fijaron en el cielo y en muchos fenómenos naturales. Esto les proporcionó unas nociones muy valiosas en disciplinas como la física y la astronomía, que aplicaron a sus calendarios. Ya sabemos que eran unos médicos excelentes, lo mismo que unos filósofos.

Por su condición superior dentro de una sociedad tan tribalizada y errante, los druidas formaron una especie de cofradías muy bien organizadas. Como toda una civilización se hallaba bajo su responsabilidad, llegaron a contar con santuarios en los que se reunían para compartir conocimientos y hablar de sus inquietudes.

Se tiene constancia de que existieron familias drúidicas, ya que la iniciación era muy larga. Podía durar veinte años, en un proceso que cubría las etapas de preparación y de aprendizaje. A lo largo de todo este tiempo el «aprendiz» estaba obligado a memorizar millares de versos, en los que se hallaba condensada toda la doctrina drúidica. Sin embargo, a pesar de lo dura que resultaba esta enseñanza, se imponía una severa elección de los candidatos, debido a que éstos llegaban a ser cientos porque convertirse en un druida significaba alcanzar un poder casi sobrenatural.

¿Hubo druidesas?

La leyenda cita a las druidesas, pero cumpliendo el papel de unas brujas. Los historiadores creen ver en estas mujeres a *Brigit*, la diosa de las tres caras que representa la poesía, o a las hadas de Bretaña. Otros se fijan en Morgana, la protectora de Arturo.

De lo que no hay duda es que entre los druidas no había ninguna ley que prohibiera la existencia de druidesas. Se cree que aparecían en tiempos de guerra, como alentadoras del valor, curanderas y protectoras. También podían socorrer a los caballeros que buscaban el Grial, al indicarles la ruta menos peligrosa, luego de consultar las cartas o las hojas de un árbol. Pomponio Mela menciona a las *Gallisenas*, que eran unas vírgenes muy bellas, a las cuales se podía encontrar en la isla de Sein. Para ayudar a los celtas llegaban a ordenar al mar que calmara sus olas o al viento que soplar en distinta dirección. Otra de sus cualidades era la de transformarse en animales; sin embargo, lo máspreciado de estas singulares «druidesas» hemos de verlo en que predecían el futuro y sanaban las heridas mortales de los héroes.

Cuando los romanos atacaron la isla de Mona, suceso que contaremos en otro capítulo, se debieron enfrentar a unas mujeres enlutadas, que les combatieron con antorchas y gritando conjuros malignos. Algunos de éstos consiguieron hundir varios barcos; sin embargo, el sol rompió las débiles nubes y su resplandor provocó la huida de estas furiosas druidesas. Nunca más se supo de ellas.

Capítulo VI

LOS GRANDES CONOCIMIENTO DE LOS DRUIDAS

El calendario celta

Los druidas se cuidaron de establecer la relación existente entre el Sol, la Luna y las estrellas, lo que les permitió crear un calendario de interpretación bastante complicada. Algo que hemos de considerar normal, al venir de unos seres que nunca ponían sus grandes conocimientos al alcance de las gentes vulgares.

Existe un calendario celta, que se encontró en un lugar de Francia que hoy se conoce como Colygne. El acontecimiento tuvo lugar en 1897, cuando unos arqueólogos hallaron unos restos. Una vez consiguieron unirlos se encontraron con una placa de bronce de unos 15 centímetros de altura por 10,50 de ancho, que dataron hacia el siglo I a.C. La numeración era romana; no obstante, sus anotaciones no correspondían al calendario juliano, que era el usado entonces por el país de los Césares.

El calendario de Coligny fraccionaba el año en un periodo de meses y estaciones, que correspondía a las fiestas celtas dedicadas a las estaciones. Ahora sabemos que los druidas calculaban el tiempo fijándose en las noches y nunca en los días. Un periodo de quince noches completaba la mitad de la luna menguante. Si aparecía una franja brillante, debía interpretarse como que esperaban un tiempo favorable; pero si se contemplaba una franja oscura, el anuncio era de malos presagios.

Este calendario se formaba con 62 meses lunares, entre los cuales se intercalaban otros dos meses. Algunos historiadores han comprobado que los druidas ajustaban su año lunar con el año solar utilizando sabiamente 30 días «extras», que intercalaban en fases de dos años y medios a tres años. Hemos de tener en cuenta que en los calendarios juliano y gregoriano (éste es el que se emplea actualmente en casi todo el mundo) se efectúa algo parecido, pues se altera la duración de los meses y se añade un año bisiesto cada tres normales.

Las festividades celtas

Los años celtas estaban divididos en cuatro estaciones, cada una de las cuales se hallaban precedidas por unos días de fiesta. Tiempo que la mayoría de la gente dedicaba a los festines y a los juegos, mientras los druidas cumplían las

obligaciones sagradas, realizaban ofrendas a los dioses por medio de sacrificios de animales y, en caso excepcionales, de seres humanos.

Ahora sabemos que el fin primordial del calendario de Coligny era anunciar al pueblo la llegada de las fiestas más que indicar el cambio del tiempo. El primero de estos acontecimientos se celebraba con el comienzo de febrero, época en la que nacían los corderos de primavera y las ovejas producían una mayor cantidad de leche. Era el tiempo de la diosa Imbolc, a la que se consagraban los rebaños y se le solicitaba la fertilidad, tanto de las mujeres y de los animales como de la tierra.

La segunda festividad celta llegaba durante la primera semana de mayo. También se asociaba con la fertilidad, tan necesaria para los campos que acababan de ser sembrados y para los rebaños que estaban siendo llevados a los mejores pastos. Época denominada Beltaine, sobre la que regía Belenos, el dios del fuego. Los druidas lo aprovechaban para pasear a los mejores animales alrededor de las fogatas, con la intención de purificarlos y, a la vez, prolongar el efecto sobre todo el ganado de la tribu.

En la mitad de julio daba comienzo la festividad de Lugnasa, que era la más agraria de todas. También quedaba bajo la protección del dios Belenos. Sin embargo, durante el verano esta divinidad recibía diferentes nombres en los países celtas: Lug, en Irlanda; Lugus, en las Galias, y Lleu, en Escocia.

La cuarta y última fiesta celta se situaba el 1 de noviembre, se llamaba Samain y se celebraba el 31 de octubre. Pasaba por ser la más solemne, debido a que se celebraba el fin del mundo, el momento que de la confusión surgió el orden que permitió el nacimiento de los seres humanos y de todo lo bueno que poblaba la tierra. También se creía que era un tiempo propicio para que los muertos abandonasen sus lugares de reposo y diesen un paseo por el mundo de los vivos. Esto sometía a toda la gente a grandes peligros.

Lo obligado era intentar calmarlos en esa primera noche de su deambular incontrolado, porque de no hacerlo seguirían creando malas influencias durante mucho tiempo. Se podía lograrlo ofreciéndoles sacrificios. No hay duda de que esta tradición ha perdurado, con sus mensajes de magia y terror, en las noches de Halloween.

La escritura de los celtas

A pesar de que los druidas considerasen que la escritura mataba la verdad al retener o «esclavizar» el espíritu de la misma, dejaron inscripciones en algunas tumbas. Pero muchas de éstas las realizaron utilizando otras lenguas, como pueden ser la latina o la ibérica. Por fortuna se han encontrado algunas en Irlanda, donde aparecieron numerosas y muy interesantes textos en los que se emplearon los símbolos ogámicos.

Éstos corresponden a un alfabeto muy singular, que impedía formar escritos extensos. Las inscripciones resultan muy cortas, y casi todas aparecen realizadas sobre madera o piedra. Se sabe que fue empleado hasta el siglo VI de nuestra era, cuando ya se estaban escribiendo cuentos y leyendas celtas con el alfabeto latino. Los ogams se componen de grupos de rayas, entre una y cinco, que gráficamente pueden representarse de esta manera:

b	L	v	s	f	I	II	III	IIII	IIII
I	II	III	IIII	IIIII	h	d	t	e	q
m	g	ng	p	r	a	o	u	e	i
I	II	III	IIII	IIIII	I	II	III	IIII	IIIII

El alfabeto ogámico consta de veinte signos, que fueron interpretados en tratados, como el manuscrito del siglo XIV llamado *Libro de Ballymote*. Cada signo o letra supone la inicial del nombre de un árbol distinto. Éstos son:

1.º <i>Ailon</i> : olmo	11.º <i>Muin</i> : vid
2.º <i>Beite</i> : abedul	12.º <i>Nuim</i> : fresno
3.º <i>Colh</i> avellano	13.º <i>Ngus</i> : manzano
4.º <i>Dur</i> : roble o encina	14.º <i>Oir</i> : bonetero
5.º <i>Eagh</i> : álamo temblón	15.º <i>Peith</i> : pino
6.º <i>Fearn</i> : aliso	16.º <i>Quine</i> : higuera
7.º <i>Gath</i> : hiedra	17.º <i>Ruis</i> : saúco
8.º <i>Huath</i> : espino blanco	18.º <i>Suie</i> : sauce
9.º <i>Togh</i> : tejo	19.º <i>Teine</i> : retama
10.º <i>Luis</i> : serbal	20.º <i>Ur</i> : brezo

Relación de los dioses celtas con los meses del año

Marzo: Era el mes que se dedicaba a *Camulos*, el dios guerrero. Suponía el tiempo de los espíritus que aportaban la novedad y estaban considerados los más aguerridos. Por eso los druidas atribuían a los nacidos en este periodo del año una firme voluntad, que podía llegar a hacerse, en ocasiones, despótica.

Abril: Era el mes dedicado a *Dea Brigantia*. Una época de trabajo tenaz para todos los celtas, que si se aprovechaba con una gran producción, más de bienes espirituales que materiales, conduciría al triunfo en todas las parcelas de la vida, hasta en las militares.

Mayo: Era el mes que se ponía en manos de *Hens*. Simbolizaba los altos pensamientos, los objetivos más ambiciosos y los amplios horizontes del espíritu humano. Un tiempo para los grandes gobernantes y los conductores de pueblos.

Junio: Era el mes dedicado a *Bel* o *Belén*, Representaba a los espíritus juveniles, a la vez que ponía de manifiesto los más sólidos valores éticos y la confianza de todos los celtas en el futuro de la colectividad.

Julio: Era el mes dedicado a *Trian* o *Thent*. Simbolizaba la serena tranquilidad y el elevado pensamiento que analiza, con lo que permite una acertada utilización de las cosas y, si fuera necesario, poder encontrar un jefe provisto del ingenio militar suficiente para mantener la paz en periodos de confrontaciones tribales. Etapa de diálogos provechosos y, a la vez, de saber escuchar.

Agosto: Era el mes dedicado a *Ketk*, el dios del viento. Representaba la renovación y el cambio permanente. Su meta se hallaba en la obtención de una astucia bien dosificada.

Septiembre: Era el mes que se dedicaba a *Ketk*, lo mismo que el anterior. Simbolizaba en este caso la atracción por la magia y las ciencias ocultas, lo que situaba a todos los celtas bajo la dependencia de los druidas.

Octubre: Este mes se hallaba dedicado a *Manonnan*, el dios del mar. Era el momento más propicio para materializar los más profundos pensamientos científicos, como podía ser predecir un eclipse de sol, un terremoto o cualquier otro cataclismo nacido de la tierra o del cielo.

Noviembre: Este mes se dejaba a la voluntad de Taranis. Representaba el gran talento natural, que en ocasiones se veía frustrado por la carencia de voluntad, el fatalismo y la desmotivación. Sin embargo, con un pequeño esfuerzo se podrían superar estos factores negativos.

Diciembre: Un mes dedicado a *Ogmios*. Simbolizaba el optimismo al afrontar la vida y la alegría, que no disminuiría por muchas que fueran las complicaciones que debieran afrontar los celtas dentro de la tribu.

Enero: Mes que se hallaba bajo la protección de Abáis. Como en este periodo el pasado y el futuro quedaban unidos, el tiempo era simbolizado por el presente sin dejar de tener en cuenta lo sucedido recientemente y lo que se esperaba en las próximas semanas.

Febrero: Mes que se encontraba a merced de Grannos. Se consideraba la época de las pasiones más hirvientes y de las decisiones definitivas, ésas que podían llegar a marcar el destino de toda una familia o de la colectividad.

Los druidas tenían muy en cuenta estos presagios, para obtener las mayores ventajas de los positivos y cuidarse de reducir al máximo el efecto de los negativos. Como lo mismo podían afectar a un individuo aislado, a un grupo o a toda la tribu, a principios del mes realizaban las oportunas ceremonias religiosas para convertir en aliado a las divinidades que podían apoyar todo lo malo. Y solían ganarse el favor de las mismas, debido a su gran conocimiento de la meteorología, del comportamiento de los animales, de las reacciones de los árboles ante el fuego, los hielos y la sequía y de otras observaciones de la Naturaleza. Digamos que suplicaban por un lado el favor de los dioses, mientras por el otro observaban su entorno con la idea de «anticipar» los resultados.

Las adivinaciones

En la Bretaña celta las gentes siguen disponiendo en la actualidad del *Agrippa* o *Gran Alberto*, al que también se le da el nombre del *Pequeño Alberto*. Es un manual de magia muy famoso, en el que se incluyen infinidad de fórmulas, cuya aplicación requiere conocer la entonación precisa para cada invocación.

Antiguamente, cuando un druida iba a realizar un hechizo procuraba acompañarse de un instrumento musical, que podía ser un arpa, o del simple canto. Pero también se servía de una serie de movimientos ritualizados. Así lo explica Jean Markale en su libro «Druidas»:

En el momento que Cúchulainn debe partir para el último combate, provoca que su caballo se vuelva tres veces «por el lado izquierdo hacia él mismo», lo cual representa un mal presagio. El auriga de Cúchulainn le imita al lograr que el carro dé una vuelta hacia la derecha, pero eso no servirá para nada. Cuando el druida Athirno, el «Importuno de Ulster», desea poner de manifiesto sus malas intenciones para con los hombres de Irlanda, comienza su viaje por la izquierda, es decir abandonando el lugar por el oeste, el Connaught. La lógica de esta circunstancia es implacable. El este, enfrente, supone el horizonte del nacimiento. El sur, a la derecha, es el curso

normal de la vida, cuya conclusión, el reino de los muertos, es el oeste, detrás, el Otro Mundo que resulta invisible por ser imposible verlo. Pero el norte, a la izquierda, es el país del frío y de la sombra: ir al oeste por el norte provoca que se rompa la armonía cósmica, ir a contracorriente, es exponerse a las peores desgracias que se pueden sufrir.

Así realizado, respetando escrupulosamente la expresión vocal y gestual, los encantamientos poseen un poder temible. Antes de la batalla de Mag Tured, el poeta Cairpé dice: «Lanzaré la maldición suprema contra ellos. Les humillaré, de tal modo que no resistirán a los guerreros a causa de los hechizos de mi arte.» Durante su último combate, Cúchulainn ve a dos hombres que se están batiendo. Un poeta-satirista le dice entonces: «¡Vergüenza para ti si no consigues separarles!» El hechizo obliga a Cúchulainn a obedecer. Mata a los dos hombres y se apodera del venablo por el que luchaban. Pero el venablo es el arma mágica preparada desde muy antiguo para hacer que muera Cúchulainn, y éste, bajo el efecto de un nuevo encantamiento, es obligado a separarse de él...

Los encantamientos podían servirse de una piedra, un árbol, un animal o de cualquier otra cosa, siempre que se hallara relacionada con la persona afectada. Lo importante, como hemos visto, era que el druida supiera manejar todo el conjunto. Puede decirse que las posibilidades de conseguir el efecto mágico, ya fuera para predecir el futuro, causar un mal o ofrecer una benigna protección eran como una especie de partitura musical, que precisaba ser bien interpretada por los druidas para obtener la melodía exacta, la que resultaría más efectiva. La misma que iba a poner en armonía sus conocimientos, sus conjuros, sus movimientos ritualizados y, sobre todo, lo que se deseaba obtener.

Los monumentos megalíticos

Los druidas se encontraron con los monumentos megalíticos cuando llegaron a los distintos lugares de Europa. Los había en todas partes, y nunca se ha podido averiguar quién o quienes los levantaron. Podían ser dólmenes, menhires u otros conjuntos, pero en todos ellos se percibía una «energía magnética», como si en el interior de los mismos se hubieran conservado antiguos poderes, a la vez que podían servir para conocer la posición del sol y de las estrellas.

Los «sabios de los árboles» estudiaron a conciencia estas piedras, hasta que consiguieron extraer parte de sus secretos. Sin dejar de acudir a los templos que habían montado en el interior de los bosques, acudían a estos conjuntos megalíticos a meditar y realizar observaciones. Pronto se dieron cuenta de que gracias a las piedras verticales podían predecir el tiempo, con el simple hecho de escuchar el paso del viento sobre o alrededor de las mismas. También comprobaron que eran unos excelentes relojes solares.

Sin embargo, la principal utilidad que dieron a los monumentos megalíticos fue la de curar a sus hermanos. Se ha podido comprobar que llevaban allí, sobre todo en la Armórica bretona, a los aquejados de raquitismo, de bocio, de osteartrosis y de otros males. En los santuarios de piedras situados en las fuentes del Sena se trataban los tumores de pecho; y en los bosques de Halatte se sanaba a quienes sufrían males venéreos.

Todos estos lugares elegidos por gentes misteriosas, que acaso vivieron en el año 3.000 a.C., a los druidas los sirvieron para instalar puntos de reunión, enterrar a algunos de sus muertos, señalar etapas de una larga ruta o celebrar

acontecimientos históricos. Jorge Blaschke y Pedro Palao Pons en su libro «Druidas» cuentan lo siguiente:

Los monumentos de culto se dividían en:

—Obeliscos o piedras amontonadas. Se trataba de santuarios contruidos generalmente sobre colinas. Son los llamados menhires, que pueden encontrarse en infinidad de lugares de toda Europa.

—Construcciones de tres piedras levantadas en altar mayor, de forma que una de ellas cubría las otras dos. Es el llamado dolmen, conocido en Gran Bretaña como cromlech.

—Piedras que formaban cavernas.

—Piedras móviles que servían para los encantamientos y que en Gran Bretaña se conocen con el nombre de rocking-stones.

Generalmente, las piedras itinerantes llevaban inscripciones. Una parte importante de la simbología céltica y de la escritura drúidica ha llegado hasta nosotros a través de los monumentos, algunos solitarios y otros formando círculos, en formas concéntricas de varios anillos diferentes. Además, en los lugares de los montes donde había menhires, se han podido encontrar, en raros casos, escaleras de acceso.

No cabe duda de que todos los cultos estaban muy ligados a las piedras. El dolmen con una piedra flotante sobre las otras dos ofrece la posibilidad de ser un transmisor de sonido a través de las líneas energéticas de la tierra, al mover y hacer vibrar la piedra superior sobre las otras dos. De ahí la importancia de que estos monumentos estuvieran situados en lugares donde existían importantes líneas de energía bajo tierra. El sol y sus rayos completaban el conocimiento astronómico de los druidas, cuando en una determinada época del año, y sólo un día determinado, los rayos del sol penetraban por un orificio, especialmente construido con ese fin, e iluminaban el centro del monumento o un lugar que se había convertido en el receptáculo sagrado de la unión de las líneas magnéticas de la tierra y los rayos del sol, transformando el lugar en sagrado.

Sin embargo, insistimos sobre este punto, nunca convirtieron los druidas estos monumentos en lugares de culto, tal vez para no profanar un conocimiento esotérico o no perturbar las energías internas con aspirantes o discípulos no preparados. El templo drúidico siempre estuvo al descubierto, ya que los druidas creían que era vano encerrar a los dioses o al concepto que ellos tenían de los dioses. Estaban convencidos de que existían lugares, simbólicos o reales, donde el mundo de los hombres podía abrirse camino al mundo de los dioses y a la inversa, una especie de túnel sagrado.

El Nemeton era el lugar del intercambio sagrado, el claro del bosque, en el centro de éste o en lo alto de un cerro. Suponía el eje central del mundo, desde el que se establecía un contacto con lo invisible, lo sagrado, el punto del que irradiaban todas las fuerzas. Este lugar no se elegía al azar, y era un emplazamiento de un santuario prehistórico, podía ser, por tanto, un lugar próximo a un dolmen e indiscutiblemente era un sitio bien cargado de misterio y tradiciones sagradas; un lugar, en resumidas cuentas, privilegiado...

El enigma de Stonehenge

Cada año se puede observar el mismo fenómeno en las llanuras de Salisbury Plain, que están situadas en el sudoeste de Inglaterra. Nos referimos al solsticio de verano, que se presenta siempre el 21 de junio, para asombro de

las centenas de personas que llegan allí. Porque se encuentran en Stonehenge, que supone uno de los enigmas más grandes del mundo.

En el mismo instante que el disco comienza a elevarse por el horizonte, se produce la extraordinaria circunstancia de que un individuo situado en el centro del monumento megalítico puede ver cómo el Sol parece haber quedado colgado, inmóvil, sobre el pilar de la Heel Stone colocado en la zona externa del círculo. El momento resulta único, excepcional, porque quien tiene la suerte de contemplarlo queda fascinado.

La magia acaso venga produciéndose desde el año 3.100 a.C. La crearon unos misteriosos personajes prehistóricos, que acaso sean los mismos que alzaron los centenas de monumentos megalíticos que se extienden por toda Europa.

Son muchos los arqueólogos que se los atribuyen a los celtas, mientras que otros los consideran, basándose en Stonehenge, unos observatorios espaciales. Entre estas piedras algunos físicos han podido llevar a cabo experiencias sobrenaturales, como la percepción de voces, la existencia de líneas que sólo pueden ser descubiertas por medio de rayos infrarrojos y otros fenómenos.

El médico William Stukeley es considerado el mayor defensor de la idea de que Stonehenge fue construido por los druidas. Luego de haber estudiado diferentes monumentos megalíticos, al encontrarse ante el más grande e importante de los mismos sólo pudo exclamar: *¡Te atrapa como un hechizo irresistible!*

Nada más publicar el libro *Stonehenge Restored to the Druids*, Stukeley continuó estudiando otros conjuntos de piedras, con la idea de escribir nuevas obras sobre lo que él consideraba *la cristiandad patriarcal realizada por los druidas*. Debemos tener en cuenta que en esa época se había convertido en un pastor anglicano.

La idea de que los monumentos megalíticos habían sido construidos por los celtas perduró hasta el siglo pasado, sobre todo al realizar en las proximidades de Stonehenge varias excavaciones, que permitieron localizar restos humanos. Sin embargo, cuando comenzaron a relacionarse con la magia y el ocultismo, intervinieron varios intelectuales, los cuales atribuyeron al famoso conjunto de piedras la condición de calendario astronómico, similar a las pirámides de Egipto.

A partir de mediados del siglo XIX se dispararon las teorías, que terminaron por centrarse en los ovnis o en lugares de aterrizaje de naves venidas de las estrellas. Miles de escritos se han realizado sobre el tema, sin que nadie se ponga de acuerdo, ya que el autor de hoy crítica las hipótesis expuestas anteriormente. Mientras tanto, el pueblo más sencillo continúa mirando hacia Stonehenge y los demás monumentos megalíticos con el convencimiento de que fueron levantados por los celtas o, al menos, en ellos se encontraron muchos de los «hospitales drúidicos».

Una circunstancia relacionada con todo lo anterior la encontramos en uno de los medios que utilizaban los «grandes sabios de los árboles» para asegurarse de que las piedras megalíticas iban a servirles como templos.

El druida poseía las cualidades de un zahori, luego llevando en sus manos una varilla en forma de «L» se aproximaba a las piedras megalíticas, alrededor de las cuales iba caminando muy despacio, hasta que el desplazamiento de la punta de la varilla le permitía comprobar la piedra que poseía el campo magnético que más le favorecía. Ya contaba con su propia piedra.

Sin embargo, en el momento que se hacía acompañar por un celta interesado por conocer la piedra que le favorecía, le prestaba la varilla mágica, luego de enseñarle la forma de utilizarla. Antes le recomendaba que se relajara, dejase de pensar en todo motivo ajeno al interés de localizar la piedra y, una vez lo hubiera conseguido, comenzara a actuar. Mientras se estaba realizando este proceso, el druida se mantenía separado a una prudente distancia, con el fin de que su cuerpo no alterara el campo magnético que debía encontrar la punta de la varilla.

Gracias a este sencillo recurso los druidas pudieron establecer el horóscopo de los grandes jefes, a pesar de que éste nunca pudo ser tan efectivo como el relacionado con los grandes árboles. Una realidad que expondremos minuciosamente más adelante.

Capítulo VII

EL ÁRBOL ERA LA VIDA

La importancia del árbol

Los celtas veían en el árbol no sólo la esencia de la vida sino el recurso para predecir el futuro. Curiosamente, este medio tan primitivo era considerado por los druidas el más eficaz a la hora de establecer un pronóstico sobre el destino que espera a cualquier ser humano. Al observar todo el conjunto del árbol, desde sus raíces que se hundían en la tierra hasta su copa más o menos frondosa, lo que aconsejaban era mantener la vista elevada, permanecer bien apoyado en el suelo y tener en cuenta que la Naturaleza es tan previsora que a un tiempo de caída de las hojas le sigue otro de nieves, las cuales propiciarán la aparición de los mejores brotes. Se habría llegado entonces a la época de fertilidad y del renacimiento de la vida más plétórica.

Desde el principio de los tiempos el árbol había mantenido una relación vital con el ser humano celta, al proporcionarle el primer hogar, leña, sombra y alojamiento para las aves que podían convertirse en caza para alimentar a la tribu. Sin embargo, los druidas consideraban que la relación podía hacerse más íntima, si se tenía en cuenta que cada hombre o mujer lleva en su interior un árbol, por medio del cual alimentaba el deseo de crecer de la mejor manera. En realidad el árbol suponía el protector de todo lo material y espiritual de los seres humanos celtas.

El árbol articulaba toda la idea del cosmos al vivir en una continua regeneración. Además en él contemplaban los druidas el simbolismo de la verticalidad, de la vida en completa evolución, en una ascensión permanente hacia el cielo. Por otra parte, el árbol permitía establecer una comunicación con los *tres niveles del cosmos*: el subterráneo, por sus raíces que no dejaban de hurgar en las profundidades que recorrían en la continua necesidad de encontrar agua; la superficie de la tierra, por medio de su tronco y sus ramas; y las alturas, a través de la copa y las ramas superiores, siempre necesitadas de la luz solar.

En el árbol se hallaban reunidos la *totalidad de los elementos*: el agua que fluía en su interior, la tierra que se integraba en su cuerpo por las raíces, el aire que alimentaba las hojas y el fuego que surgía de su fricción. Los celtas conseguían el fuego frotando hábilmente unas ramas, entre las cuales habían introducido hierba seca o paja.

El árbol era el eje del mundo

Debido a que las raíces del árbol se sumergían en el suelo mientras sus

ramas se elevaban al cielo, el druida lo consideraba el símbolo de la relación tierra-cielo. Poseía en este sentido un carácter central, hasta tal punto de que suponía la esencia del mundo. Son muchas las civilizaciones antiguas que han establecido su árbol central, ése que era tenido como el eje del mundo: el roble de los celtas; el tilo de los alemanes; el fresno de los escandinavos; el olivo de los árabes; el banano de los hindúes; el abedul de los siberianos, etc.

Tanto en la China como en la India el árbol que es considerado el eje del mundo se halla acompañado de pájaros, lo mismo que sucedía con los celtas, ya que éstos reposan en sus ramas. Los consideraban estados superiores del ser, que se hallaban vinculados, al mismo tiempo, con el tronco del árbol. Los pájaros eran doce, lo que recordaba el simbolismo zodiacal y el de los Aditya, que constituyen la docena de soles. La misma cantidad suman los frutos del árbol de la vida, los cuales son signos de la renovación cíclica que se produce en todo lo vivo que hay sobre la Tierra.

El árbol cósmico

El árbol cósmico para los druidas era el central: su savia suponía el rocío celestial y sus frutos proporcionaban la inmortalidad (el retorno del ser a un estado paradisiaco). Así ocurría con los frutos del árbol de la Vida que se encontraba en el Edén, las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides y los melocotones de la siwang mu, la savia del Haoma iraní. El hiomoragi japonés también es valorado como un árbol cósmico, igual que el Boddhi, bajo el cual Buda alcanzó la plena iluminación, por lo que desde entonces representa al mismo Buda en la iconografía primitiva.

El simbolismo chino conoce el árbol de la fusión: une el yin con el yang (cruzamiento de las flores masculinas y las femeninas del árbol). Asimismo, las dos categorías de árboles: los de hojas caducas y los de hojas perennes están afectados por signos opuestos: uno simboliza el cielo de las muertes y renacimientos; y el otro representa la inmortalidad de la vida, es decir, dos manifestaciones diferentes de una misma identidad.

En Bolivia y en Haití, el árbol no sólo es de este mundo, se yergue en el más próximo y sube al más lejano. Va de los infiernos a los cielos, como un camino de viva comunicación.

El árbol de los antepasados

De acuerdo con las ideas de muchos antropólogos, podemos creer que el árbol fue considerado un antepasado mítico de una tribu, al hallarse en relación estrecha con el culto lunar. Así lo afirmaban los druidas. Esto lo presentaron en forma de una especie vegetal. Pero existen numerosos ejemplos en otras culturas: los maos y los tagálop de las Filipinas; el yunan de Japón; los ainu de Asia central; y en Corea y en Australia que unen los orígenes de sus razas con el bambú y la acacia.

El árbol también interviene en las interpretaciones antropomórficas (transformación del hombre en árbol y viceversa).

Esto lo vemos en las creencias de los pueblos altaicos y turco-mongolés de Siberia, lo mismo que en los celtas.

El matrimonio místico entre árboles y humanos destinado a reforzar la capacidad procreadora de la mujer, es común en la India, en el Punjab y en el

Himalaya. También en los siux de América del Norte, y entre los bosquimanos y los hotentotes de África.

El árbol social

El árbol también simboliza el crecimiento de una familia, de una ciudad, de un pueblo, de una nación y del poder del rey. Un buen ejemplo es el caso de Nabucodonosor y la interpretación de su sueño realizada por el profeta Daniel.

En la tradición bíblica judeo-cristiana, se detecta en el relato de la tentación del libro del Génesis, los grandes árboles que figuran a veces en los Salmos, y la importancia del árbol polial, como el de Jesé. Este árbol simboliza la cadena de generaciones, cuya historia resume la Biblia y que culmina con la llegada de la Virgen y de Jesucristo. Este mismo árbol ha inspirado muchas obras de arte y ha sido objeto de comentarios místicos.

El árbol invertido

Los textos védicos atestiguan la existencia del árbol invertido. Proviene de una cierta concepción del papel del sol y de la luz en el crecimiento de los seres vivos; de lo alto es de donde toman la vida, hacia abajo es donde se esfuerzan en penetrar. De ahí esta inversión de las imágenes: el ramaje desempeña el papel de las raíces; y éstas el de las ramas.

El árbol invertido supone un ideograma, que simboliza el cosmos. Masüdi menciona una tradición sabea, según la cual Platón habría afirmado que el hombre es una planta invertida. El esoterismo hebraico recoge las mismas ideas. En el Islam, las raíces del árbol de la Felicidad se hunden en el último cielo y sus ramas y se extienden por encima y por debajo de la tierra. La misma tradición se afirma en el folklore islandés y finlandés.

Schmidt cuenta que, en ciertas tribus australianas, los hechiceros tenían un árbol mágico plantado siempre en forma invertida.

El árbol Mazdeo

El simbolismo del árbol es muy rico en la mitología iraní y aún permanece vivo en el pensamiento religioso y en las tradiciones populares de Irán. Presenta múltiples aspectos. El Avesta es el texto más antiguo que trata sobre este tema. El árbol suele ser representado en las proximidades de los manantiales, en esas tierras en gran parte desérticas. El árbol simboliza la vida misma, la creación entera en una escala reducida. Porque nace, crece y muere es tomado como el símbolo de la vida de un ser humano.

El zoroastrismo pone acento en la estrecha relación que existe entre el ser humano y lo divino y en el lazo que impera entre la planta y la vida eterna.

El árbol espiritual

En las tradiciones judeo-cristianas, el árbol simboliza principalmente la vida del espíritu. De ahí vienen las menciones bíblicas del Árbol de la Vida, es decir, de la vida eterna y del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal. El árbol se

compara al pilar que sostiene el templo; y la casa, a la columna vertebral del cuerpo humano; las estrellas son los frutos del árbol cósmico. El árbol representa seguridad sobre el plano espiritual, así Dios se aparece a Abrahán entre los robles de Mabré (Génesis, 18-1). Abrahán planta un árbol en honor a Dios (Génesis, 21-33).

Jesucristo es la a vez sol y árbol. Orígenes le compara a un árbol. El Árbol de la Vida del Génesis, prefigura la cruz y la Muerte de Cristo; es ya árbol-cruz. Por ello la Biblia hace del árbol la imagen del pueblo hebreo y la Cábala, la del hombre.

Otros árboles espirituales son: en el Corán, el árbol Loto, símbolo del Paraíso; en los textos mahayanistas se compara al árbol Bhaisayyaguru con la Sabiduría de Buda, e incluso, según Michiren, con la Budeidad; y en el Japón, el árbol enano (bonsai) representa la naturaleza en su austeridad y en su sabiduría eterna. Según el pensamiento japonés el árbol bonsai debe expresar por sus formas el divino equilibrio entre la Naturaleza y el espíritu del ser humano.

Dicen que los hombres primitivos tenían una vida triste —escribió el vegetariano Porfirio—, pues su superstición no terminaba en los animales, sino que se extendía aún a las plantas. ¿Por qué ha de ser la matanza de un buey o de una oveja mayor agravio que el sentimiento por la tala de un abeto o de un roble, ya que también estos árboles tienen un alma viva?

El árbol celta

En las tradiciones celtas el árbol ofrece tres temas: Ciencia, Fuerza y Vida. El tema de base es *UID*, homónimo del nombre de la ciencia, con la cual los antiguos lo han confundido voluntariamente. Uno de los principales juegos de palabras de la antigüedad es el de Plinio con los nombres griegos del roble *DRUS* y *DRUIDAS* (Druides).

El árbol es símbolo de la *Ciencia* y sobre su madera han sido precisamente grabados los textos célticos antiguos. El árbol es también *Fuerza* en algunos vocablos o nombres propios (Draucus, Frutos), que nos indican una etimología indoeuropea. De la misma manera, y para finalizar el apartado, es símbolo de *Vida*, por actuar como intermediario entre el cielo y la tierra, y resulta incluso portador de frutos que dan o prolongan la existencia.

Los árboles celtas ofrecen tantas ventajas, que en muchos países se cultivan, actualmente, porque brindan protección y grandes influencias mágicas. Nosotros recomendamos a los lectores y lectoras de este libro que tomen como «amuleto» el que corresponde a su mes (o los que están relacionados con los meses de nacimiento de sus familiares), por eso ofrecemos algunas recomendaciones muy útiles. También la proximidad de los árboles conseguirá despejar algunos oscuros enigmas.

Propiedades de los árboles celtas

Avellano (era el árbol de los celtas nacidos en el mes de mayo). La propiedad básica de este árbol es su gran tamaño, ya que puede llegar a desarrollarse hasta los 10 m de altura. Ofrece unas hojas caducas, flores de condición femenina en forma de borlas, que terminan haciéndose masculinas en amentos separados de todo el conjunto. Las flores masculinas expulsan su

polen desde diciembre hasta la primavera. El fruto madura en agosto. Se reproducen por medio de semillas y por acodos.

El avellano se planta en terrenos no calcáreos, donde abunden las materias orgánicas, como pueden ser los restos de vegetales y de animales, y que contengan arena y humedad. Se riega con frecuencia para brindarle una gran humedad, sobre todo en las primeras fases de su vida.

Este árbol debe encontrarse en un lugar templado, que nunca se vea castigado por el sol en cualquier momento del día. Puede aclimatarse a las bajas temperaturas, aunque sin excederse en esta situación.

Manzano (corresponde a todos los nacidos en el mes de marzo): Este árbol es de copa amplia, que llega a alcanzar los 9 m de altura en los climas más propicios, aunque también se cultivan especies que pueden considerarse enanas. Ofrece unas hojas caducas, con flores que brotan en primavera y son bisexuales. Requiere una fecundación del tipo cruzado (dos variedades diferentes). En ocasiones sus ramas presentan espinas, sobre todo en los árboles silvestres, y sus frutos maduran a últimos del verano o a principios del otoño. Se reproducen por esquejes, injertos y acodos.

Este árbol debe ser plantado en un suelo profundo, que ofrezca gran cantidad de materias orgánicas, resulte fresco y contenga algún tipo de arena. Su riego debe ser bastante continuado y abundante a lo largo de los dos primeros años de vida. Al llegar a los seis años ya se encontrará en su fase de plena producción. El lugar de su emplazamiento debe ser una zona de semisombra en las regiones más calurosas y a pleno sol en los terrenos templados. Puede adaptarse fácilmente a las bajas temperaturas.

Álamo (corresponde a todos los nacidos en el mes de abril): Este árbol puede alcanzar una altura de 15 m en los ambientes más favorables. Sus peciolos ofrecen una forma aplanada y se mueven bajo el impulso del viento. Resulta muy aconsejable para formar bosques. Sus flores aparecen durante la primavera en forma de amentos femeninos y masculinos dentro de la misma planta. Da sus frutos a mediados de la primavera. Se reproduce a través de semillas; sin embargo, se recomienda el empleo de unas estacas para esta función.

Conviene plantarlo en un terreno profundo, bien nutrido y que cuente con una excelente aireación. Necesita un riego bastante abundante. Se desarrolla de una forma espontánea en las proximidades de los ríos, arroyos y estanques. Conviene que le rodee un ambiente húmedo y soleado, que le permita aguantar las bruscas modificaciones climatológicas.

Sauce (corresponde a todos los nacidos en febrero): Este árbol, que en algunos lugares recibe el nombre de tejo, puede superar los 10 m. de altura, contando con un tronco de 2 a 3 m de diámetro. Gracias a su lento desarrollo llega a conseguir tales medidas. Ofrece unas ramas provistas de hojas perennes, alternas, lineales y muy verdes. Sus flores son bisexuales en unas plantas separadas. Da un fruto que es una baya de tonalidad rojiza. Se reproduce por semillas.

Debe ser plantado en un terreno que contenga un humus fresco y hondo; no obstante, al ser tan rústico, se adapta a cualquier clase de suelo. Precisa que se le riegue cada 15 días, pero con ayuda de los fertilizantes apropiados. Se adapta lo mismo a las zonas más soleadas que a las de semisombra. Puede utilizarse recortado para formar cercas o setos.

Pino (corresponde a los nacidos en julio): Es un árbol que llega a alcanzar los 6 m de altura, con una copa de forma triangular, provisto de hojas perennes y que florece hacia mediados de la primavera. Sus flores masculinas aparecen juntas en la base y presentan una tonalidad amarilla, mientras que las femeninas se

encuentran en las puntas de las ramas y son rojizas. Sus frutos ofrecen el aspecto de conos o pinas, que maduran a los 2 años. Se reproduce por semillas.

El pino crece mejor en los suelos esponjosos, secos y provistos de algo de arena; sin embargo, es capaz de adaptarse a casi todos los demás terrenos. Aguanta bien los periodos de sequía, pero necesita frecuentes riegos durante la primavera y el verano. El mejor lugar para plantarlo es bajo el sol y con mucho aire, siempre que no resulte violento. Aguanta bien las bruscas alteraciones de temperatura.

Roble (corresponde a los nacidos en agosto): Es un árbol de conformación bastante irregular, provisto de muchas ramas, que llega a alcanzar los 30 m de altura en los climas más favorables. Sus hojas caducas ofrecen unos tamaños diferentes de acuerdo a la clase. Viene a florecer en la mitad de la primavera. Mientras sus flores masculinas aparecen aisladas en los extremos de la vegetación, las masculinas forman amentos. Sus frutos son bellotas que se desprenden al comenzar el otoño. Su reproducción puede ser por semilla o por injerto.

El roble crece adecuadamente en terrenos rústicos, llenos de piedras o secos. También acepta los suelos calcáreos. Su riego ha de ser muy copioso durante el verano, debido a que necesita humedad y una fresca atmósfera; sin embargo, en el invierno se reducirá mucho. Debe plantarse siempre bajo el sol en las zonas más templadas; y donde cuente con una buena sombra si el lugar resulta muy cálido en verano. Resiste las bruscas alteraciones de temperatura.

Cedro (corresponde a los nacidos en septiembre): Este árbol ofrece un aspecto bastante elegante, que alcanza hasta 30 m de altura en los terrenos más adecuados. Posee unas hojas perennes. Sus flores femeninas aparecen en solitario y con formas pequeñas, pero sólo lo hacen en el tiempo de la polinización; mientras que las flores masculinas componen grupos durante el verano y expulsan su polen nada más llegar el otoño. Su fruto es una pina o tono, que suele madurar en el árbol nada más soltar las semillas.

El cedro puede desarrollarse en diferentes clases de terrenos. Su riego ha de ser bastante reducido durante el invierno y copioso a lo largo de la primavera y el verano. Su lugar de emplazamiento debe ofrecer una semisombra. Puede desarrollarse en los parajes templados y aguanta bien los fríos. Es aconsejable podarlo.

Higuera (corresponde a los nacidos en octubre): Este árbol puede desarrollarse habiéndose ofrecido un diámetro de 10 a 15 m. Su copa tiene la forma de un globo, exhibe hojas caducas, y flores masculinas o femeninas de acuerdo a la especie. Precisa que durante la primavera la visiten las avispas, ya que éstas facilitan su polinización. Sus frutos suelen madurar a finales del verano o en los comienzos del otoño.

La higuera precisa unos terrenos que dispongan de un buen drenaje, posean materias orgánicas y sean sueltos. El riego tiene que ser abundante durante la primavera y el verano, debido a que en este tiempo aparecen sus flores y sus frutos. Se plantará bajo el sol, pues así se beneficiará su buen desarrollo. Tolera las nieves; pero la atmósfera que ha de rodearla conviene que resulte caliente y húmeda.

Abedul (corresponde a los nacidos en noviembre): Este árbol puede llegar a los 21 m de altura en los climas y terrenos más favorables. Su corteza presenta un blanco aspecto y posee unas hojas caducas de un color verde brillante y con bordes dentados. Sus flores masculinas surgen a finales del otoño; a la vez, las femeninas aparecen sobre las masculinas, pero componiendo unos grupos más

reducidos por encima de la corteza del mismo árbol. Se reproducen por medio de semillas o por injerto. Nos hallamos ante uno de los ejemplares más hermosos de un jardín, por este motivo merece la pena atenderlo con verdadero mimo, como ya lo hicieron los antiguos celtas.

El abedul precisa unos terrenos sueltos y húmedos, que deben ser ayudados con abonos vegetales. Éstos pueden ser hojas secas. Su riego ha de ser el apropiado para los suelos húmedos. Se le planta siempre bajo el sol. Puede desarrollarse fácilmente en diferentes clases de climas. Aguanta perfectamente el frío.

Melocotonero (corresponde a los nacidos en diciembre): Este árbol puede llegar a una altura de 6 m, siempre que se plante en el lugar más apropiado. Dispone de unas hojas estrechas y caducas. Sus flores se componen de unos grandes pétalos y son primaverales. Da unos frutos carnosos de forma esférica, cubiertos de una piel aterciopelada y brinda una carne muy dulce y alimenticia. Se reproduce por semillas y por injertos, que deben realizarse con sumo cuidado y en la estación precisa.

El melocotonero necesita un suelo bien provisto de materia orgánica y que haya sido drenado adecuada mente. Su riego ha de ser muy abundante durante los dos primeros años de vida, sobre todo a lo largo de la primavera y el verano. Su lugar de emplazamiento será bajo el sol. Puede resistir las frías temperaturas, siempre que no se produzcan heladas. Mejor los parajes muy húmedos.

Serbal (corresponde a los nacido en enero): Este árbol llega a desarrollarse hasta los 15 m de altura. Sus ramas se alargan espectacularmente. Sus hojas son pequeñas y perennes. Produce en primavera unas flores en forma de margaritas reunidas. Da unos frutos que presentan un color rojo y suelen madurar a lo largo del otoño. Se reproduce por medio de semillas y estacas.

El serbal puede crecer en diferentes clases de terrenos. Pero requiere que contengan mucha materia orgánica, ya que así se desarrolla rápidamente. El riego debe ser muy abundante durante la época más cálida. Su lugar de emplazamiento resulta muy variado, debido a que se adapta a diferentes situaciones, ya sea bajo el sol o en una semisombra. Permite la poda.

Sauce (corresponde a los nacidos en febrero): La máxima altura de este árbol es de 20 m en los terrenos y climas más apropiados. Ofrece unas hojas caducas de color verde, que se asemejan a las del laurel. Es preferible que crezca junto a otros de su misma especie, componiendo unos pequeños bosques. Sus flores disponen de reducidos amentos femeninos de un tono verde, y de otros masculinos que resultan más grandes, ya que pueden pasar de los 1,8 a los 6 cm. Sus frutos suelen madurar a lo largo del otoño.

El sauce puede crecer en terrenos muy profundos, húmedos y bien provistos de rica materia orgánica. Su riego ha de ser bastante abundante. En su forma silvestre, acostumbra a desarrollarse en las proximidades de los riachuelos u otras pequeñas vías de agua.

Recordemos el mito de los árboles

Este mito tiene su mejor reflejo en «El combate de los árboles», que es un poema atribuido al bardo galés Taliesín. En él narra cómo Gwyddyon salvó la vida de un grupo de valientes bretones al transformarlos en árboles, sin impedirles que bajo esta forma pudieran pelear contra sus enemigos. El mismo autor se refiere a otra práctica vegetal en este delicado verso:

*Cuando surgió la vida,
mi creador me dio forma
con la savia de los árboles
y el sabroso jugo de los frutos...
Se sirvió de la malvarrosa de la colina,
de las flores de los árboles y los zarzales...
con las flores de la ortiga...
He sido marcado por Mar...
En mi hay huellas de Gywddyon,
de los sabios hijos de Math
y de lo eterno que hay en la Naturaleza.*

El mito de los árboles adquiere solidez al convertirse en un motivo oral, en un poema fácil de repetir al poseer una cadencia y encerrar un mensaje. Un excelente preámbulo para el capítulo siguiente.

Capítulo VIII

HORÓSCOPO CELTA

1.º Todos los nacidos en el mes de Marzo

La *mujer manzano* simbolizaba la esencia de la seducción. Su fragilidad, los druidas la consideraban una especie de disfraz, pues en el fondo debía ser considerada fuerte como el tronco del árbol que vivía en su interior. Encantadora y sabrosa igual que el fruto de su tótem, siempre mostraba su esplendor en los papeles de esposa, madre o compañera del hombre al que había elegido como pareja. Mantenía una óptima relación en la tribu, lo que se comprobaba al observar lo bien que llevaba su casa, sin que los contratiempos pudieran arrancar del suelo sus raíces sólidas y profundas. *(Su tiempo más óptimo era la época del estío y los inicios del otoño. Su color más favorable se localizaba en los tonos rojizos.)*

El *hombre manzano* necesitaba desempeñar el primer papel en casi todos los momentos. Jamás actuaba como un simple contemplador de las cosas y de los sucesos, ya que alimentaba un deseo imperioso de mantenerse en activo. Tan enérgico como las raíces de su tótem, era un espléndido trabajador o un estupendo jefe. En ocasiones podía mostrarse algo vehemente, llegando a resultar acaparador y tiránico. Prefería manifestar su cariño a que su pareja se lo demostrase a él, aunque le agradaba que le amasen, siempre que tuviera la sensación de que era suya la mayor aportación en este terreno. *(Su tiempo más óptimo se localizaba a finales del verano. Y su color favorito era el verde oscuro.)*

A los *niños celtas* nacidos en este mes, luego serían *manzanos*, les importaría muchísimo lo espiritual. Pero la savia interna que les alimentaba iba a impedir que se dejaran llevar fácilmente. Pronto demostrarían su temperamento apasionado y, en ocasiones, hasta violento. Al interesarles tanto lo nuevo, cuanto más arriesgado mejor, ya pudiera llegar del sexo femenino o del masculino, necesitarían someterse a un gran esfuerzo físico que les llevase al agotamiento (competiciones deportivas, largas excursiones, etc.). Lo ideal sería que se hallaran bajo la protección de un padre de sólido carácter y de una madre cariñosa, los cuales tuvieran muy seguro el destino que pretendían conseguir para sus hijos. *(Los obsequios más acertados para los niños manzanos eran los juguetes de madera. Su destino tendría relación con el mando o con las profesiones que les permitiesen destacarse en las habilidades manuales.)*

2.º Todos los nacidos en el mes de Abril:

La *mujer álamo* era apasionada, firme y con talante, de ojos que nada dejaban que se perdiera y jamás se doblegaba. Excelente pareja, amiga de las

improvisaciones, muy decidida en las experiencias novedosas, nunca permitía que algo quedase sin hacer. Le resultaba imprescindible la colaboración de sus más íntimos y de esas amigas que poseían la energía suficiente para acompañarla. *(Su tiempo más óptimo era el otoño. El color que más le convenía era el gris de tono plateado o el plateado.)*

El *hombre álamo* se hallaba en condiciones de alcanzar la cima de sus deseos. Algo que no evitaba que se mostrara bastante realista, poco hablador y enemigo de mostrar sus sentimientos. Le resultaba incómodo el aislamiento, acostumbraba a excederse a la hora de proteger a sus hijos o a las personas que considera sus íntimas y, en el caso de ver que podía ser destruida su rama (pareja), intentaría cambiarla con la mayor prontitud, no sin antes haber luchado hasta la extenuación por defenderla. Acusaba unas repentinas modificaciones de temperamento, que solían ser debidas a situaciones del presente. *(Su tiempo más óptimo se hallaba a últimos del otoño y durante todo el invierno. Su color favorito era el gris oscuro.)*

A los *niños álamos* nacidos este mes les iba a gustar más lo externo de su persona. Lo mismo que ocurría con el conjunto arbóreo que los representaba, los druidas se veían ante unos seres de débil aspecto, incapaces de dejar al descubierto su mundo interno. Si los varones aparecían más complejos, al mostrarse muy posesivos con lo que habían conseguido, las hembras se mostrarían más reposadas y llegarían a ser unas excelentes hijas y amigas, bastante proclives a hacer comfortable la vida en su propio hogar. También podrían ser unas bravas guerreras en el caso de ver amenazada su familia. *{Los regalos más adecuados para los niños álamos eran las ropas. Su destino tendría relación con los «maestros de los árboles» o con los buenos guerreros.}*

3.º Todos los nacidos en el mes de Mayo:

La *mujer avellano* poseía una gran fortaleza, lo mismo que el tronco de su árbol tótem, y se mostraba muy decidida con sus opiniones, sin rechazar el hecho de atacar a la persona que pretendiera descubrirla interiormente sin su autorización. No obstante, bajo la dura corteza se escondía un intenso derroche de amabilidad, al igual que su fruto. Se hallaba en disposición de darse totalmente, con la más absoluta sinceridad, a quien tuviese la habilidad de conocerla a fondo, aunque siempre necesitaba ser correspondida en la misma medida. *(Su tiempo más óptimo era el otoño. El color marrón oscuro resultaba su preferido.)*

El *hombre avellano* poseía un torrente de savia oculta. Su fuerte voluntad le llevaba a ser enemigo de lo impuesto o del trabajo sin imaginación. Esto le empujaba a buscar nuevas ocupaciones capaces de ofrecerle otras pasiones, mejor si le eran desconocidas. Le importaba dejar esta elección en manos de los druidas. Al igual que sucede con la copa del árbol que le representa, resultaban enormes sus ideas, aunque en escasas ocasiones conseguía llevarlas a la práctica. Cuando los magos-sacerdotes celtas se fijaban en las ramas del avellano, que son curvadas y alargadas, comprendían que este hombre manifestase ambición y un gran deseo de poseer. Resultaba bastante cariñoso con su mujer, aunque era difícil que se entregara de una forma definitiva, ya que esta reserva le servía de autodefensa. *(Su tiempo ideal se encontraba a últimos del otoño. Su color favorito era el marrón de tonos oscuros.)*

Los *niños* (o niñas) *avellanos* nacidos este mes podían llegar a ser todo un terremoto. Enseguida darían muestras de su ingenio, de un optimismo contagioso y, a la vez, de una incapacidad para concentrarse, ya que se distraerían

por cualquier cosa o se dejarían llevar por las ensoñaciones. Algo que no impediría que estudiaran sus actos e intentasen organizar cada uno de sus pasos. En ocasiones su temperamento les conduciría a mostrarse díscolos. Una desventaja que debían tener presente sus padres, ya que habrían de enseñarles muy pronto a entender lo conveniente que resulta obedecer a las personas que han acumulado una mayor experiencia. *(Los regalos que más les convenía a los niños avellanos eran los relacionados con la música. Su destino tendría mucho que ver con los druidas o druidesas, pero en su condición de bardos.)*

4.º Todos los nacidos en el mes de Junio

La *mujer ciprés* o *tejo* ofrecía una figura esbelta, mostraba unos ademanes optimistas, resultaba bulliciosa y hacía gala de una mentalidad pragmática poco común. Por otro lado, los druidas destacaban en ella su personalidad sensual, activa y con un atractivo que todos reconocían. Se comportaba de una forma impulsiva, sin que rechazara ningún trabajo por duro que a los demás les pareciera. Pero siempre actuaba mejor si se hallaba en compañía de la persona que amaba. *(Su tiempo más óptimo era el otoño y los inicios del invierno. Mostraba una gran preferencia por el color anaranjado.)*

El *hombre ciprés* o *tejo* se hallaba predispuesto a exhibir unas emociones volcánicas. Algo que parecía estar en contradicción con el hecho de que bajo su corteza ocultaba una gran sensibilidad, que por lo general tendía a no exhibir fuera de su ambiente más íntimo. Su savia resultaba muy abundante en pasiones enfrentadas. Tendía a elegir la inactividad y las ocupaciones sin altibajos, aunque en ocasiones le atrajesen las modificaciones; sin embargo, no dudaba en combatir hasta dar lo que realmente deseaba. Precisaba verse en compañía de árboles diferentes, que le sirvieran de apoyo y protección. El hecho de alimentar un deseo de aislamiento no le impedía mostrarse como un excelente padre, amigo y aliado. *(Su tiempo más óptimo estaba el otoño. Y su color favorito era el amarillo de tono anaranjado.)*

En los *niños cipreses* o *tejos* nacidos este mes los druidas veían la eclosión más positiva de los sentidos. Los varones serían bastante sensitivos e introvertidos. En apariencia se podría decir que resultaban fríos al carecer de la suficiente desenvoltura, aunque en su interior portarían un rebelde en esencia. Mientras tanto, las damitas celtas llegarían a ser las clásicas hermanas e hijas bondadosas, amigas de sus compañeras, dóciles y emotivas. *(Los regalos más adecuados que se podían hacer a los niños cipreses eran los juegos de ingenio. Su destino tendría mucho que ver con la enseñanza o el entrenamiento militar.)*

5.º Todos los nacidos en el mes de Julio

La *mujer pino* no podía ser fácilmente identificada, como si el misterio fuera su mejor aliado, ya que así conseguía guardar un secreto que muy pocos llegaban a conocer. Curiosamente, esto le proporcionaba un gran atractivo. Decidida, ensoñadora, creadora del más sólido ambiente hogareño y una buena madre (acaso se excedía en el sentido de defender a sus hijos), resultaba una excelente hermana, aliada y fiel amiga de sus más allegados. Acostumbraba a ir en busca de una existencia sosegada y muy grata. *(Su tiempo más óptimo*

llegaba a mitad de la primavera. Y se inclinaba más por el color violeta de tono marrón.)

El *hombre pino* mostraba una predisposición a amar. Algo que los druidas consideraban lógico en una personalidad romántica y amiga de las nuevas experiencias, mejor si entrañaban un cierto riesgo. Lo mismo que sucedía con las ramas juntas y las hojas de formas aciculares de su árbol tótem, él mostraba el deseo de mantener bastante cerca, a la vez que muy unida, a toda su familia. Poseía un carácter firme, aunque no le importaba dejarse llevar, y alimentaba unas inclinaciones artísticas fuera de lo común, así como un sentido de la belleza sin artificios. Al ser un magnífico padre, su propio hogar era donde mejor se encontraba. *(Su tiempo óptimo llegaba en el verano. Y su color era el verde.)*

Los *niños pino* nacidos este mes serían unos soñadores. No tardarían en dar muestras de un temperamento melancólico, se les vería muy unidos a su familia y con una intensa vida interna. Los padres tendrían que educarles para que aprendieran a vivir por sus propios medios y para que se relacionaran con los niños de su edad. *{Los regalos más adecuados para los niños pino serían los animales domésticos. Su destino tendrían bastante que ver con los forjadores que realizaban las joyas más valiosas o con los mejores artesanos y artesanas.}*

6.º Todos los nacidos en el mes de Agosto

La *mujer roble* resultaba tan sólida como la madera de su árbol tótem, lo que no evitaba que se mostrara muy sensible, al igual que eran tiernas las hojas de aquél. Nada más que permitía ser amada por una persona que le brindase lo que ella más perseguía: el cariño sincero y fiel. Esto le resultaba imprescindible, como la savia que daba vida a sus firmes ramas. De adolescente aprendía muy pronto a saber lo que más le convenía. Algo que no evitaba que se mostrara intranquila, apasionada y hasta llegase a manifestar su enojo, al creer que se le estaba rebajando, sin que ella hubiera dado motivo para merecerlo. *(Su tiempo más óptimo se localizaba en los inicios de la primavera. Siendo su color favorito el púrpura.)*

El *hombre roble* quería ser el amo de todo el bosque. No obstante, los druidas se encontraban ante una personalidad voluble, que intentaría gobernar a las personas de su entorno. Le encantaba dar órdenes y comprobar que se le obedecía.

Dado que las ramas de su árbol tótem irradiaban un gran magnetismo, él solía despertar una fuerte atracción sobre quienes se encontraban a su alrededor, ya que además acostumbraba a resultar fascinante. Tan duro como la madera del árbol que le representaba, aunque no dejaba de mostrar sensibilidad, procuraba ocultar sus emociones. *(Su tiempo más óptimo se localizaba a últimos del verano. Su color favorito era el marrón.)* Los *niños robles* nacidos en este mes poseían una gran fortaleza. Los varones y las damitas se mostrarían bastante ambiciosos. Pronto se observaría que les encantaba convertirse en los protagonistas de la mayoría de los actos. Esto llevaba a que los druidas aconsejaran a los padres que enseñasen a sus hijos a distinguir el orgullo de la dignidad; a la vez, debían inculcarles que existía una cualidad imprescindible: la generosidad con los demás. Todos los niños robles eran dueños de una gran habilidad a la hora de realizar trabajos artísticos. *(Los regalos más adecuados para los niños robles eran los dulces de todo tipo. Su destino se hallaba relacionado con las artes o con la condición de jefes.)*

7.º Todos los nacidos en el mes de Septiembre

La *mujer cedro* se mostraba creativa y, a la vez, ensoñadora. Su optimismo era capaz de dar aliento a todas las personas que le rodeaban. Tenía una fe sólida en su porvenir. Constantemente estaba intentando que se le ofrecieran los trabajos de mayor responsabilidad, algo que no dificultaba otra de sus inclinaciones preferentes: pasar desapercibida. Lejos de la actividad normal era donde más a gusto se encontraba, sin que ello debiera considerarse una muestra de falta de comunicación. *(Su tiempo preferido estaba en el final de la primavera. Y su color favorito era el verde de tono celeste.)*

El *hombre cedro* dejaba sus raíces en el exterior, es decir, amaba a quienes le engendraron y quería que todos lo supieran. Su sentido práctico, unido a una mente despierta, le llevaba ser un gran pensador. El hecho de tener algo de exhibicionista, le conducía a ser muy apasionado, hasta el grado de alimentar unas ambiciones que llegaban a superarle. Aunque pareciese apegado a su propia casa, no dudaba en dejarla, en el caso de encontrarse a disgusto por uno u otro motivo, sin mostrar después ningún tipo de arrepentimiento. Esto obedecía a que tenía una personalidad bastante contradictoria. *(Su tiempo más óptimo se hallaba en la primavera. Su color favorito era el verde de tono azulado.)*

Los *niños cedro* nacidos este mes resultarían bastante introvertidos. Quizá fueran los más tímidos del horóscopo celta, a pesar de lo cual enseguida harían gala de una mente abierta y de una positiva sensibilidad. Dado que su existencia se realizaría hacia el interior, los druidas aconsejaban a los padres que estimularan a sus hijos con elogios, si fuera preciso, para que en ningún momento se consideraran diferente a sus compañeros. *(Los regalos más adecuados para los niños cedro eran las caracolas y las crías de aves. Su destino se hallaba relacionado con la caza)*

8.º Todos los nacidos en el mes de Octubre

La *mujer higuera* disponía de un temperamento exquisito, a pesar de que se mostrara reservada en este aspecto. Poseía una voz cantarina y sus ojos singulares llegaban a profundizar en el fondo de las almas, lo que no le creaba enemigos. Su personalidad se amoldaba bien a las circunstancias, pero sin tener que renunciar a sus derechos. Podía llegar a mostrarse bastante humilde, siempre que lo considerase oportuno. Exhibía un comportamiento optimista y una innata amabilidad y, sobre todo, una predisposición a hacer grata la vida de los demás y la suya propia. *(Su tiempo más óptimo llegaba a últimos del verano y en los inicios del otoño. Su color favorito era el azul de tinte violeta.)*

El *hombre higuera* disponía de una personalidad algo pasiva. Le entusiasmaba el trabajo y la familia, en cuyo seno prefería mantenerse. Terminaba por odiar a quienes intentaban hacerle algún daño. Lo mismo que ocurría con la firmeza del tronco de su árbol tótem, se mostraba sencillo pero sin dejarse doblegar por nadie. Al ver sus grandes hojas o su «predisposición a defender a los suyos», los druidas podían saber que se hallaban ante un ser al que no le importaba demasiado lo material, ya que proporcionaba las ayudas sin pedir nada a cambio, lo mismo si debía entregar un dinero u ofrecer su esfuerzo físico. Resultaba un excelente padre y amigo, siempre que fuera correspondido en la medida que él deseaba. *(Su tiempo más óptimo se hallaba en el otoño. Su color favorito era el azul oscuro.)*

Los *niños higuera* nacidos este mes se mostrarían bastante humildes.

Pronto se advertiría que obedecían con facilidad, se comportaban de una forma optimista y se dejaban llevar, aunque en ocasiones no dudasen en luchar por imponer sus caprichos. Las niñas resultarían muy hogareñas, por lo que necesitarían verse en compañía de sus padres, a los cuales exigirían, también, que viviesen en una perfecta armonía. Todos estos niños mostraban unas vocaciones artísticas. *(Los regalos más adecuados para los niños higuera eran los objetos prácticos. Su destino se hallaba relacionado con los agricultores, con los canteros o con los pintores.)*

9.º Todos los nacidos en el mes de Noviembre

La *mujer abedul* difícilmente encontraría rivales de su categoría, a excepción de que se enfrentara a un hombre abedul muy violento. En el caso de verse ante la tesitura de impedir que llegase el agua a los otros árboles, es decir, privar a los demás de algo vital, lo haría sin dudar, en especial si se hallaba en juego la supervivencia de los suyos. Por lo mismo no le importaba que se le arrebatasen las hojas o las ramas en la defensa de sus propiedades. Luchar por lo que amaba le era innato. Algo que no quitaba para que se mostrara sensitiva y fascinante, ya que disponía de una mirada abrasadora que transmitía un hechicero atractivo, al igual que ocurre con las hojas de su árbol tótem. Su aspecto tenía algo de fantástico, de una humanidad graciosa y estilizada como el tallo del abedul. Esto no impedía que se volviera agresiva al sentirse atacada. *(Su tiempo más óptimo se hallaba en los finales del otoño y en los comienzos del invierno. Su color favorito era el blanco.)*

El *hombre abedul* poseía un don prodigioso para dirigir a los demás. Le apasionaba imponer sus decisiones y ver que le seguían. Al igual que le sucede a la savia de su árbol tótem, disponía de una gran vitalidad y de una inteligencia fuera de serie: no tardaba en saber lo que más le convenía y, a la vez, encontraba el medio que iba a servirle para conseguirlo con las mejores armas. Solía caer en momentos de debilidad, que le conducían a exaltarse. Una circunstancia que no le impedía ser un excelente marido, siempre que su esposa se situara en un segundo plano dentro de la casa. *(Su tiempo más óptimo estaba a últimos del invierno. Su color favorito era el amarillo.)*

Los *niños abedul* nacidos en este mes llegarían a dirigir las acciones de los demás. Los padres no tardarían en apreciar que sus hijos se mostraban caprichosos y con escaso pudor a la hora de relacionarse con los otros. Por eso tendrían que inculcarles una buena dosis de disciplina en el sentido más nítido y consistente. Las niñas resultaban más introvertidas, pero sólo aparentemente. No tardaban en hacerse unas grandes aliadas de sus madres, sin que ello les privara del impulso de salirse con las suyas o de encerrarse en un inesperado estado de melancolía. *(Los regalos más adecuados para los niños abedul eran los objetos de adorno. Su destino se hallaba relacionado con la medicina o la ciencia en casi todos sus campos.)*

10.º Todos los nacidos en el mes de Diciembre

La *mujer melocotonero* poseía una gran destreza para obtener cariño. Acostumbraba a mostrarse ambiciosa, a pesar de que resultaba poco práctica. Amiga de embarcarse en muchas empresas, escasas veces llegaba a concluir

algunas de ellas, debido a que solía verse desviada de su rumbo por otros motivos que iban apareciendo cada día. Motivos que consideraba más importantes que esos iniciales que le habían movido hasta ese momento. Sobre todo resultaba agradable, bastante expresiva y dinámica, en escasas ocasiones tenía problemas para resolver un trabajo. Se mostraba tierna, emotiva y grata como el fruto de su árbol tótem, con una gran maestría para despertar el amor. No dudaba en destruir todos los obstáculos materiales o espirituales, si lo consideraba imprescindible, para conquistar el corazón de la persona que realmente le interesaba. *(Su tiempo más óptimo estaba en los comienzos de la primavera. Y su color favorito era el rosa.)*

El *hombre melocotonero* había encontrado una estrategia especial para obtener el triunfo, a pesar de lo cual se comportaba de una forma exquisita, lo mismo que es dulce el fruto de su árbol tótem. Como ofrecía un veloz desarrollo, al igual que le sucede a todo el conjunto arbóreo, alcanzaba con relativa comodidad los objetivos que se proponía, la mayoría de las veces sin tener que someterse a grandes esfuerzos. Mostraba un carácter sosegado, pacífico, abierto y compasivo. Bastante romántico, era considerado un extraordinario aliado de sus amistades y un buen esposo. *(Su tiempo más óptimo se encontraba en la primavera. Su color favorito era el anaranjado de tono oscuro.)*

Los *niños melocotonero* nacidos este mes representaban lo más dulce. Enseguida se apreciaría que eran muy cariñosos, fáciles en la relación familiar, soñadores y creativos. Al mismo tiempo sabrían ganarse amigos, ya que les entusiasmaba asistir a fiestas y reuniones de la tribu. Sin embargo, sus padres tendrían que controlarle a la hora de imaginar, para evitar sus frustraciones por un exceso de confianza. Lo ideal sería que aprendieran a concentrarse en los objetivos inmediatos. *(Los regalos más adecuados para los niños melocotonero eran las ropas que recordasen las actividades guerreras. Su destino se hallaba relacionado con los druidas médicos o con la pintura.)*

11.º Todos los nacidos en el mes de Enero

La *mujer serbal* se sentía empujada a mantener una existencia en los techos más altos. Su comportamiento resultaba agradable y bastante sazonado como el fruto de su árbol tótem. Excelente en su equilibrio, pocas cosas le parecían excesivas, a no ser su intenso deseo de mantener una actividad permanente. Le resultaba imprescindible verse rodeada de sus más allegados, en especial los que poseían una personalidad muy acusada, éstos que la superaban en este sentido, porque iba a utilizarlos como soporte. Casi siempre precisaba contar con una colaboración para superar los momentos de mayores complicaciones, casi todos los cuales tendían a aparecer durante el estío. *(Su tiempo más óptimo se localizaba durante el invierno. Y su color favorito era el gris de tono pardusco.)*

El *hombre serbal* mostraba un sentido innato de la libertad. Esto no quitaba para que se sintiera muy apegado a lo material y fuese obstinado e incansable en el esfuerzo productivo. Lo mismo que resulta lento el desarrollo del serbal, su árbol tótem, los druidas se encontraban ante alguien que iba cubriendo día a día sus proyectos de una manera metódica. Le encantaba hallarse en un plano de independencia económica, libre de presiones de cualquier tipo, ya que le ofendía tener que actuar bajo el dominio de alguien a quien no entendiese. Esto podía llevarle a mostrarse triste y humillado. En realidad solía esquivar los

compromisos, lo que le llevaba a retrasar el momento de buscar esposa. *(Su tiempo más óptimo se localizaba en el invierno. Su color favorito era el verde oscuro.)*

Los *niños serbal* nacidos este mes muy pronto darían muestras de querer sentirse libres en muchas parcelas de su existencia. El deseo de dirigir su propia vida sería algo que se advertiría muy pronto. También que hacían gala de una gran memoria. Desearían verse amados, a pesar de lo cual les costaría mostrar sus sentimientos en este mismo terreno. Sin embargo, las niñas se comportarían con mayor madurez, inteligencia y una cierta inclinación a la melancolía. En conjunto, estos niños terminarían por situarse en un lugar predominante dentro de la tribu, sobre todo en los largos periodos de paz, cuando lo que se precisaba era contar con alimentos. *(Los regalos más adecuados para los niños serbal eran los productos bien elaborados. Su destino se hallaría relacionado con el comercio o con los viajes.)*

12.º Todos los nacidos en el mes de Febrero

La *mujer sauce* era inteligente y mostraba una gran percepción ante las situaciones más críticas. Puede decirse que los druidas se hallaban ante una criatura que vivía encerrada en sus propias deducciones, igual que si se hallara dentro de una torre de paredes transparentes, para salir de la cual necesitase que surgiera esa persona que le despertara la suficiente confianza. Poseía intuición y conocimientos, lo que le permitía facilitar las mejores respuestas a quienes le pedían ayuda. Esta predisposición tendía a rodearle de admiradores. Si la situación lo requería, no dudaba en mostrarse bastante voluntariosa. *(Su tiempo más óptimo se localizaba durante la primavera y el verano. Y su color favorito era el amarillo brillante.)*

El *hombre sauce* representaba la fertilización de la tierra, es decir, quien pensaba más en los otros que en él mismo. Al igual que ocurre con las ramas de su árbol tótem, los druidas se hallaban ante una persona que pretendía extender sus virtudes y habilidades sobre los demás. Muy cerebral, en la mayoría de los casos bastante acertado en sus deducciones, disfrutaba gobernando a todos los que le rodeaban. De carácter optimista, claro, acostumbraba a mostrarse discreto en los temas más íntimo. *(Su tiempo más óptimo se localizaba en la primavera y en el verano. Su color favorito era el verde de tonos amarillentos.)*

Los *niños sauce* nacidos este mes iban a mostrar una gran imaginación. No se tardaría en observar que habían quedado prendados por las cosas que sucedían a su alrededor, al mismo tiempo que les gustaba coleccionar objetos especiales y observar los avances de su raza. Poseerían una inteligencia viva, fantasiosa, que no les impediría formarse su propio criterio. Las niñas se mostrarían más abiertas a la hora de comunicarse, serían optimistas y modificarían su talante con mayor frecuencia que los niños. *(Los regalos adecuados para los niños sauce eran las prendas y los objetos de adorno. Su destino se hallaba relacionado con la joyería o con las bellas artes.)*

Capítulo IX

LAS CARTAS CELTAS DEL DESTINO

La raíz de un mito

Son 28 las cartas celtas, debido a que los druidas dividieron el cielo en el mismo número de partes de 12^s 5' 26". Tuvieron su origen en algunos países de Europa: norte de Francia, Inglaterra y España. Y los historiadores suponen que proceden de unas inscripciones del siglo II a.C.

Todas estas cartas encierran un contenido esotérico y metafísico, y ofrecen una inmensa importancia dentro de las dimensiones del ser humano y su relación con la Naturaleza. A pesar de que la raíz de este mito casi haya quedado oculta, en cada una de las cartas se representan los dioses celtas, los fenómenos astrológicos y meteorológicos, el abecedario agámico y el calendario. Sin embargo, como el medio de interpretar las cartas terminó por ser declarado un acto pagano, lo que supuso la persecución de quien lo practicase, su conocimiento ha sido transmitido materialmente por vía oral de una generación a otra.

La interpretación de las cartas celtas debe ser considerada un arte; además, tiene el mérito de haber sobrevivido al cruel acoso de la inquisición. Por fortuna, la formación de muchas logias o de los denominados *cum*, que eran familias reunidas alrededor de un jefe espiritual y administrativo de la riqueza común, permitió la supervivencia de este ancestral conocimiento.

Las cartas eran talladas en láminas de una madera especial, para lo cual se seleccionaba la del espino o la del olmo. Todas pasaban a ser bañadas con la esencia de los flores de los árboles contenidos en el horóscopo celta y, después, se grababan utilizando tintas vegetales.

Existen diferentes nombres para una misma divinidad celta; no obstante, esto obedece a que la denominación varía de acuerdo al lugar del que tiene su origen el dios o la diosa.

1.^a Las cartas del Bosque

Se representa con la imagen de un valle y un bosque frondoso, en el cual gobiernan unas semidiosas vegetales, llamadas las *driadas* y los *faunos*. Siempre indica fortuna material, dinero, propiedades, ganado, etc. En todo el conjunto dominan las tonalidades verdes, cuyo significado es la existencia vegetal-color de la salud y la juventud, y el oro. Este valioso metal representa una gran obra.

2.^a Camulos

Es la divinidad de la energía más primitiva, por eso se representa por medio de la figura de un guerrero que sostiene una hoz, con la que corta una rama. Significa batallas y dificultades de complicada solución, las cuales exigirán un gran aporte de astucia e inteligencia. Dentro del calendario celta a Camulos se le reservaba el mes de marzo. Se representa sirviéndose de estos colores: gris, que suponen la esencia de la mente humana; rojo y el naranja, los cuales son la coloración del fuego; y el blanco y el negro, que suponen el dualismo

3.^a Germinación primaveral

Contiene las figuras de las semillas de unos árboles enterrados, las cuales van a germinar en una extensa pradera. Nos indica el comienzo de una bonanza monetaria o material, que también puede afectar a lo espiritual y a los sentimientos. Acostumbra a representarse con estos colores: verde, que es la existencia vegetal; blanco, el sentido de la integridad; oro, la obra bien hecha; y gris, el cual supone la esencia del pensamiento apegado a la tierra.

4.^a Dea Brigantia o Rhiannon

La diosa femenina de la defensa y seguridad. Tiene su representación por medio de una divinidad que permanece sentada y sostiene unas ramas floridas entre sus manos. El mes de abril era consagrado por los celtas a la *Dea Brigantia*. Nos indica defensa ante las dificultades espirituales y materiales y de los sentimientos. Se representa sirviéndose de las tonalidades verdes, la existencia vegetal, y de todos los colores del arco iris, que son los mismos de sus flores: violeta, azul celeste, azul, verde, amarillo, naranja y rojo.

5.^a Árbol Sagrado

Se representa por medio de un árbol, siempre el roble, el cual ofrece en sus ramas muérdago y un pájaro, que ha de considerarse el *Espíritu Santo*. Nos indica la existencia, un sendero de larga extensión y la comunicación con los demás. Se ilustra utilizando estos colores: verde, que suponen la vida vegetal; gris, que es la naturaleza del pensamiento humano; y blanco, siempre tomado como el valor o esencia del cielo o firmamento.

6.^a Hens

Es una diosa guerrera. Se representa a esta divinidad provista de unas armas largas y de un escudo de madera. El mes de mayo era dedicado por los celtas a *Hens*. Ésta nos viene a destacar que los seres humanos, luego de librar infinidad de peleas y de afrontar muchos problemas, siempre hemos de esperar la victoria o la solución definitiva. Se representa empleando los colores siguientes: rojo, que es la tonalidad del fuego; negro, imagen de la tierra; oro, siempre la gran obra bien realizada; y azul, como el cielo.

7.^a Hojas quemándose

Se representa con unas hojas en el momento de ser quemadas en la hoguera. Nos señala la puerta abierta, la entrega sincera y el hecho de darse. También puede suponer la pérdida de algo o de alguien. Se ilustra por medio de estos colores: rojo y naranja, que son la valoración del fuego; azul, que indica el cielo; y verde, que es la existencia vegetal.

8.^a Bel o Dianceht o Belén o Belenus

Es el dios de la fecundación. Representa a la divinidad entrecruzando las ramas de dos árboles distintos. El mes de junio era dedicado por los celtas a *Bel*. Indica renacimiento o una nueva existencia que da comienzo. Se muestra con los colores siguientes: verde, que es la existencia vegetal; azul, el cielo; y oro, la obra bien hecha.

9.^a Frutos del Verano

Se representa sirviéndose de una canasta, en la que se han introducido la totalidad de los frutos en sazón que proporcionan los árboles celtas. Nos señala los cambios más ventajosos, la transformación y la recolección. Sus colores son los mismos del arco iris: violeta, azul, azul celeste, verde, naranja, amarillo y rojo.

10.^a Tnan o Thent o Lung

Este dios es el mensajero. Se le representa sujetando unas ramas pequeñas y mostrando el gesto de estar hablando. Nos indica la llegada de mensajes, señales o comunicaciones con o desde el exterior. Se le ilustra empleando los colores amarillo y blanco, que son los valores del aire, del agua y del sol.

11.^a Árbol con espinas

Se representa con un árbol cubierto de espinas y carente de hojas. Nos señala la necesidad de protegerse en el momento que aparecen obstáculos y problemas a los que hacer frente. Se ilustra a través de estos colores: marrón, que es la tierra; verde, la existencia vegetal; y el blanco, el valor del aire o la atmósfera que nos rodea.

12.^a Ketk

El dios del viento. Se representa a esta divinidad soplando para destrozarse las ramas de los árboles. Los meses de agosto y de septiembre eran dedicados por los celtas a *ketc*. Significa la cercana ruptura, que puede afectar a los sentimientos, a las relaciones comerciales, a una separación sentimental o a un alejamiento propio o de una persona que nos interesa mucho. Se ilustra utilizando los colores siguientes: marrón, que es la tierra; verde, la existencia vegetal; y blanco, que supone el aire o la atmósfera.

13.ª Dis

La divinidad suprema del horóscopo celta. Ha de verse como el dios malvado y el final de todas las cosas. Se representa por medio de una luz oscura entre unos árboles secos y sin vida. Nos descubre multitud de dificultades y complicaciones de difícil resolución. Ofrece estos colores: blanco y negro, que significan el dualismo de todo lo vivo que hay en nosotros o en lo que nos rodea.

14.ª Transplante otoñal

Se representa a través de una pareja que se encuentra plantando un árbol. Nos indica que se producirán cambios, desplazamientos, adelantamientos y traslados propios o de las personas que más nos interesan. Sus colores significativos son el gris, que significa la naturaleza del pensamiento humano, y el azul, que es el cielo.

15.ª Manonnan

Es el dios del mar. Representa a la divinidad entre varios arroyos. El mes de octubre era dedicado por los celtas a *Manonnan*. Nos advierte sobre la abundancia, los caminos que van quedando abiertos ante nosotros, las salidas, las vías de paso, etc.

16.ª Poda

Se representa con un monje en el momento de podar las ramas de un árbol. Nos informa sobre las encrucijadas de caminos que aparecen en la vida, los desencuentros, la angustia, etc. Tiende a mostrar lo que se puede perder, debido a la edad o al destino, o lo que se va a renovar; sin embargo, en esta circunstancia ha de tenerse muy cuenta lo inesperado, que puede brotar aunque se monten defensas. Sus colores básicos siempre son éstos: negro y blanco, que tienen el valor del dualismo; y naranja, el cual simboliza el fuego.

17.ª Taramis

Es la divinidad que origina o tiene relación con las tormentas. Se la dibuja quieta en medio del sol y la luna, a la vez que con varios árboles derrumbados e intensas lluvias. El mes de noviembre se dedicaba en el horóscopo celta a *Taramis*. Nos indica complicaciones y contratiempos. Sus colores esenciales son los siguientes: blanco, que es el aire; el rojo y el naranja, la valoración del fuego; y el azul celeste, que supone el firmamento.

18.ª Arando

Se representa por medio de un agricultor y el arado. Nos informa sobre un camino a seguir, un sendero ante nuestra vida o el umbral de lo desconocido. Sus colores básicos son el marrón, que significa la tierra, y el blanco y el negro,

que es el dualismo del ser humano o de su actividad en este mundo.

19.^a Ogmios

Es el dios del don de la palabra y del optimismo. Es representado como un viejo desprovisto de pelo y lleno de arrugas, que se ve rodeado de hombres y mujeres, los cuales se hallan apresados a su lengua con unas cadenas de eslabones de oro. El mes de diciembre se dedicaba en el horóscopo celta a *Ogmios*. Indica optimismo o excelentes noticias. Sus colores esenciales son éstos: oro, que es la obra bien hecha; y gris, que indica la naturaleza del pensamiento humano.

20.^a Fertilización Invernal

Se representa por un medio de un hombre labrando, que aparece echando abono sobre la tierra. Nos señala que se empieza de nuevo o que pueden recibirse noticias de personas ausentes. También que la persona a la que se está echando las cartas dispone de grandes posibilidades de conseguir modificar su destino. Sus colores esenciales son los siguientes: marrón, que es la tierra; amarillo, cuya tonalidad supone el sol; y el azul, que es el cielo.

21.^a Abáis o Dagda o Aiball o Esar

Es el dios supremo, el bondadoso y el infinito. Se le representa con un árbol rodeado de hombres, mujeres, animales y vegetales y, además, con un arco iris en el fondo. Dentro del horóscopo celta el mes de enero estaba dedicado a *Abáis*. A través de éste se indica lo novedoso y, al mismo tiempo, lo desconocido o lo misterioso. Sus colores básicos son los del arco iris (violeta, azul, azul celeste, verde, naranja y rojo), que dan forma a los siete planetas de la antigüedad y a todos los días de la semana.

22.^a Injerto

Es representado con un hombre que se encuentra injertando una rama en árbol. Indica un regalo, una dote o un don que se ha de recibir muy pronto. Puede considerarse relacionado con todas las cuestiones del azar y el destino, lo que puede aparecer para sorprendernos siempre bajo un aspecto bastante benigno. Sus colores esenciales son éstos: negro o marrón, que significa el tiempo; y verde, que es la existencia vegetal.

23.^a Grannos

El dios de las fuerzas de la vida. Se representa esta divinidad llevando una vara o la rama de un árbol entre sus manos. En el horóscopo celta se dedicaba el mes de enero a *Grannos*. Señala las energías precisas para conseguir algo, la fuerza y la potencia vital. Sus colores básicos son éstos: gris, que significa la naturaleza del pensamiento humano, y amarillo, que tiene el valor del sol.

24.^a Estaca

Se representa con un hombre que se encuentra en el campo llevando unas estacas. Nos indica un instante de vacilación, de estancamiento, de detención o de congelamiento. Supone la indecisión, la espera, por lo que conviene no cambiar nada. Sus colores esenciales son el negro y el marrón, que constituyen las tonalidades de la tierra y el tiempo.

25.^a Fuego

Ofrece las figuras de las salamandras, que son las deidades que gobiernan a estos árboles: los manzanos, cedros y avellanos. Siempre nos revela unas emociones muy altas. Sus colores son el rojo y el naranja.

26.^a Aire

Es representado por las *silfides*, que son las deidades que gobiernan a los abedules, los robles y los álamos. Advierte sobre unos recuerdos duales. Sus colores básicos son el amarillo y el blanco.

27.^a Agua

Con esta carta se representa a las *ondinas*, que son las deidades que rigen a los tejos, sauces y serbales. Nos proporciona información sobre las fuentes de las ciencias futuras. Sus colores esenciales son el verde y el azul celeste.

28.^a Tierra

Se representa con los *gnomos*, que son las deidades que gobiernan a los melocotoneros, higueras y pinos. Nos informa sobre las renovaciones que se producirán en el presente. Sus colores principales son el gris y el marrón.

Formas de echar las Cartas

Cada una de las cartas presenta varias significaciones, que pueden ser místicas o esotéricas. Los recursos de interpretación son distintos de acuerdo al lugar donde provengan, ya sea francés, inglés o español. Sin embargo, más allá del sistema a utilizar, el adivinador o intérprete se coloca frente al consultante. Los dos quedarán acomodados en una situación especial:

1.^a El sitio elegido debe hallarse en calma, sobre todo contará con una abundante vegetación y se encontrará en una semisombra. El intérprete siempre ha de preguntar al consultante la fecha de nacimiento, su preferencia en el amor y si la generosidad es una de sus virtudes.

2.^a Luego de adoptar una cómoda posición, tanto el adivino como el consultante permanecerán relajados a lo largo de unos 10 minutos. En este tiempo será quemado un bastoncito aromático, el cual debe pertenecer al árbol del horóscopo correspondiente al consultante.

3.^a Tanto el intérprete como el consultante deben inhalar y exhalar profundamente unas cinco veces.

4.^a Luego de que el adivinador haya entrado en el periodo de meditación, extraerá las cartas de la caja hermética en la que se han guardado para protegerlas de las influencias extrañas o de las vibraciones negativas. Seguidamente, las situará sobre la mesa en una posición que siempre resultará perpendicular al consultante.

5.^a El intérprete ha de preguntar al consultante sobre lo que realmente desea conocer.

6.^a Siguiendo el sistema español, el consultante coge las cartas, luego las baraja y las corta. Por último, las coloca sobre la mesa, dejando las tres primeras al descubierto. Sin embargo, en los sistemas francés e inglés, nada que más que el adivinador puede tocar las cartas.

7.^a El adivinador revela la interpretación de cada una de las cartas, cuidándose de localizar los mensajes secretos más trascendentales. Tengamos presente que cada una de las cartas que se encuentre con la figura o el símbolo invertidos ofrece una respuesta negativa.

Finalmente, conviene poner en evidencia que todas estas cartas liberan, al ser consultadas, una gran potencia y, a la vez, nos comunican unas dimensiones superiores sobre la esencia del ser humano y su destino en relación a la Naturaleza. Han de ser utilizadas como guías y también para mejorar nuestro destino personal.

Cómo se elaboran los bastoncitos aromáticos

Se precisa estos ingredientes:

1.^o - 5 partes de cenizas seleccionadas del árbol correspondiente al horóscopo celta.

2.^o - 5 partes de cola plástica.

3.^o - 2 partes de almidón de maíz.

4.^o - 1 parte de esencias de flores del árbol elegido.

5.^o - 1/2 parte de raíz de lirio.

Manera de proceder

En un recipiente se combinan las cenizas, el almidón y la cola plástica. Luego, la mezcla se lleva al fuego o se somete a un baño maría hasta que forme una pasta. Se retira la pasta del fuego, para extenderla encima de una placa de mármol. En ésta se enrolla hasta que adquiera la forma de un lápiz. Finalmente, se corta el bastoncito y se sitúa en un recipiente, donde quedará bañado de alcohol antes de proceder a encenderlo.

Capítulo X

EL OCASO DE LOS GRANDES HÉROES (1.ª Parte)

Los terribles demonios desnudos

Un ejército de celtas suponía en los primeros tiempos de su predominio como una manada de búfalos o de toros dispuestos al ataque. Hasta las legiones romanas, bien adiestradas en los combates frente a todas las tropas del mundo, al ver a esas gentes seguidores de los druidas se aterrorizaban. Un ejemplo muy claro de esta reacción la brindó Telamóm, al contar lo que sucedió a unos 129 kilómetros de Roma, cuando un ejército formado por 70.000 celtas se disponía a iniciar una batalla:

Allí se encontraba una masa incontable de hombres dejándonos escuchar sus cuernos y sus trompetas, igual que si fueran sus gargantas vociferando aullidos de guerra. Producían tal algarabía que tuvimos la impresión de que toda la nación celta se había reunido en aquellas llanuras dispuesta a aplastarnos. Sin embargo, lo más escalofriante era contemplar el aspecto y los gestos de animales rabiosos de aquellos guerreros. Todos se hallaban desnudos, al menos los de las primeras filas, que eran los únicos que podíamos contemplar. Nos parecieron muy jóvenes, perfectamente formados y ricamente adornados con torques y brazaletes de oro, además de sus cascos en los que llevaban unos grandes cuernos, los escudos, las lanzas y las espadas cortas, así como otras armas...

Se cuentan con muchas referencias similares a ésta, debido a que los guerreros celtas formaban una milicia muy especial. Luchaban en defensa de su tribu por dinero y por su honor; sin embargo, no tenían sentido de nación, ni siquiera de región. Para todos ellos contaba lo próximo, el paisaje en el que habían vivido y el territorio a conquistar. Una vez se habían asentado en el territorio que acababan de poseer, se limitaban a defenderlo. Pero siempre lo hacían con gran valor, aunque con más fuerza que inteligencia.

Un comportamiento enigmático

Nadie como un guerrero celta para combatir, porque había aprendido a pelear junto al lobo, el oso y el águila. Sus manos y sus pies eran tan rápidos, que podían extraer un salmón en medio del río o capturar un conejo en un claro del bosque. Desde muy pequeños, tanto el hombre como la mujer, crecían viendo las armas. Lo mismo que se adiestraban en el manejo del arado o el tosco molino para el grano, aprendían a lanzar el venablo sobre el tronco de un lejano fresno

o disparaban flechas sobre un halcón en vuelo.

Los druidas se cuidaban de enseñarles que todo lo que estaban aprendiendo no debía ser desaprovechado en juegos inútiles, ya que suponían unas energías necesarias para la supervivencia de la tribu. Casi desde la cuna habían contemplado cómo sus padres peleaban contra las serpientes, que se deslizaban por debajo de las puertas de las cabañas en busca de las viandas o del calor de los hogares, o contra el lobo que bajaba de las montañas durante el tiempo de las nieves para calmar su hambre.

Todo lo anterior introdujo en los celtas el amor por la familia y la tribu, debido a que formaba parte de su propio ser. Sin embargo, los druidas no les inculcaron el concepto de nación, como hacían los profesores griegos y romanos con sus alumnos. Es posible que si hubieran contado con un líder, de la categoría de un Julio César o un Aníbal, la Historia hubiera seguido un curso muy distinto.

Este comportamiento se vuelve de lo más enigmático si nos detenemos a analizar una circunstancia ya mencionada: los guerreros celtas eran los mejores mercenarios dentro de los ejércitos romanos. También pudieron comprobar que cuando estaban bien organizados resultaban invencibles; no obstante, se conformaron con dominar los territorios que necesitaban para sobrevivir y, al llegar la paz, terminaron por integrarse con los nativos hasta formar un pueblo bien hermanado. Cuando pudieron doblegar a Roma, ya que un guerrero celta valía por dos o tres de cualquier otro país, no lo hicieron. Acaso porque lo *excesivamente grande* no era para ellos. Entonces, ¿por qué en sus leyendas se presentan proezas tan descomunales que superan hasta a las narradas en las mitologías griega y romana?

Otra de las circunstancias más singulares con las que se enfrentaron los celtas, en los tiempos de sus conquistas, es que inevitablemente se producía un cataclismo en forma de un terremoto, un gran incendio provocado por la Naturaleza o una inesperada inundación. Todo esto los druidas lo consideraron un aviso de los dioses, *ya que éstos acababan de desatar todas sus fuerzas para avisarles de que su ambición había llegado demasiado lejos.*

Es posible que esta serie de casualidades sirvieran para amedrentarlos, en el momento que pretendían pasar de simples jefes de un pueblo a caudillos de una nación.

Aquellos tiempos de gloria

En el año 400 a.C., cuando los celtas llegaron al norte de Italia, se encontraron con los etruscos, que vivían en la opulencia y sólo pensaban en lo inmediato. Ni siquiera contaban con un mediano ejército, que les hubiera permitido hacer frente a aquellas hordas de bárbaros desnudos. Dominados por el pánico, luego de escuchar la suerte que habían corrido los territorios más próximos, los habitantes de Clasiurn solicitaron la ayuda de Roma; pero no fueron atendidos.

Sólo diez años más tarde, los celtas pudieron superar las murallas de la capital del Imperio y se apoderaron de todo lo que allí se encontraba. El historiador romano Livio nos ha dejado su impresión del acontecimiento:

Territorios dominados por el terror eran abatidos por el acero del celta, que no dejaba de vociferar su triunfo. Las gentes huían al campo para salvar sus vidas. Hasta que las inmensas huestes, que cubrían kilómetros de tierra con sus masas agitadas de caballería e infantería gritaron: «¡A

Roma!» Una empresa que les resultó muy sencilla, debido a que se enfrentaron a unos ejércitos faltos de valor. El simple hecho de cruzar las armas con tan feroz enemigo, ya provocó la desbandada de los oficiales y de los soldados, acaso porque estaban seguros de que no serían perseguidos.

Los celtas ni siquiera tuvieron que derribar las puertas de la ciudad, debido a que les fueron abiertas para que entraran llenos de asombro. Como acostumbraban los conquistadores, todos ellos cabalgaron por las calles, sin dejar de destruir, de saquear y de asustar a las mujeres, a los ancianos y a los niños. Los gritos de triunfo se generalizaron, mezclándose con los alaridos de las víctimas. Pronto sobre todo aquello se escuchó el crepitar de las llamas, al que siguió el estrépito de los edificios que se derrumbaban...

La conquista de Roma supuso el techo del poderío céltico; sin embargo, la gloria resultó muy breve, debido a que a los siete meses se debió pensar en abandonar la ciudad por culpa de una epidemia de disentería, a lo que se añadió la falta de víveres.

Antes de marcharse de Roma, los celtas obligaron a que se pagara un rescate en oro. Como a la hora de pesarlo, utilizaron su propio sistema de medidas, el magistrado romano intentó decir que se iba a entregar una mayor cantidad de lo acordado, debido a la diferencia existente entre las balanzas celtas y las romanas. Entonces el jefe de los vencedores arrojó su espada sobre uno de los platillos de la balanza y grito lleno de cólera:

—¡Esto lo equilibra todo!

Los romanos comprendieron el mensaje y, a pesar de sentirse muy humillados, entregaron más de lo pactado anteriormente. En realidad no quedó oro en la ciudad, porque los celtas se llevaron hasta la última moneda y los adornos más minúsculos realizados con este metal precioso.

La venganza de Roma

Es posible que la frase *¡Roma nunca olvida!* provenga de esos aciagos tiempos, en los que los celtas se hallaban en un periodo de franca decadencia. Porque cuando se estaba organizando la batalla de Telamón, siglo y medio después de la conquista de Roma, los herederos de aquellos derrotados sólo pensaban en la venganza.

Habían dispuesto del tiempo suficiente para acostumbrarse a la forma de combatir de los celtas, ya no se impresionaban al verles desnudos, ni al comprobar su heroísmo. Sabían que esa costumbre de desprenderse de las ropas antes de la pelea respondía a una imposición religiosa y no al deseo de sentirse más cómodos. También habían apreciado que las espadas de sus enemigos eran muy inferiores, ya que sólo servían para cortar pero no para clavar. Por eso decidieron cambiar sus escudos y yelmos, anteriormente de metal, por otros de piel.

Lo que buscaron los romanos fue triplicar en número a sus enemigos. Esto trajo consigo que en Telamón murieran más de 25.000 celtas y casi 55.000 romanos; sin embargo, la victoria fue para los compañeros de estos últimos. Así se pudieron llevar a Roma a unos 8.000 prisioneros, muchos de los cuales estaban gravemente heridos. La entrada de la ciudad significó un acontecimiento, ya que sus pobladores volvieron a sentirse los «dueños del mundo civilizado».

El héroe celta se llamaba Brennos

Brennos era el jefe que mandaba los ejércitos celtas que invadieron Grecia y, enseguida, cabalgaron en busca de los tesoros guardados en el santuario de Delfos. En sus largas correrías impresionaron a las gentes por su gran estatura, la blancura de su piel y su forma de luchar. De ellos escribió el historiador Pausanias:

Combaten con la desesperación del jabalí mal herido, que aún teniendo el cuerpo cubierto de saetas sigue buscando a su enemigo. Pero llegan a más, pues si se les ha clavado una lanza, que a otros les hubiera forzado a permanecer en el suelo aullando de dolor, ellos la arrancan de su cuerpo, y con la misma arremeten contra sus rivales. Ni las hachas, ni las espadas, ni el fuego, los fuerzan a retroceder. La ciega cólera jamás les abandona si todavía les quedan fuerzas. Les he visto incorporarse en la agonía, intentar seguir peleando y, luego, morir de pie...

¿Y qué podría contar de la caballería celta? Mientras uno de ellos lucha furiosamente' lleva a su lado dos jinetes que no lo hacen, pues su misión es la de esquivar las armas enemigas, con la única intención de reponer el caballo del principal, en el caso de que fuese muerto, o de reemplazar al guerrero, de ser éste abatido. Pero es que el tercero, o el segundo de los «ayudantes», se cuida de llevarse al herido. Este tipo de hermanamiento consigue que la caballería celta sea la mejor del mundo. Cuando el ejército enemigo ha quedado diezmado, ellos siguen manteniendo casi los mismos efectivos...

Los griegos dispusieron de mucho tiempo para sobreponerse del impacto de sus derrotas y, sobre todo, del eco de las mismas, bien alimentado por las voces de los supervivientes. Brennos se encontró con infinidad de encerronas, todas las cuales supo eludir al disponer de un excelente equipo de exploradores y espías. Acostumbrado a todo tipo de combates, nunca elegía un emplazamiento u ordenaba el avance de sus ejércitos sin antes haber estudiado concienzudamente el terreno.

De esta manera cuando los griegos destruyeron los puentes del río Spercheios, Brennos consiguió pasar a sus 10.000 hombres nadando y, luego, empleando sus oblongos escudos como pequeñas balsas. Añagazas como ésta sirvieron para animar a los celtas, a la vez que seguían soñando con los tesoros ocultos en Delfos.

Pero, de nuevo, la fatalidad se opuso al avance triunfal de los celtas. Alguna fuerza maligna desencadenó un terremoto en la misma zona que acababan de ocupar los guerreros de Brennos. A este cataclismo geológico se unieron noches de nieves y días de hielos imposibles de recorrer. Mientras, las rocas no dejaban de caer sobre los invasores, algunas desprendidas por la Naturaleza y otras lanzadas por los griegos. Por eso pensaron, lo que había sucedido otras veces, que el destino estaba contra ellos.

Por esta causa, los celtas sobrevivientes comenzaron a sufrir pesadillas, de tal calibre que por la noche se despertaban tan enloquecidos que se mataban entre ellos creyendo que eran enemigos disfrazados. Un mal del que no pudieron sanar porque habían cometido el tremendo error de no hacerse acompañar por algún druida.

Una mañana muy amarga, de esas que se escriben en la Historia con el luto de la tragedia, Brennos fue herido ante las mismas puertas de Delfos. Nunca sabría si allí había realmente un tesoro, porque aquella misma noche se suicidó bebiendo vino puro. Así concluyó la vida de un gran héroe, al cual sólo pudieron vencer las fuerzas unidas de la Tierra, nunca los hombres.

Los guerreros que le acompañaban marcharon de allí, hasta Macedonia. Siguieron avanzando por los Dardanelos, siguiendo una ruta que les llevó a las proximidades de Ankara. Se habían unido a otras tribus de guerreros celtas, lo que les permitió crear el reino de Galacia. Pero ninguno de ellos imitó el comportamiento de sus hermanos de España y de otros países, ya que prefirieron vivir del saqueo y del pillaje. Una mala ocupación, que les llevó a la aniquilación en el momento que fueron derrotados en la batalla de Pérgamo, que tuvo lugar en el año 230 a.C.

Quedó la leyenda

La leyenda nos cuenta que Brennos llegó a entrar en el santuario de Delfos, donde no encontró ningún tesoro debido a que setenta años antes lo habían vaciado los focios en un saqueo. Además recurre a Apolo, ya que éste fue el que causó las heridas al héroe celta, que luego le arrastrarían al suicidio.

El saqueo celta de Delfos se inmortalizó en infinidad de pinturas y esculturas, lo mismo que en cientos de historias. Singularmente, la leyenda nos cuenta que Brennos había sido el jefe de los celtas que entraron en Roma cien años atrás, lo que sólo puede ser aceptado dentro del mito, pues todos sabemos que la media de edad de aquellos tiempos nunca superaba los treinta años. Es posible que hubiera dos jefes celtas llamados Brennos.

Los sucesos históricos adquieren un significado simbólico, en el caso de valorar a Roma como *una ciudad abierta* y a Delfos como *el centro del mundo* por su condición de santuario dedicado a Apolo. Dado que el dios se hallaba relacionado con los misteriosos territorios del norte, además de con los hiperbóreos y las hadas, de cierta manera llegaba hasta los celtas. Pero éstos no lo consideraban una divinidad suya, de ahí que se justificara la intervención de Apolo en ayuda de los griegos como una venganza.

La misma leyenda adquirió otro significado en el momento que se hizo intervenir a Bran, llamado «el Bendito», un héroe irlandés que comanda a grupo de guerreros en su viaje al Otro Mundo, con el propósito de conquistar el Caldero Mágico, lo que les permitirá obtener la inmortalidad y las riquezas permanentes. Un objetivo similar al que perseguía Brennos en Delfos, el cual terminó suicidándose porque los celtas consideraban el fracaso en el campo de batalla como la mayor de las humillaciones, no sólo por su propia derrota sino por lo que significaba para todo su pueblo.

La Galia era una tarta muy apetitosa

La Galia celta parecía hallarse lejos de las apetencias de Roma, a pesar de que casi todos los países que la rodeaban, al menos los del este y el sur, ya habían sido dominados. No obstante, cuando Marsella se vio asediada por los salyos, que también eran celtas, pidieron ayuda a las legiones romanas. Hasta allí llegó Fulvius Flaccus al mando de un poderoso ejército, que no sólo consiguió que huyeran los agresores, sino que convirtió Marsella y los territorios próximos en provincias del Imperio.

Esto supuso el primer bocado de la apetitosa tarta que suponía la Galia, a la que se fueron arrancando pedazos sucesivamente por medio de astutas alianzas. Todo el inmenso territorio se hallaba dividido en multitud de tribus celtas, que rivalizaban entre ellas sin tener sensación del gran peligro que les

amenazaba. Ya hemos escrito que estas gentes carecían del sentido de nación, y eran incapaces de mirar más allá del paisaje que cubrían sus ojos.

Mientras estas tribus peleaban entre ellas, las más débiles iban pidiendo ayuda a Roma, con lo que terminaban por convertirse en súbditos de la misma una vez se pacificaba la zona. Así nos lo cuenta Henri Hubert en su libro «Los celtas desde la época de La Tène»:

Primero se realizaron expropiaciones. Fueron instalados colonos y guarniciones en Vienne y en Toulouse, que era una capital gala. Después, se produjeron una serie de hechos muy normales cuando entran en contacto dos economías y unas organizaciones políticas, sobre todo si una de ellas, la más fuerte, se fundamenta en el dinero. Así surgieron los financieros. Los galos los tenían mucho miedo, como pudieron comprobar al sufrir la legislación fiscal romana. Entonces solicitaron préstamos, que al recibirlos los dejaron atados. Lo peor llegó cuando los gobernadores se vieron mezclados en el asunto. La gente se enriquecía en la Galia, lo que no supuso un empobrecimiento de la nueva provincia. Gracias a que era uno de esos países agrícolas donde una buena cosecha restablecía de golpe el equilibrio económico.

Se introdujeron oportunamente cultivos ricos: la vid y el olivo. Sin embargo, los romanos los prohibieron al no querer que los galos se hicieran poderosos. Curiosamente, no impidieron que los nativos organizaron la política y mantuvieran sus costumbres, que eran celtas, aunque lentamente se iban romanizando». Aquella fue la época en que los diputados alóbrigos en pantalón y blusa llenaban el foro con la exuberancia de su palabra y de sus gestos. A lo largo de cincuenta años la Galia narbonense se opuso a la Galia del norte. En la primera se vestía la toga y se hablaba latín, lo que condujo a que fueran admitidos en la ciudadanía romana. Como pago ellos suministraron tropas y se mantuvieron fieles al Imperio. Curioso dualidad entre unos celtas que deberían haber actuado unidos...

El hecho de que el sureste de la Galia ya hubiera sido conquistado, aunque se simulara que los galos celtas mantenían una cierta autonomía, dio pie a que se pensara en conquistar todo el territorio. Algo que ocurriría muy pronto, cuando se dispuso del personaje adecuado: Julio César.

Julio César, el exterminador

Cuando Julio César se propuso conquistar la Galia se encontró con que ésta se hallaba dividida en tres partes, que no podían ser consideradas compactas al reunir cientos de tribus que nunca se ponían de acuerdo ni para organizar sus defensas. Está claro que la idea céltica, en un concepto bélico y de administración de grandes territorios, se hallaba en una fase de descomposición.

César supo obtener provecho de estas divisiones con la habilidad de un estratega, que antes de ponerse en acción procura debilitar aún más los puntos flacos de sus enemigos. Firmando alianzas que, luego, le permitían conquistar a las tribus más violentas logró el prodigio de doblegar, con nada más que un ejército de 60.000 hombres, un territorio donde vivían casi un millón de celtas.

Este «gran exterminador» se sirvió de un grupo de espías, la mayor parte de los cuales eran galos, y de «provocadores de la ambición», es decir, de gentes que sabían a quienes convertir en traidores con el simple hecho de proponerle el mando de los territorios dominados o, lo más práctico, entregarles una bolsa de oro.

Otra de las situaciones que favorecieron a César fue que las tribus germánicas del otro lado del Rin no dejaban de presionar a los celtas, hasta que éstos terminaron por desalojar sus territorios. Un exilio que traería consigo una de las más sonadas victorias de los romanos. Las víctimas fueron los helvetii, que era una tribu celta que había vivido en Suiza. A pesar de que en su huida iban acompañados de toda la familia, que se amontonaban en las escasas carretas que habían podido salvar, lograron oponer una valerosa resistencia ante los legionarios de César. Luego de varios meses de acoso, en el verano del año 58 a.C., fueron derrotados en Toulon-sur-Arroux. Durante la batalla cayó prisionero el jefe y, más tarde, los 130.000 supervivientes tuvieron que volver sobre sus pasos, para regresar a Suiza, donde nunca llegarían. Terminaron por dispersarse, al ser recibidos en distintas tribus que encontraron en su camino.

Por otra parte, al leer los «Comentarios», escritos por el propio César, nos damos cuenta de que este personaje, uno de los mayores políticos y conquistadores que ha conocido la Historia, sabía utilizar, a la manera del más hábil «sicólogo», las debilidades humanas, sobre todo en el terreno de la política. Otra cuestión que nos sorprende es que César admite que, en ciertos momentos de su conquista, se encontró frenado por unos ejércitos tan enérgicos que a punto estuvo de ser derrotado. Pero...

La segunda campaña de César

Los celtas belgaes vivían en los territorios que actualmente dan forma a Bélgica. Como fueron algunos, entre los pocos, que advirtieron el peligro romano, no dudaron en sublevarse. Se mostraban orgullosos de que durante muchos siglos los territorios que cultivaban hubieran sido suyos, a pesar de los muchos enemigos a los que debieron repeler con las armas. Sin embargo, desconocían las modernas tácticas bélicas, que los legionarios romanos utilizaban con tanta eficacia.

En el momento que los belgaes se enfrentaron a un ejército que cavaba trincheras, fortificaba sus emplazamientos y, sobre todo, disponía de torres de asalto y de catapultas que lanzaban rocas y bolas de fuego, en muchos casos se rindieron sin pelear. Como si las leyendas que les hablaban de monstruos brotados del mar o de las montañas se hubieran hecho realidad. Hemos de tener en cuenta que el celta era supersticioso y fatalista, luego ante un enemigo cuyos poderes se sentía incapaz de comprender, prefería entregar las armas a combatir, igual que si el destino le estuviera empujando a realizar una acción que en su interior consideraba indigna.

Esto supuso que César pudiera dominar a los rebeldes en un sólo verano. Luego, en el otoño del año 57 a.C., creyó que la Galia entera había sido conquistada. Pero se equivocaba, ya que todavía le quedaban muchos años de batallas y, lo más importante para los celtas, algunos héroes con los que enfrentarse.

Uno de los mayores estrategias militares que ha conocido la historia, que ya había probado su valía en muchos otros frentes, en el territorio galo se encontraría con un auténtico reto, al enfrentarse a unos guerreros que no le temían a la muerte y, en especial, a unos druidas que le convertirían en el objeto de todas sus maldiciones.

Sin embargo, a pesar de que le odiaran, aparentemente, le necesitaban... ¿Cómo era posible? Quizá la respuesta sea un tanto complicada de entender, si uno no intenta meterse en el corazón de los celtas, porque éstos creían que el

auténtico valor guerrero se medía según el poder de su enemigo, lo difícil que resultase vencerlo y lo mucho que obligara a esforzarse.

En base a esta idea, no ha de extrañarnos que, con el paso del tiempo, se llegara a pensar que el «Gran Romano», apelativo dedicado a Julio César, era tan invencible como esos cataclismos que, en distintas etapas de la existencia de los celtas, habían truncado sus deseos de expansión o de conquista en gran escala. Claro que esto sucedería mucho más tarde. Antes nos esperan los acontecimiento que conducirían a esa creencia «fatalista».

Capítulo XI

EL OCASO DE LOS GRANDES HÉROES (2.^a parte)

Quisieron morir como celtas libres

En las costas de Bretaña se encontraban los veneti, los cuales no aceptaron rendirse ante los emisarios romanos. Porque preferían morir como celtas libres antes que someterse a un ejército invasor. Esto lo afirmaron con la misma fuerza que las rocas de los acantilados resistían el impacto de las olas del mar. Vivían en un lugar defendido por la marea alta, eran marineros y creían conocer la técnica de la guerra naval.

Pero nunca habían salido de sus tierras, por lo que ignoraban que se iban a enfrentar a un enemigo que dominaba medio mundo, luego había superado toda clase de defensas. Es cierto que los romanos se vieron, al principio, detenidos por el mar. Algo que no les preocupó, debido a que sabían esperar la ocasión más oportuna.

Ésta se presentó en el momento que los veneti pretendían utilizar los pesados barcos de corteza de roble. Entonces surgieron las rápidas falúas enemigas, que habían sido construidas allí mismo, en las cuales iban unos hábiles guerreros provistos de unas largas estacas, en cuya punta se habían atado unos cuchillos curvos. Con estas toscas armas pudieron cortar las drizas de las embarcaciones celtas, lo que provocó el desplome de todo el velamen.

El ataque resultó tan rápido, que los veneti no pudieron reaccionar a tiempo. Por eso las tripulaciones fueron aniquiladas y, luego, los barcos incendiados. Sin embargo, algunas embarcaciones habían podido escapar... ¡Y, de nuevo, la Naturaleza no quiso aliarse con los celtas! Se detuvo el viento, lo que supuso que los supervivientes se quedaran atrapados en el mar; mientras, las rápidas falúas romanas, que desplazaban unos remeros, llegaban hasta ellos, los abordaban y, sin piedad, daban muerte a sus ocupantes.

Días más tarde, el procónsul Julio César ordenó que los jefes celtas fueran ejecutados y a los demás se les tratara como esclavos. Millares de ellos serían llevados a Roma como demostración del poderío imperial. Todo un número casi circense que se repetiría a lo largo de casi dos décadas, porque los celtas estaban empezando a reaccionar con la desesperación de las fieras acosadas.

La Galia se levantó en armas

Las noticias de todos estos desastres llegaron a cada uno de los rincones de

la Galia, para despertar el instinto defensivo de los celtas. Los druidas se cuidaron de avivarlo al recordar los tiempos de gloria. Nunca se gastó más carbón en las fraguas, ni se extrajo mayor cantidad de metal de las minas. Los grandes artistas que habían forjado las hermosas armaduras y las espadas que hoy adornan nuestros museos, lo mismo que los joyeros que engarzaban piedras preciosas en las empuñaduras de las dagas, pasaron a trabajar voluntariamente como simples herreros. Lo que importaba era dar salida a una gran cantidad de armas, escudos y carros de combate.

Los espías alertaron a César de la actividad «rebelde» que se apreciaba en las tribus, lo que llevó al gran estratega a tomar como rehenes a los principales jefes celtas. Consiguió detener a varios; pero cuando intentó hacer lo mismo con Dumnorix, a pesar de que los emisarios del procónsul le amenazaron con darle muerte, el héroe replicó:

—*¡Nunca enjaularéis a un celta libre a pesar de que le arrebatéis la vida!*

Éste fue su cruel destino, cuya primera consecuencia se comprobó al sublevarse los eburones, que era un pueblo celta residente en un territorio que actualmente ocupa Bélgica. Por su forma de actuar debemos suponer que conocían algunas de las tácticas «más sucias» de los romanos. En un primer momento anunciaron que iban a desalojar sus asentamientos, ya que pensaban cultivar en otra parte. Como los romanos les creyeron, no se molestaron en seguirles por considerarlos unos infelices. Se limitaron con dejarlos pasar a su lado; mientras, se burlaban de ellos.

Sin embargo, los eburones procuraron ocupar unas zonas montañas, cuyos desfiladeros conocían a la perfección. Precisamente en uno de éstos emboscaron a una columna romana, a la que dieron muerte. La operación resultó tan fácil, que les animó a repetirla. Lo hicieron luego de contar con nuevos aliados, ya que se les habían unido los nervii y los aduatuci. Juntos marcharon a conquistar una guarnición romana, que se había levantado en las proximidades de la actual Namur. Contaba con una muralla de tres metros de altura y con unas trincheras de casi cinco metros de ancho. Algo que no amedró a los celtas.

Si en un principio la maquinaria bélica de César había impresionado, en aquellos tiempos los carpinteros celtas conocían muchas de ellas, hasta haber conseguido reproducirlas con una gran precisión. Esto les permitió iniciar el ataque con torres de asalto y catapultas, con las cuales arrojaron bolas de arcilla incandescentes sobre las construcciones del interior de la guarnición.

No obstante, en el momento que el fuego parecía haberse extendido por el interior, unas fuerzas romanas de socorro provocaron que los celtas tuvieran que abandonar el asedio. Lo que no consideraron un fracaso, debido a que acababan de «destruir» el mito de invencibilidad que rodeaba a las huestes de Julio César.

En la guerra no se respetan las normas

Puede afirmarse que en el año 53 a.C. todos los celtas libres de la Galia se habían unido para combatir a los romanos. El héroe se llamaba Indutiomarus, y bajo su mando se encontraban las tribus de los senones, cornutes, nervii, aduatucis, eburones y treveris. Formaban un ejército tan poderoso, cuya presencia se puso de manifiesto con algunas pequeñas victorias, que el mismo César debió reconocer que eran temibles. Quizá exagerase en su valoración, debido a que no estaba acostumbrado a perder.

No obstante, Indutiomarus resultaba demasiado ingenuo, acaso porque

creía que cualquier tipo de lucha entre seres humanos debía respetar unas normas, entre las cuales nunca podía encontrarse la cobardía y la traición. Cuando ordenó el asedio de la guarnición ocupada por el general Labieno, que era la mano derecha de Julio César, estaba convencido de que el enemigo sólo se limitaría a defenderse.

Todo un día estuvieron las catapultas celtas lanzando piedras y arcillas incandescentes sobre la guarnición romana. Al mismo tiempo, no dejaban de gritar insultos llamando «cobarde» al enemigo, debido a que en ningún momento respondió a los ataques. Se diría que el lugar se hallaba desierto, de no ser porque todos los conatos de incendio eran apagados con una gran rapidez.

Al caer la noche, los atacantes se concedieron una tregua, creyendo que era el tiempo en el que los dos bandos procuraban dormir para reponer fuerzas y curar a los heridos. Lo que desconocía el héroe celta era que Labieno pertenecía a la categoría de los «zorros viejos», ya que había introducido en la guarnición a toda su caballería en el momento que conoció la llegada de los celtas. Cuando sus vigilantes le indicaron que el enemigo se había retirado y estaba encendiendo fogatas, dio la orden de atacar. No era la primera vez que se servía de la misma estrategia, como demostraron sus hombres al comportarse igual que la máquina mejor engrasada.

Sorprendidos mientras estaban aguardando a que les sirvieran la cena, los celtas no tuvieron ocasión para empuñar las armas. La derrota fue total, y uno de los que probaron el acero mortal de las espadas cortas romanas fue Indutiomarus, el ingenuo héroe que ya no podría aprender una lección: *en la guerra nunca se respetan las normas, porque lo que importa es la victoria, aunque se consiga «sin honor»*. La Historia es testigo de la sucia maniobra, lo que ennoblece al perdedor; sin embargo, no deja de reconocer que cuando está en juego la vida de tantos miles de hombres, al menos se debe organizar un eficaz servicio de vigilancia, porque hubiese permitido detectar a tiempo la salida de los primeros jinetes enemigos.

A lo largo de los meses siguientes todos los jefes celtas que intentaron sublevarse fueron derrotados, en periodos de tiempo relativamente cortos. El servicio de espionaje de César funcionaba a la perfección, con lo que siempre se encontraba el momento de poner de rodillas a los rebeldes. Algunos de éstos debieron soportar tan humillante posición, a la vez que eran cruelmente azotados hasta llevarlos a la muerte, como le sucedió a Acco, el jefe de los senones y los carnutes. Nada más que Ambiorix logró escapar en las Ardenas, sin que se volviera a saber de él hasta pasado bastante tiempo.

Vercingetorix, el último héroe celta

Vercingetorix era muy joven, los hombres y las mujeres le consideran hermoso, poseía una gran facilidad de palabra, que utilizaba para convencer razonando y, lo mejor, sabía escuchar con respeto. Esto le había permitido acumular tanta experiencia, que a pesar de sus pocos años se le consideraba el guerrero más aventajado de todos los celtas. Digno de convertirle en su caudillo.

Los ancianos recordaban la ocasión perdida, en tiempos de Aníbal, de haberse convertido, dentro de la antigüedad, en una especie de gran nación, que rivalizase con las más poderosas del mundo. Por eso soñaron que con Vercingetorix se alcanzaría esta meta.

La guerra se prolongó durante ocho años, un tiempo que empleó el héroe galo, al menos en sus inicios, en conseguir que la veintena de tribus dejaran de

querer mostrar cual era la más importante de todas, para unirse en una misma empresa.

En ocasiones fue necesaria la crueldad

Vercingetorix era un celta de los pies a la cabeza, hijo de un capitán averni y familiar de druidas. En su cuerpo había conocido la herida del acero hermano, en duelos con espadas de verdad, que en ocasiones habían arrebatado la vida a los menos hábiles. También sabía que su pueblo no le temía a la muerte. Lo peor de todos ellos radicaba en lo difícil que resultaba conseguir cabalgar junto a un «primo» al que se había conocido recientemente. Se diría que la envidia formaba una barrera irreductible, que debía ser eliminada con los medios más expeditos.

Por eso a los jefes que se mostraban indecisos a la hora de aceptar los planes del día, ya que se reunía con todos ellos al amanecer, los devolvía a sus casas, *no sin antes haberles cortado las orejas o arrancado un ojo*. Una muestra de crueldad «necesaria», sobre todo para domar a quienes pretendieran seguir el comportamiento de los «marcados para siempre».

Es cierto que la crueldad jamás le hubiera bastado al héroe para convencer a los suyos, de no haber demostrado con sus primeras maniobras que conocía todo los recursos estratégicos de los romanos. Nadie sabía que Vercingetorix hubiese tenido un maestro que se lo enseñara, al menos no se podía dar el nombre del mismo. Sin embargo, pronto se pudo participar en los primeros triunfos, ninguno de los cuales fue fruto de la casualidad o de un golpe de fortuna. Todos ellos obedecieron a una sabia estrategia.

La importancia de la intendencia

Una de las primeras decisiones de Vercingetorix fue la de fortalecer la caballería celta. Seleccionó a los mejores jinetes y, luego, se cuidó de entrenarlos para realizar unas operaciones de guerrillas en terreno abierto. Como la de destruir los cargamentos de forraje que llegaban a las guarniciones romanas, porque entendió la importancia de este tipo de intendencia. No le resultaron difíciles los objetivos, debido a que contaban con escasos vigilantes.

La falta de alimentos para los animales de combate, trajo consigo un debilitamiento de los ejércitos romanos, lo que a la larga supuso unas sucesivas victorias de los celtas. Otro de los recursos del héroe fue quemar los depósitos de cereales y, sobre todo, destruir los puentes y los medios de aprovisionamiento que iban a quedar atrás en el momento que se vieran forzados a retirarse.

Esta táctica le fue proporcionando una serie de victorias, que le hicieron tan popular como para atraer a millares de celtas. Muchos llegaron de las provincias romanas. Algo que César no quiso que se repitiera, por eso reunió a sus legiones y se dirigió a Avaricum, un lugar próximo a la actual ciudad de Bourges.

Como Vercingetorix también contaba con su cuerpo de espías o exploradores, conoció las intenciones de los romanos. Esto le obligó a pedir a los bituriges, los cuales eran los habitantes de Avaricum, que la quemaran y, luego, escaparan de allí. Pero no fue obedecido, porque el lugar era considerado sagrado por aquellos celtas.

El héroe se olvidó de la crueldad al transigir y, sin que los historiadores

nos hayan contado las razones de su decisión, optó por convertir Avaricum en una fortaleza bien defendida.

El asedio a Avaricum

Duncan Norton-Taylor nos cuenta en su libro «Los celtas» lo siguiente:

Avaricum era un gran depósito, y los suministros de comida del ejército romano —por culpa de las nuevas tácticas celtas— estaban disminuyendo peligrosamente. Siguiendo su técnica habitual, César acampó en el único lugar ventajoso, y dio la orden de que se construyeran las grandes torres de escalada y dos grandes rampas, las cuales conducirían hasta las murallas de Avaricum. Mientras tanto, los celtas, que habían aprendido bastantes cosas sobre las técnicas del enemigo en los años que habían jugado el papel de víctimas, resistían ferozmente.

Enlazarón los garfios de aferramiento romanos y los arrastraron hasta el interior de las murallas con molinetes. Construyeron un túnel bajo la rampa enemiga utilizando métodos que habían desarrollado en la minería del hierro, y prendieron fuego a los soportes de madera. Cuando se levantaron las torres de asedio romanas, Vercingetorix ya había construido otras sobre las murallas de Avaricum, tan altas o más, y las cubrió —como Cesar hacía con partes de sus obras de asedio— con pieles, muy útiles contra los proyectiles encendidos. En el momento que las tropas romanas arrastraron sus torres contra las de Avaricum, los defensores las recibieron con descargas de piedras, betún caliente y grasa hirviendo.

Pero los defensores de Avaricum no eran competidores que pudieran colocarse a la altura de los romanos. A medida que el asedio continuaba, Vercingetorix vio que el destino de la ciudad estaba echado y trató de retirar sus tropas. Irónicamente, la huida fracasó por culpa de las mujeres, que con sus gritos de protesta, al negarse a abandonar las casas, alertaron a los romanos. Entonces cayeron nuevos desastres sobre los celtas. Comenzó a llover abundantemente, y los hombres que defendían las murallas buscaron cobijo, dejando alocadamente desatendidas las defensas. Aprovechando esta oportunidad, las tropas de César franquearon las alturas e irrumpieron en las calles de Avaricum, matando a sus habitantes sin ningún tipo de piedad. Según escribió el mismo César nadie fue perdonado, ni ancianos ni niños. De los 40.000 habitantes de Avaricum, únicamente 800 consiguieron escapar.

La derrota no doblegó al héroe

Entre los que escaparon se encontraba Vercingetorix, el cual se reunió con los jefes y los animó a seguir combatiendo. Los romanos no iban a perseguirles, debido a que acababan de sufrir muchas bajas y andaban faltos de provisiones. Esto suponía que podrían contar con un tiempo precioso, que emplearían para organizar un nuevo ejército.

El héroe no se equivocaba, pues todos los emisarios que había enviado a las distintas tribus de la región volvieron con el mensaje de que se estaban reclutando fuerzas. En esta ocasión los guerreros seleccionados fueron los arqueros, ya que César jamás se había enfrentado contra éstos en La Galia. Y la nueva estrategia funcionó en los primeros enfrentamientos, ya que pudieron derrotar a varias patrullas romanas sin sufrir ellos ni una sola baja.

De esta manera un poderoso ejército celta se pudo reunir en Gergovia, una ciudad que ocupaba la cima de una montaña, lo que la convertía en una fortaleza materialmente inexpugnable. Cuando una legión romana la intentó asediar, se vio rechazada todas las veces que efectuó las maniobras de aproximación. Una mañana, César dio la orden de retirada «en desorden», es decir, como si sus legionarios estuvieran huyendo, pero dejando el grueso del ejército escondido, con el propósito de sorprender al enemigo en un terreno abierto.

Sin embargo, el héroe celta no mordió el cebo. Aunque sí aceptó la idea de pelear fuera de la fortaleza, siempre a su manera: inesperados ataques con sus jinetes arqueros, que causaban un gran número de bajas y, luego, antes de que el enemigo hubiera conseguido reponerse de la sorpresa, volvían a lo alto de la montaña, donde esperaban las puertas abiertas de la fortaleza.

La más sonada victoria

César y sus generales habían estudiado los planos de la fortaleza, por eso idearon una de las maniobras que les había dado tan buenos resultados en otros países. Consistía en una ñagaza, al atacar un flanco de la posición celta, a la espera de atraer a la mayor cantidad de efectivos hasta ese punto, se conseguiría dejar materialmente indefenso el flanco opuesto, que iba a ser el objetivo real del grueso de la principal fuerza romana.

De esta manera se procedió, hasta llegar a los pies de las murallas de Gergovia, donde los defensores los recibieron con una lluvia de proyectiles de todo tipo. Sin embargo, al ir a atacar por el otro lado, fueron sorprendidos por los jinetes arqueros celtas, que los esperaban escondidos tras unas rocas. Esto supuso una gran derrota para los romanos, que César lamentó amargamente, luego de reconocer que había perdido a más de setecientos de sus mejores guerreros y, sobre todo, que nunca creyó a los celtas tan inteligentes para haberle sorprendido con una maniobra llena de astucia.

El eco de un triunfo tan grandioso retumbó por toda la Galia. Jamás los romanos habían sufrido una afrenta de ese calibre en los siete años de contienda. Vercingetorix se vio desbordado por la cantidad de celtas que deseaban incorporarse a sus ejércitos. Algunas tribus que siempre habían sido aliadas de Roma rompieron el pacto, para unirse al sueño de conseguir una nación libre.

En el verano del año 52 a.C. los galos establecieron su cuartel general en Alesia, que se encontraba cerca de la actual Dijon. Montaron grandes defensas y, luego, se organizaron guerrillas de hostigamiento para destruir las vías romanas de intendencia. A lo largo de unos meses se convirtieron en una pesadilla para Cesar, hasta que éste decidió acabar con uno de los peores enemigos al que se había enfrentado.

Como acostumbraba, lo primero que hizo fue incrementar el precio de la traición, lo que le fue permitiendo conocer el momento que se iban a producir los ataques a sus patrullas. Pudo eliminar a los arqueros que acechaban; sin embargo, prefirió cambiar las rutas. Lo que le importaba era conocer los puntos flacos de Alesia; mientras, dejaba que el enemigo se confiara, al creer que los pequeños contratiempos, al no encontrarse con las patrullas romanas de avituallamiento, eran fruto de la casualidad.

Un trágico error defensivo

Cuando César inició el asedio de Alesia, Vircengetorix había dispuesto las defensas de acuerdo a unos planes que le parecieron definitivos: disponía de una guarnición de 20.000 hombres, contaba con aprovisionamiento para treinta días y, durante este tiempo, podía esperar tranquilamente la llegada de refuerzos. En el momento que éstos se aproximaran, saldría a su encuentro para, luego, embolsar al ejército romano, de tal manera que le asestaría el golpe definitivo. Sobre todo porque no permitiría que Julio César escapara.

Pero cometió un trágico error defensivo, debido a que había enviado a casi todo el grueso de su caballería a las diferentes tribus que iban a reclutar las fuerzas de apoyo. Es posible que los romanos conocieran todo esto, lo que les ofreció la oportunidad de construir una enorme barrera defensiva alrededor de Alesia: dos trincheras paralelas en círculo de seis metros de ancho, que inundaron con las aguas de los ríos próximos, para formar un foso que no podrían saltar los caballos; además, levantaron torres defensivas cada veinticuatro metros, que rodearon con campos de púas de hierros, que los romanos llamaban «stimuli», y ocho filas de pozos disimulados con ramaje y tierra, en cuyo fondo se clavaron estacas con las puntas afiladas, lo que las convertía en unas trampas humanas.

Todos estos trabajos llevaron semanas; mientras, los habitantes de Alesia lo contemplaban sin comprender lo que se perseguía con ello. Es posible que a muchos les causara risa, al principio; sin embargo, con el paso del tiempo, sobre todo al superar los veinte días de asedio y comenzar a faltar algunos alimentos esenciales, como el trigo y la leche, la preocupación empezó a extenderse como lava de volcán.

Una vez se superó el mes de espera, comenzaron a producirse los primeros actos de canibalismo cuando surgió la «hambruna». Al parecer algunos de *los guerreros más viejos fueron sacrificados para que dispusieran de carne los más jóvenes*. Aunque esto forma parte de la leyenda difundida por los romanos.

Una mañana, por fin, Vercingetorix y los suyos pudieron ver que se aproximaban los ejércitos de refuerzo. Sumaban más de 250.000 hombres, y cubrían una extensión de cinco kilómetros por toda la llanura que rodeaba Alesia.

Pero no pudieron llegar a la ciudad asediada, debido a que varios centenares de sus jinetes, los que marchaban en vanguardia, cayeron en las trampas construidas por los romanos. Los ayes de dolor de las víctimas, los relinchos de las monturas y la trágica espectacularidad de las caídas provocaron el pánico en los que marchaban detrás.

Repetidas veces se intentó la misma maniobra, con idéntico resultado. Esto llevó a que Vercingetorix decidiera salir a campo abierto con el grueso de sus hombres; pero llevando una gran cantidad de maderas y cañas, con las que pretendió cubrir una parte de los fosos romanos. Mientras tanto, desde las murallas de Alesia los arqueros disparaban andanadas de flechas, para impedir que el enemigo se aproximara.

Resultó imposible construir un puente, debido a que los fosos eran demasiado profundos y, al no estar llenos de agua estancada, la presión del mismo líquido se llevó parte de lo que se iba echando. Al mismo tiempo, muchos de los acompañantes del último héroe celta cayeron en las trampas, para morir atravesados por las estacas. También los otros quedaron detenidos por la barrera de púas de hierro o «stimuli», lo que les dejó a merced de las jabalinas enemigas, de los romanos que habían podido ascender a las torres.

A los cuatro días de inútiles maniobras de avance, los jefes supervivientes del ejército de refuerzo, que había perdido más de un tercio de sus efectivos, dieron la orden de retirada definitiva. Fue una maniobra vergonzosa, acaso porque creyeron, lo que antes se había tenido como cierto, *que se enfrentaban a César, el protegido de los dioses*. Cuando el gran mérito de éste había sido, lo que nunca podía considerarse de naturaleza divina, demostrar que era un gran estratega, pues las defensas que ordenó construir le brindaron una gran victoria.

El sacrificio del último héroe

Vercingetorix se encontró en una situación tan crítica, al comprender que si continuaba luchando todo su pueblo sería exterminado, que decidió sacrificarse por los supervivientes. Este momento lo cuenta Jean Markale en su libro «Los celtas y la civilización celta» con toda su trágica grandeza:

Vercingetorix había perdido la esperanza. Ya no podía confiar en su suerte. La situación de los asediados era cada vez más crítica. Estaban desfallecidos, hambrientos y sin esperanzas. El Gran Rey de los Cien Combates se ofreció como víctima expiatoria. Plutarco, Floro y Dión Casio nos presentaron una sugestiva escena de la rendición. Vercingetorix, a caballo con sus mejores armas, se presenta ante el tribunal de César, echa pie a tierra, arroja sus armas a los pies del vencedor y se arrodilla ante él en la actitud del suplicante. La escena resulta conmovedora y no carece de nobleza. Es ya, de hecho, la leyenda de Vercingetorix, héroe infeliz de la libertad y de la independencia galas. Significa un momento de la imaginaria de Épinal, y esto prueba que el jefe celta tuvo una notoriedad verdaderamente popular incluso después de la conquista e incluso entre sus crueles vencedores.

La verdad resulta más brutal. Fue César, que no tenía ningún motivo para inventarse nada a esas alturas del relato, quien nos lo proporcionó. El vencedor «ordenó que le entregasen las armas y los jefes de los rebeldes. Él mismo instaló su sitial en el baluarte delante de su campamento: hasta allí fueron conducidos los derrotados; le entregaron a Vercingetorix, y arrojaron las armas a sus pies». El texto es claro, Vercingetorix y los demás jefes fueron entregados al vencedor por sus propios hombres.

El procedimiento puede considerarse chocante, pero era normal entre todos los celtas. El jefe se consideraba responsable ante los suyos, lo que supone un concepto altamente democrático y, al mismo tiempo, un acto sagrado. Vercingetorix se había equivocado: debía pagar, estaba obligado a sacrificarse para permitir que sus hombres se salvaran...

Vercingetorix terminó por ser conducido a Roma, donde fue considerado un trofeo de César, el procónsul de la Galia. Aguardaría seis años en una prisión antes de ser fríamente estrangulado por orden de su vencedor...

Los historiadores consideran que con la pérdida de Vercingetorix los celtas galos dejaron materialmente de existir. Los druidas celebraron miles de sacrificios, se incrementó el número de leyendas orales que mencionaban a los grandes héroes muertos; sin embargo, lo que se mantuvo vivo nada más que supuso las últimas reacciones de un noble animal mortalmente herido.

El impulso de Vercingetorix

Otro de los grandes méritos de Vercingetorix fue que mantuvo la idea,

al menos durante un tiempo, de que era posible reunir a una gran cantidad de celtas para combatir al invasor. Cuando los jefes supervivientes intentaron realizar una leva masiva, todas las tribus mandaron a sus mejores hombres. Sólo los romanos se negaron, ya que estaban demasiado unidos a Roma y temieron que les fuera reprochado, y los bellovacos, porque prefirieron hacer la guerra por su cuenta.

Esto permitió reunir más 240.000 hombres, muchos menos de los que acudieron a Alesia, para unirse a Vercingetorix. Una diferencia que no debe llevarnos a considerar negativo el número. Lo peor llegó en el momento que los diferentes jefes debieron pactar quien sería el «caudillo». No se pusieron de acuerdo en muchos días, hasta que se decidió formar un triunvirato, que en el momento de comenzar a organizar el ejército no consiguió actuar de una forma coherente. Al final, se dejó el mando a Commios, que gozaba de una gran autoridad entre todas las tribus.

Pero ya había entrado el invierno. Las nieves cubrieron las tierras y la moral de los guerreros, porque faltaban alimentos. A todos estos males se unieron las deserciones, alimentadas por los infiltrados «a sueldo de Roma». Esto supuso que se deshiciera el ejército antes de haber librado su primera batalla. Ya no volvería a reunirse más en tan gran número en ningún otra parte de Europa, lo que supuso un amargo despertar de un sueño que ni siquiera tuvo principio. El animal herido que eran los galos ya sólo tendría pesadillas muy amargas.

Capítulo XII

LOS CELTAS PENINSULARES

Cien años de rebeldías y sumisiones

Los galos que seguían recordando a Vercingetorix miraban, a la vez, a Roma con los ojos de quien desea imitar al vencedor. Lentamente, muchos fueron abandonando su lengua natal para aprender la latina, lo mismo que se cambiaban las costumbres para imitar las del conquistador.

No obstante, en ningún momento dejaron de aparecer pequeñas rebeliones, la mayoría de ellas por culpa de unos abusivos impuestos, el traslado forzoso de algunas tribus o por las noticias que llegaban de la capital del Imperio. Por ejemplo, cuando se supo que el Capitolio romano había ardido por voluntad de unos sublevados, los druidas se entregaron a predicar la guerra santa.

Entonces se levantaron Civilis, los tereviros Tutor y Classicus y el lionés Sabinus. Por cierto, el primero se hacía acompañar por una profetisa llamada Velleda, que era de origen germánico, la cual le predijo un tiempo de victorias; sin embargo, silencio la época de la sumisión. Como los cuatro jefes celtas se unieron, llegaron a conquistar tantos territorios, al conocer muy bien las técnicas bélicas de los romanos por su condición de comandantes regulares de cohortes, que Classicus terminó proclamándose *imperator Galliarum*.

Esto supuso un relámpago de independencia, un deseo de convertir la Galia en una nación libre. Sin embargo, nada más que significó el sueño delirante de unos pocos, ya que la mayoría se hallaba conforme con seguir sometidos a Roma. Como se pudo comprobar en una asamblea celebrada en la ciudad de los remos, donde se propusieron las opciones de independencia y de firmar la paz para vivir a merced de la voluntad del conquistador. Ganó la segunda, con lo que todos despertaron a la realidad más cruda: los celtas galos se consideraban, en general, incapaces de enfrentarse a un enemigo demasiado poderoso. ¿Dónde habían quedado sus ideas de que no existían imposibles si se luchaba con tenacidad?

Ante el temor de que los romanos tomaran represalias contra los jefes rebeldes, antes de entregar las armas todos ellos procuraron esconderse en lugares seguros, de los que jamás volvieron a salir, como si los consideraran sus propias tumbas. Mientras tanto, tres cuartas partes de la Galia se hallaba romanizada por completo, lo que supuso que las tribus se transformaran en ciudades y se edificaran cientos de miles de casas de corte latino. Y hacía Roma comenzaron a viajar senadores galos, con los mismos derechos que los nacidos en la península.

Sólo los druidas fueron perseguidos

La religión de los celtas nadie tuvo que prohibirla, porque el proceso de modificación estaba siendo tan grande, que los dioses que provenían de los hiperbóreos comenzaron a ser sustituidos por los romanos, a la vez que los rezos también sufrían unas lentas modificaciones. Se diría que el galo se sentía cómodo con el nuevo vestuario, al considerar que el anterior le aproximaba a las bestias. Como la enseñanza de las viejas tradiciones celtas siempre había sido oral, en el momento que los padres hablaron a sus hijos de otras cosas, olvidando intencionadamente el pasado, se cortó el cordón umbilical con lo celta.

Sin embargo, esto sucedía en las ciudades, mientras que en las tribus, a pesar de que muchas de ellas se hubieran transformado en aldeas, continuaban actuando los druidas. Todos ellos se veían acosados por los romanos, como se puede apreciar al haber quedado testimonio de los varios centenares de «sabios de los árboles» que fueron detenidos y, luego, asesinados.

Los jueces justificaban sus sentencias en base a que se continuaban realizando sacrificios humanos, asesinatos e invocaciones mágicas contra los altos dignatarios romanos. También porque los druidas organizaban sus escuelas en el fondo de los bosques y en cuevas, donde llevaban a los jóvenes. La persecución debió ser tan sangrienta, que en el siglo II de nuestra era se sabe que algunos druidas se habían convertido en dóciles maestros de una escuela de Burdeos.

En los únicos lugares donde se mantuvo el espíritu celta fue en las aldeas más pequeñas y, sobre todo, en las casas aisladas o en las gentes nada satisfechas con el comportamiento de los romanos. Lo que sí se conservaron, en un plano más general, fueron las supersticiones populares, la medicina naturalista y la magia, así como distintas costumbres propias de la familia.

Los celtas del Danubio

Había otra Galia en las proximidades del Danubio, en cuyas orillas vivían unos celtas que también sufrieron el azote de las legiones de Julio César. Por eso pertenecían a la provincia romana de Illuricum, aunque la influencia llegaba más lejos, como se ha podido apreciar al encontrar monedas consulares, lo que demuestra que se mantenían relaciones comerciales.

Los romanos nunca habían estado interesados por Germania, ya que la consideraban un territorio sólo apto para los bárbaros. Sin embargo, se cuidaron de establecer una amplia frontera, lo que había venido ofreciéndoles buenos resultados, al conseguir frenar muchas de las invasiones de esas tribus salvajes. Esto propició los asentamientos celtas.

En el año 6 de nuestra era surgió un aprendiz de héroe, de nombre Marbod, que se atrevió a inquietar el sueño de los poderosos conquistadores. Pero su rebeldía duró muy poco tiempo, ya que Tiberio no sólo le venció sino que le utilizó para pacificar el territorio. Una misión que no pudo realizar, porque le persiguieron sus hermanos de raza, con tanta saña que debió buscar auxilio dentro de territorio romano. Éstos le castigaron con el destierro por haber fracasado.

La singular conducta de Marbod nos da idea de lo que sucedió con los celtas del Danubio: un querer y no poder. Enfrentarse al poderoso con pocos medios, sólo empujados por la fuerza del pasado y, al final, encontrarse superados por la realidad. Algo muy corriente en las leyendas de esta raza

enigmática, donde los dioses y los humanos juegan dramáticamente una partida de resultados imprevisibles, aunque siempre la victoria adquiriera el color de las divinidades.

Los celtas de Bretaña

Bretaña era llamada Armórica en tiempos de los primitivos celtas. Hasta allí habían acudido muchos pueblos, que enseguida comprobaron lo mucho que los nativos miraban hacia el mar, dando idea de que sentían con más fuerza lo que sucedía al otro lado, en la Britania, que a sus espaldas, en la Galia. Habían formado estados, a uno de los cuales llamaron Dommonea, que poblaron los domnoniis de Cornualles; mientras que a otro lo denominaron Cornavia, y lo habitaron los cornavis de Lancaster.

Henri Hubert en su libro «Los celtas de la época de La Têne» nos cuenta lo siguiente:

Tuvieron reyes. En la historia de Cadualla, último de los reyes de Gwyned, que todavía adquirió algún relieve a comienzos del siglo VII, figura un Salomo rex armoricanorum Brittonum, que es contemporáneo de Dagoberto.

Hubo probablemente más de una emigración. Gaufrei de Monmouth sitúa una de ellas en el 664. Después de unos años de derrota, hambre y peste, Cafwallader, hijo de Cadwallo, se había refugiado en Armórica. Añade la historia que esta huida marca el fin de los reyes bretones y el triunfo de los ingleses.

La historia de la Bretaña céltica es todavía más vaga que la de la emigración. La leyenda cuenta de ella nada más que la historia, porque resulta inagotable sobre los parentescos y colaboraciones de los héroes y caballeros de ambas Bretonas: Tristán era un bretón, Lancelot llegó de Francia a la corte de Arturo, éste destruyó al demonio de Mont Saint-Michel, y Merlin iba y venía sin cesar entre ambos países. Esta tradición no se halla desprovista de sentido. En efecto, la Pequeña Bretaña no cesó de mirar hacia la Grande, unida a ella por su marina resucitada, hasta el momento en que entró en contacto con el mismo cuerpo de Francia, que ya no era germánica ni céltica, pero que se había convertido en una nación, y que suavemente la asimiló.

El pueblo bretón mantuvo lo celta

En ningún otro lugar se mantuvo lo celta, a excepción de Irlanda y parte de Galicia, como en Bretaña. Aquí las hadas recibieron el nombre de *korrigan*, y se contaba que predecían el porvenir, sanaban hasta las enfermedades incurables sirviéndose de unos hechizos que sólo ellas conocían, se convertían en cualquier clase de animal y eran capaces de viajar de un lado a otro del mundo sólo con desearlo.

Las *korrigan* podían ser invocadas junto a las fuentes, mejor si se encontraban cerca unos dólmenes, ya que eran los lugares de los que la Virgen cristiana no las había expulsado. Se las representaba cantando y tocando un instrumento musical, pero nunca bailando. Su pasión era la de peinar continuamente sus largos cabellos; y resultaban hermosas durante la noche, para convertirse en unas ancianas poco agradables al llegar el día. La tradición decía que todas ellas habían sido unas grandes princesas, que se transformaron en hadas para no aceptar el cristianismo.

Lo peor de las hadas estaba en su afición por robar niños recién nacidos, ya que los necesitaban para regenerar su raza maldita. Con el fin de engañar a los padres, al menos durante los primeros momentos, introducían en las cunas a los *korr* o *trascos*, que eran unos enanos.

Estos enanos reunían casi el mismo poder que las hadas, pero su aspecto resultaba muy distinto: negroides, velludos, achaparrados, repulsivos y con uñas de gato. Siempre cargaban con un saco de cuero, que la gente imaginaba lleno de oro. Habitaban en los dólmenes, pues eran sus constructores. Falsificaban monedas y resultaban unos herreros extraordinarios, ya que sus forjas las ocultaban en el fondo de las cuevas más inaccesibles.

Deben servirnos estos dos ejemplos, las hadas y los enanos, para valorar el hecho de que en Bretaña se mantuvo lo celta con una fuerza indestructible. Lo mismo que se conservó el idioma, con unas ligeras modificaciones. Fauriel llegó a considerar que *la vieja lengua bretona se ha preservado en un estado de pureza que nadie sospecharía*. A esto añade Agustín Thierry: *Los pobres y los campesinos de Bretaña se han mantenido fieles a su vieja lengua nacional, y la han defendido a través de los siglos con la tenacidad de memoria y de voluntad propia de los hombres de la raza celta*.

También mantuvieron sus leyendas, su tradición y el deseo de independencia. Pero alimentado por unos pocos, que nos han dejado espléndidos testimonios, como el libro de Barbaz Breiz «El misterio celta», en el que se recogen los más espléndidos relatos de la Bretaña, todos los cuales se atribuyen, como «recolector y traductor», al vizconde Hersart de la Villemarqué.

Capítulo XIII

LOS CELTAS INSULARES

Un héroe llamado Comn

Comn fue un jefe celta nacido en la Galia, dentro de la tribu de los atrebatos, que llegó a ponerse al servicio de Julio César. Sin embargo, en una de esas etapas del despertar nacional, que ya hemos mencionado en el capítulo XI, se atrevió a sublevarse contra los conquistadores. El motivo fue muy personal, debido a que se vio traicionado por un oficial romano y no dudó en reprochárselo delante de la gente y, luego, hasta le golpeó. Esto le hizo reo de un delito muy grave, del que escapó sobre un veloz caballo.

Como era un gran guerrero, fue aceptado en uno de los ejércitos rebeldes. Pronto se convertiría en jefe de un numeroso grupo de celtas, todos los cuales habían sobrevivido a varias derrotas, en las que perdieron a amigos y familiares. Pelearon con uñas y dientes por su libertad, hasta que al verse tan acosados decidieron navegar a la Britania.

Llegaron al sur de la isla, donde ya se encontraban los hijos de los celtas belgas. Allí Comn pudo establecer un pequeño reino, que viviría en paz durante varias generaciones y sería gobernado por tres reyes, todos ellos hijos del héroe galo. Como durante este tiempo no se sufrió la presencia de Roma, la civilización celta se extendió hasta calar muy hondo en grandes capas de la población. No obstante, como sucede con todo lo que llega a esta maravillosa isla, el arte, las costumbres y hasta la religión acusaron una serie de modificaciones, sin que pueda decirse que dejaran de ser celtas.

En realidad lo celta puede circunscribirse a una zona situada en el sur, que se debe limitar en el norte desde el canal de Bristol al Wash. Tierras en las que se desarrollaron unas sesenta ciudades, todas las cuales debían componerse de campesinos, ganaderos y pescadores. Sin embargo, respondiendo a ese comportamiento tan contradictorio de los celtas, lo que para muchos historiadores constituye un enigma, no se preocuparon de crear una flota defensiva. Si Comn y los suyos habían escapado por el mar, ¿cómo no pensaron que los romanos podían seguir la misma ruta?

Las expediciones romanas

La primera expedición romana llegó a la Britania en tiempos de Calígula, pero fueron expulsados por los celtas de Cunobelinus. En varias

ocasiones se repitió el mismo proceso, hasta que los invasores aprendieron tanto de las costumbres de la isla, que se sirvieron de una añagaza: con el pretexto de detener a dos desertores, consiguieron establecer una pequeña guarnición.

Una cabeza de puente que, al cabo de dos o tres meses, se convertiría en el punto de arranque de una invasión firme, que ya no cedería en sus ansias de expansionarse cada vez más. Los jefes celtas intentaron frenar a los romanos, sin conseguirlo. Muchos de ellos morirían en el campo de batalla y otros se suicidarían, como los antiguos galos, al haber fracasado ante su pueblo. Sólo uno pudo salvarse, Caraticus, gracias a que era tanta su elocuencia que dejó atónitos a los componentes del Senado de Roma, donde había sido llevado prisionero.

A partir de una colonia establecida en Camylodunum, a la que se unieron varios pequeños fuertes, las guarniciones romanas no dejaron de crecer. Hasta que debieron detenerse en la isla de Alglesey, donde se encontraba el santuario druídico más importante de la Britania. En éste habían encontrado protección muchos fugitivos, debido a que los «sabios de los árboles» alentaban la lucha contra el invasor. Luego de unos meses de asedio, Roma se apoderó de aquel baluarte, lo que le sirvió para seguir progresando. Algunos de los más grandes personajes del Imperio tomaron parte en esta conquista, que en ningún momento puede considerarse un paseo. Porque ante un acto tiránico, acostumbraba a aparecer el héroe que sublevaba a un importante núcleo de tribus, cuyos miembros llegaban a causar fuertes daños al invasor; sin embargo, irremisiblemente, terminaban por ser vencidos. Lo que no desanimaba a los demás, ya que esperaban la ocasión de reaccionar.

La matanza de Mona

En el año 50 de nuestra era estalló una sublevación general, que puso en grandes aprietos a los legionarios romanos, muchos de los cuales no se adaptaban al clima de la isla. El héroe celta que mandó a los patriotas se llamaba Caradawc, y tuvo el mérito de hacer creer a los suyos que podían obtener la victoria definitiva, luego de una serie de batallas ganadas. Sin embargo, la traición de Cartinmandua, la reina de los brigantes que deseaba el apoyo de Roma y cobrar la recompensa que se había puesto a la cabeza del jefe rebelde, acabó con todas las ilusiones. Con ello Caradawc pasó a engrosar la galería de personajes míticos de la leyenda céltica.

Todavía quedaron algunos focos de resistencia, el más importante de los cuales se encontraba en Mona, otra de las islas sagradas de los celtas, donde vivía un importante núcleo de druidas. Allí había unas fértiles tierras de cultivo, además de un famoso santuario, lo que supuso un excelente cobijo para todos los que huían de los romanos.

Como jefe de estos fugitivos se eligió al brigante Venusio, que había repudiado a Cartinmandua por su traición. La isla se convirtió en una barrera infranqueable durante unos meses, hasta que Suetonio decidió servirse de todas sus legiones, al saber que estaba en juego la conquista definitiva de la Britania.

Antes realizó una jugada de estrategia: el abandono de las guarniciones situadas en la costa, frente a Mona, y esperar dos semanas, para dar la impresión de que se había desistido de la idea de atacar el santuario druídico. En el momento que los espías anunciaron que las defensas habían sido abandonadas, al estar celebrando los celtas unas fiestas religiosas, se ordenó la invasión. Resultó tan efectiva que ha pasado a la historia como «la matanza de Mona».

Como acostumbraba a suceder en estas tragedias, los romanos no mostraron ningún tipo de piedad. El exterminio puede considerarse total; además, a los cadáveres de los druidas se les cortó la cabeza y, luego, se arrojaron al mar, porque se sabía que esto les impediría «reencarnarse» en el otro mundo.

La venganza tuvo nombre de mujer

Cuando los celtas se enteraron del sacrilegio, unido a la matanza llevado a cabo por los romanos en Mona, se alzaron en armas. La reina Boadicea se puso en cabeza de esta nueva rebelión, con el único deseo de cobrarse venganza. Sus acciones bélicas han sido consideradas como las más sangrientas realizadas por los celtas en la Britania. Varias ciudades romanas fueron arrasadas y sus habitantes degollados o sacrificados ante la diosa Andrasta, a la que se dedicaban las victorias.

Sin embargo, como venía sucediendo con demasiada frecuencia en los últimos siglos, los celtas se encontraron con otro imponderable. En este caso no fue un cataclismo geológico, ni una gran tormenta. Lo que se produjo fue un fallo imperdonable de estrategia: a nadie se le ocurrió estudiar el terreno donde se iba a librar la batalla contra dos legiones romanas, pues resultó demasiado pedregoso, lo que impidió que los carros celtas pudieran maniobrar.

Mientras sí lo hicieron los jinetes y los arqueros enemigos. Esto supuso que para todos ellos el combate fuera como ir de caza, a pesar de que los celtas dieran grandes muestras de heroísmo. Algo normal en unos seres humanos que no temían a la muerte, y que seguían combatiendo materialmente desnudos. Inútiles esfuerzos, a pesar de que no dejaran de ennoblecer la memoria de su pueblo. Ante la evidencia de la derrota, Boadicea se envenenó. Ya sabemos que éste era el comportamiento de los jefes de su raza: había fracasado ante su pueblo y debía pagarlo con su vida.

En los meses sucesivos, los celtas siguieron formando unas grandes barreras defensivas, a las que se unieron los brigantes y los siluros. Pero cada uno de ellos, tarde o temprano, fue sucumbiendo ante un ejército bien entrenado en las batallas sobre todo tipo de suelos y de climas. Además, lo que tan eficaz había resultado en la Galia, los cuerpos de espías y los «compradores de traidores» se extendieron por toda la isla como las malas hierbas en un jardín. Ya se sabe que alimentando la codicia, la envidia y las rivalidades existentes en todas las familias, es posible desencadenar una gangrena de imposible curación.

Esto llevó a que en tiempos de Agrícola, que era suegro de Tácito, la Britania hubiera sido materialmente conquistada. Era el año 80 de nuestra era. Lo que faltaba siguió cayendo igual que había sucedido en la Galia luego de haber sido derrotado Vercingetorix.

Singularmente, unas regiones situadas en Caledonia y en la zona central del país de Gales no fueron invadidas. Quizá se debió al misterio que encerraban sus tierras montañosas, a la desolación de su llanura y a lo inhóspito de su clima. Unos lugares que terminarían por recibir a numerosas colonias irlandesas.

«Regala y vencerás»

El procónsul Agrícola se hizo famoso por la astuta manera de doblegar la voluntad de sus súbditos de una forma muy sutil: «regala y vencerás». Como sus arcas nunca dejaron de estar llenas, se cuidó de construir casas a la romana, cuyos primeros huéspedes fueron los jefes nativos. También fundó escuelas, que

puso al servicio de los hijos de aquéllos. Una de sus más eficaces iniciativas consistió en regalar ropas, joyas, utensilios y otros objetos traídos del continente, que nadie se atrevió a rechazar por lo tentadores que resultaban a simple vista.

Conviene resaltar en este punto que los ingleses no creyeron, siglos más tarde, que sus antepagados hubieran estado tan sometidos a Roma. Pero unas sucesivas excavaciones arqueológicas, en las que se descubrieran muchas casas de aquella época, les convencieron de su equivocación. Otro de los aciertos de Agrícola fue convertir las guarniciones en ciudades, lo que eliminaba, en parte, la sensación de vigilancia que pudiera sentir el británico. Hábil manera de hacer creer a la presa que no se encuentra dentro de una jaula.

No hay duda de que los romanos habían aprendido bien la lección, lo que les llevó a integrarse más con el pueblo. Por otra parte, sin pretender pecar de frívolos, las mujeres británicas eran muy bellas, lo que facilitó la proliferación de matrimonios mixtos. Algo que estuvo unido a la existencia de casi treinta ciudades, cuyo nombre estaba precedido de *Cair*; que derivaba de *Castrum*, luego eran de origen romano. En ellas se hablaba latín y se imitaba el comportamiento de la metrópoli.

Todo lo anterior está muy lejos de probar que en la Britania ocurriera lo mismo que en la Galia, debido a que la romanización se puso de manifiesto en lugares muy precisos, sin que se extendiera a toda la isla. A los que sí afectó fue a los nobles, nunca a los campesinos o a la otra gente humilde, excepto a los que vivían en esas ciudades ya mencionadas.

El cristianismo supuso la herida mortal

La presencia de Roma en la Britania finalizó por el acoso de los guerreros del norte, en especial los anglos y los sajones. Esto supuso que, de nuevo, los celtas quedaran en medio de otras culturas. Como llevaban demasiado tiempo luchando por su supervivencia, se concentraron en el País de Gales, Escocia y la isla de Man. También un importante núcleo volvió al continente, para establecerse en Armórica, donde ya estaban viviendo unas tribus hermanas.

Al mismo tiempo que todo lo anterior ocurría, en la Britania se producía otro tipo de invasión más eficaz y, en apariencia, nada violenta. Nos estamos refiriendo a los misioneros cristianos, cuya labor resultó tan fructífera que terminaron por convertir a los sajones, que habían traído a la isla otras religiones, en las que no debían creer demasiado cuando se dejaron convencer por las nuevas que estaban conociendo. Por otra parte, los «sembradores» de estas nuevas creencias resultaban muy convincentes.

El mérito de esta labor apostólica se atribuye a San Agustín y a San Gregorio. Puede decirse que a principios del siglo VII la Britania era materialmente cristiana, lo que supuso el golpe definitivo para los celtas que vivían fuera de Escocia y País de Gales.

El reino de Tara

En Irlanda se encontraban varias tribus celtas, como los goidelos, los pictos, los bretones y los belgas. Gracias a que no habían sufrido las invasiones romanas, aunque su influencia, al menos cultural, se dejaba notar en algunas modificaciones de las costumbres, se pudo crear el reino supremo de Tara. Éste fue a coincidir con la presencia en la isla del más famoso de los predicadores

cristianos, el cual terminaría convirtiéndose en patrono de Irlanda. Nos referimos al futuro San Patricio.

También en este periodo nacieron los dos ciclos de epopeyas irlandesas, llamados de Ulster y de Leinster. Unas historias «magnificadas» de lo celta, cuya lectura nos permite entender la razón de la permanencia de esta cultura a lo largo de los siglos. En una isla tan extraordinaria también lo que iba llegando se modificaba, como si se quisiera dejar su impronta en todo lo que se asimilaba. Lo apreciamos en la manera de variar el alfabeto latino, para convertirlo en el irlandés, que se componía de veinte letras y había suprimido la X y la Y. Se basaron más en los sonidos que en la escritura, debido a la repulsión que los celtas, más bien los druidas, sentían hacia la escritura.

Otra de las cosas que Irlanda copió de Roma, a cuyos representantes militares conoció por el comercio de vino y una gama variada de productos que realizaba con los británicos, fue la institución de un ejército permanente. Le dio el nombre de *fianna*, a la que se elogia en los ciclos de epopeyas de Finn y de Leinster. Toda una novedad, pues a ninguna otra región celta, tanto en el continente como en las islas, se le había ocurrido mantener unas tropas a sueldo en tiempos de paz.

Irlanda estaba compuesta por cinco reinos, hasta que se creó el supremo de Tara en el año 483. A partir de este momento se organizaron otros dos más, luego eran siete: Meath, Connaught, Ailech, Oriel o Argialla, Ulster, Leinster y Munster. Todos dependían del primero, al que se llamaba Tara. A pesar de que estas gentes se sintieran tan apegadas a la tierra, la siempre dura y amada, dejaban de ser materialistas al interpretar sus principales instituciones, lo que les llevó a ver Irlanda como una hermosa princesa, sublime y etérea, casi inalcanzable.

La gran influencia de San Patricio

El cristianismo llegó a Irlanda antes de la presencia de San Patricio. Se supone que éste lo hizo en el año 432, aunque hay historiadores que sitúan esta fecha más cerca del 470. Lo que forma parte de la leyenda es considerar que el gran predicador fue esclavo en Irlanda, a la que volvió por inspiración divina. Es posible que el mito obedezca al empeño del santo por abolir la esclavitud y todo tipo de tiránico sometimiento.

Como sus predicaciones eran muy claras y directas, al conocer todos los recursos de la lengua irlandesa, supo llegar al pueblo de una forma rápida. Los celtas más sencillos se convertían al oírle, mientras los demás le consideraban su amigo o, al menos, alguien que merecía respeto. Se supone que este mensaje cristiano fue el causante de que terminara por desaparecer *lafiana* o el ejército permanente, lo que se comprueba al producirse una invasión en el año 684, debido a que la isla se encontraba indefensa.

A San Patricio le acompañaron otros futuros santos, como Columbano, todos los cuales consiguieron, junto a los monjes de Ionizar, colonizar la isla. Se fundaron un gran número de monasterios y otros centros de reunión religiosa, en los que surgieron aulas de doctrina teológica y, lo más importante para lo celta, se comenzaron a copiar las leyendas. Esto ha de verse como el mismo paso literario que supuso para Grecia la transcripción de los grandes textos homéricos.

Algo que nos permite comprender la adoración del pueblo irlandés ante la figura de San Patricio: éste amó tanto la isla, la entendió con tanta profundidad, que vio la necesidad de recuperar el pasado celta, aunque se refiriera a una

civilización pagana. Gracias a esta decisión los amantes de la literatura hemos podido satisfacernos con unas historias fantásticas, la mayoría de las cuales alimentaron a los trovadores y, siglos más tarde, a los grandes escritores del romanticismo y, en la actualidad, a Tolkien y a los demás novelistas que beben de las sagas artúricas y de tantos otros mitos drúidicos.

Algo que no podemos olvidar, dentro de la euforia que hemos podido sentir al reconocer la importancia de ese «rescate» de lo celta, es que los monjes irlandeses convirtieron sus monasterios en centros culturales de primer orden. Cuando se entendería que careciesen de experiencia, ya que acababan de ser inaugurados, se encontraron recibiendo a los hijos de la nobleza británica, a los que educaron. En sus acogedoras celdas escribirían numerosos poetas y otros intelectuales.

El final de la edad de oro de Irlanda

La edad de oro de Irlanda nació con la presencia de San Patricio y duró unos tres siglos. Largo tiempo de paz y prosperidad, en los que el cristianismo convivió con lo celta, porque los hijos de la «civilización de los árboles» habían prescindido de sus rituales sangrientos y, sin dejar de mantener las viejas tradiciones, asistían a las iglesias. Mientras tanto, se iban produciendo pequeñas guerras dinásticas, que por su corta duración no dejaban de constituir breves alteraciones de la normalidad. También se abandonó Tara, como otras ciudades, al haber sido más unas guarniciones militares que unos núcleos urbanos.

A finales del siglo VIII, la isla de la paz y la cultura comenzó a inquietarse ante el ataque de los piratas escandinavos. Como se encontraba materialmente indefensa, no puede extrañarnos que estos extranjeros llegaran a conquistar Dublín, a la que fortificaron, lo mismo que harían con otras ciudades muy importantes. En los años sucesivos la isla se convirtió en el centro de luchas entre escandinavos, noruegos y daneses, a los que el pueblo irlandés terminó por llamar «paganos negros», más por su violencia que por su piel o por el color de sus cabellos, ya que la mayoría eran rubios. Una pesadilla de la que tardarían mucho tiempo en librarse, lo que se consiguieron en 1014 con la batalla de Clontarf.

Cuando los escandinavos fueron expulsados de la isla, lo que pudo recogerse ya sólo eran migajas de un pasado. Las gentes, la cultura y la ilusión colectiva se hallaba por los suelos. Entonces los cristianos alimentaron un movimiento cisterciense tan duro, que llevó al papa Adriano IV a solicitar la intervención del rey de Inglaterra. Con esto se dio pie a una nueva conquista: la normanda.

Alguien ha escrito que ésta conquista fue una de las peores, lo que está lejos de la realidad. Pero sí trajo la intranquilidad permanente, que duraría muchos siglos. A una época de establecimiento de los normandos, seguía otra de levantamientos de la nobleza irlandesa, sin que la paz llegase nunca.

El desenlace de tan fabulosa aventura lo reflejó Henri Hubert en su libro «Los celtas desde la época de La Tène»:

Esta fue la historia de los celtas: grupos de tribus arias que tuvieron conciencia de su originalidad y cubrieron con sus emigraciones la mitad de Europa. Fueron vencidos y se confundieron con nuevas naciones. En las islas, resistieron. Más tarde, debieron retroceder. Al replegarse sobre sí mismos, se vieron asimilados parcialmente por el Imperio Romano. Lo que sobrevivió a la caída de los Estados célticos bretones terminaría por ser absorbido por los

normandos, los últimos germanos que emigraron. No queda ya más que una pequeña nación indomable y vigorosa, en un extremo de sus primeras conquistas, y tras ella, en Escocia, en el País de Gales, en Bretaña francesa, comunidades de lengua céltica que han perdido el carácter de naciones, pero no de individuos pertenecientes a la cultura céltica.

La importancia de los monasterios irlandeses

Luego de haber dado un repaso a la historia de Irlanda, conviene volver a los tiempos posteriores a San Patricio, al interesarnos mucho la actividad de los monasterios, sobre todo los de Colum Cille. Allí la enseñanza era casi gratuita y no sólo se impartía religión. La única contribución que se le exigía al alumno era un pequeño trabajo, que bien podía ser la pesca, el cuidado de los cultivos o hacer de copista de manuscritos.

Así se comenzaron a transcribir las leyendas célticas, debido a que, según cuenta la leyenda, entre los alumnos había algunos bardos. Pero no se conformaron con recordar, como se puede apreciar en los libros y códices que aún se conservan: la filigrana de las escrituras, unida a la belleza de los entrelazados de los márgenes, dan idea de que quienes los realizaron tenían espíritu de artesanos de la más refinada joyería.

Cada una de estas obras hoy día constituyen el sueño de los más adinerados coleccionistas, por su valor artístico y, sobre todo, porque constituyeron los cimientos del mito celta irlandés.

Dos grandes refugios de la sabiduría irlandesa

Cuando los escandinavos comenzaron a invadir Irlanda, los monasterios dejaron de ser un refugio seguro. Al cabo de los años varios *peregrinis* navegaron hasta el continente. Uno de estos fue San Columbano, el cual recorrió varias cortes europeas sin ser bien comprendido, hasta que fundó, junto con San Gall, el monasterio que lleva el nombre de este último.

Poco más tarde, Columbano creó otro en Lombardía, al que se dio el nombre de Bobbio. La importancia de estos núcleos religiosos radicaba en sus bibliotecas, porque en las estanterías de las mismas se fueron depositando las obras más importantes de la cultura occidental. Si disciplinas como las matemáticas, gramática, geografía y música tenían un lugar destacado, no era un rincón lo que se había reservado para las obras llamadas «profanas», como las de Virgilio, Horacio, Juvenal, Ovidio, Cicerón, Séneca, etc. También para importantes escritos sobre los celtas irlandeses. No obstante, estas últimas obras se escribieron allí, al haber conseguido San Columbano reclutar a varios compatriotas, que no sólo eran unos excelentes copistas, sino que recordaban las viejas historias.

Curiosamente, en el monasterio de San Gall se impartía una enseñanza de corte celta, pues lo mismo se contaba con alumnos religiosos que con seglares. Una costumbre propia de los druidas. Para que el parecido resultara más exacto, lo que no creemos que fuera intencionado, se prefería más la memorización de los textos que la escritura de los mismos. No vamos a escribir que se prohibiera la escritura, pero sí se quería que el alumno recordase con la mayor exactitud lo que se le enseñaba, de tal manera que lo hiciera suyo sin tener que ayudarse de una copia.

Estos dos monasterios no dudaron en abrir las puertas a una gran cantidad de los *peregrinis* que iban llegando de Irlanda. La fama de estos monjes se extendió por toda Europa, como una especie de salvoconducto que les permitió acceder a las cortes más importantes. Dos de ellos consiguieron que Carlomagno fundara unas escuelas monásticas en Lieja y en Pavía. Y un tercero, el celta Dicuil, se convertiría en el consejero personal del mismo emperador.

Dicuil mostró ser un héroe de las ciencias, porque formaba parte de esos sabios que, sintiendo una gran curiosidad por todo lo que significara conocimiento, se convirtieron en maestros de múltiples materias. En este caso fueron la geografía, la astronomía, las matemáticas y otras muchas más. Quienes han escrito sobre Dicuil le atribuyen el estudio de la longitud de los años solares y lunares, de las distancias entre la Tierra y los planetas, así como sobre las revoluciones de todos éstos, mucho antes de que a cualquier otro científico occidental se le ocurriera pensar ni siquiera en ello. Una hazaña intelectual que es poco conocida, por el hecho de que este celta irlandés no pertenecía a la casta de los poderosos de la época, a la vez que los escritos que podían testimoniar sus logros fueron destruidos.

Otros dos grandes sabios celtas

Otro monje irlandés que asombró a la corte de Carlomagno fue Sedulius Scottus, el cual llegó a Lieja en el año 848. Como ante todo era un poeta, no le suponía ningún esfuerzo hablar en verso hasta en una simple conversación. Nunca lo hacía por pedantería, ya que sus intenciones eran burlonas o irónicas, aunque sin herir a quienes les escuchaban. Siempre lo hacía en un latín muy elegante, lo que ayudó a que contase con más admiradores que detractores. Uno de los primeros fue Carlos «el Calvo», sobrino de Carlomagno, el cual nunca se cansaba de repetir la anécdota protagonizada por Sedulius al escribir al obispo de Lieja una queja en verso, por considerarse maltratado como huésped de un monasterio, cuya comida le pareció infame.

Un segundo sabio irlandés fue Johannes Scottus Eriugena, amigo del anterior. Como era un celta más serio, y acaso también más profundo en la solidez de sus conocimientos, llegó a escribir una obra muy comprometida sobre la idea de Dios en relación con el mundo, que tituló *De divisione naturae*. Pocos la criticaron, más la bien la consideraron el primer trabajo filosófico de la Europa occidental, ya que influyó en el desarrollo del humanismo de la Edad Media cristiana.

Los viajes de Brandan

Ya hemos escrito que los copistas irlandeses se cuidaron de transcribir las antiguas leyendas celtas. Una de las más famosas fue la titulada *Navigatio Brendani*, en la que hábilmente se había «cristianizado» a Brandan, un héroe pagano, para contar como éste, en su condición de monje emprende un gran viaje por el mar. Su destino es la Tierra de Promisión, cuya existencia le ha sido revelada en un sueño. Como le acompañan varios monjes y marineros, todo este grupo humano no deja de vivir en medio de unos continuos conflictos, que se entremezclan con la aventura.

Uno de los momentos cumbres del relato aparece al encontrarse con Judas Iscariote, el cual se ha tomado un respiro en sus trabajos diabólicos dentro del

infierno. Más adelante, se detienen en un isla para festejar la Resurrección. Pero, en plena celebración, descubren que la isla es el lomo de una ballena. Muchos perecen en su huida, hasta que Brandan y los sobrevivientes llegan a unas tierras, donde pueden disfrutar de unas frutas sabrosas y de unos manantiales, cuyas aguas los adormecen. Por último, alcanzan su destino en la Tierra de Promisión de los Santos y, luego, regresan a Irlanda para que las gentes conozcan sus peripecias.

Esta historia se convirtió en una de las más populares de la Edad Media, por eso se tradujo a todas las lenguas conocidas. Tanto se repitió en el seno de las familias, que llegó considerarse auténtica, por eso algunos cartógrafos incluyeron la Tierra de Promisión en las mapas del océano Atlántico. También varios amigos de las quimeras, consideraron que la existencia de esa isla mítica, que debió servir para que se aprovisionaran los barcos que navegaban hasta el Nuevo Mundo, probaba que los irlandeses fueron los primeros que pisaron las costas americanas. Teoría que no anda muy descaminada, siempre que los irlandeses formasen parte de los normandos que sí lo hicieron, ya que sobre la llegada de éstos existen sólidos testimonios históricos.

La hermosa poesía celta

Podemos imaginar a los escribanos irlandeses copiando textos religiosos, en un proceso bastante monótono, debido a que en muchas ocasiones sólo se cuidaban de dos o tres páginas de la obra, cuando no de una sola, que debían repetir acaso cada semana o en espacios más cortos de tiempo. Hasta que cierto día, uno de ellos se atrevió a transcribir una poesía «profana» escuchada a sus abuelos al calor de la lumbre o en un momento de descanso, luego de pasear por esos frondosos bosques celtas. En ambientes que alimentaron el amor por lo suyo, cuyo mejor testimonio es el recuerdo de lo que nunca se puede olvidar, al formar parte de esa cosecha que fructifica en la zona más nobles de la memoria de un patriota. Leamos una de esas poesías:

*Noticias traigo:
brama el ciervo, el invierno nieva,
el verano pasa; el viento fuerte y frío,
bajo el sol, corto su cortejo,
fuertes los mares; helechos rojizos,
forma sesgada, el ganso salvaje eleva
el grito acostumbrado; el frío queda cogido
en las alas de un pájaro, tiempo de hielo:
esto oigo yo.*

Es una poesía llena de símbolos, que acaso sólo entendieran los celtas. Las frases son bellas, pero juntas no dejan de componer un todo incoherente. Lo que no le sucede a otra poesía escrita por un irlandés anónimo, que debía ser más ingenuo que el anterior.

*Un muro de bosque aparece por encima,
y dulcemente el mirlo canta;
todas las aves componen una melodía
sobre mi cabeza, mis libros y mis cosas.
Allí canta para mí el cucú*

*en la ciudadela de árboles con gris caperuza
¡Destino de Dios! Que Dios me proteja,
Para escribir bien bajo el gran bosque.*

Un tercer poeta anónimo pareció sentirse algo culpable al escribir sus versos celtas, lo que podemos comprobar al leerlos:

*Supone una deshonra para mi pensamiento
cómo camina errante;
me causará vergüenza
en el Día del Último Juicio.
En la hora del salmo se precipita
sobre un sendero que es extraño,
corriendo, delirando, obrando mal
en presencia de Dios.*

*Para gozar de la compañía de mujeres,
la condición no virtuosa,
a través de bosques y ciudades
más rápida que el viento.*

No hay duda de que estos versos encierran una cierta timidez en su autor o transcriptor, un miedo a ser sorprendido con un pensamiento excesivamente sensual, lo que no sucede en las leyendas celtas. En éstas el héroe se aproxima a los dioses, a los que terminará igualándose por méritos de sus proezas fabulosas, tan ricas en acontecimientos inverosímiles, que se hacen creíbles dentro de un entorno sobrenatural. Es posible que al resultar tan grandiosos estos textos, a la vez que demasiado agresivos, quienes los conocían prefirieron dejarlos dormir en los escritos. No podemos olvidar que Irlanda era cristiana, acaso con un concepto más conservador que otras iglesias de Europa, luego sus censores hubiesen ordenado la quema estos textos paganos.

La resurrección de los mitos irlandeses

Afortunadamente, son miles los escritos que se conservan de aquellos magníficos tiempos, en los que unos generosos monjes permitieron que fueran copiadas las viejas tradiciones célticas. Hoy día todos ellos se conservan en bibliotecas, como la de la Real Academia Irlandesa de Dublín, y en otros lugares, donde son tratados como tesoros.

Hasta uno de esos depósitos de cultura llegó Standish O'Grady, igual que lo haría el arqueólogo o el explorador ante la cueva, más allá de cuya entrada misteriosa se ocultaran las riquezas incalculables de Salomón. Piedra a piedra, paso a paso, el tenaz investigador fue adentrándose en un universo que ni siquiera había imaginado. Su propósito inicial era escribir la verdadera historia de Irlanda, su país. Sin embargo, al encontrarse con aquellos diamantes y esmeraldas quedó deslumbrado.

Un deslumbramiento intelectual, nunca el relámpago que ciega para siempre, lo que le permitió redactar unos relatos populares, en los que fue moldeando a personajes como Fir Bolgs, Fomoiri, Melesians, Cúchulainn y muchísimos más. Todos ellos con tanta entidad literaria, que se dispararon fuera de las páginas, para fascinar a millares de lectores y lectoras.

De esta manera la resurrección de los mitos celtas ayudó al renacimiento de la literatura irlandesa, cuyos representantes más destacados fueron William Butler Yeats, John Millington Synge, George Russell y Lady Gregory, entre muchos otros. Todos escribieron novelas, cuentos, obras teatrales, poesías y ensayos, con tanta riqueza literaria que convencieron a un pueblo entero de que contaban con un pasado muy rico. De esta manera lo celta se unió al sentimiento patriótico.

Cúchulainn, el héroe de los rebeldes

Puede decirse que Cúchulainn fue el principal símbolo utilizado por los rebeldes irlandeses en la Pascua de 1916. Uno de los mayores instigadores de la misma, el maestro de escuela Padraic Pearse, lo utilizó también para impartir sus enseñanzas de gaélico, el idioma del país que todavía conserva muchas raíces celtas. En la misma puerta del aula se cuidó de colocar una figura del héroe mítico, con el fin de que sus alumnos le imitaran dando pruebas de valor y de coraje.

Si el soñador que era Pearse quería llenar Irlanda de Cúchulainn, a él le correspondió un destino heroico al ser fusilado por el ejército británico, luego de ser condenado por su condición de jefe de los rebeldes. Una muerte que no resultaría inútil, ya que junto con las de otros muchos, unido a distintos tipos de manifestaciones, consiguió la independencia de Irlanda. Un acontecimiento que tuvo lugar en 1937, luego de haber padecido este país, e Inglaterra, una cruel sangría de hombres y héroes. Como se ve, en la Historia muchas veces los sueños se convierten en eficaces armas de combate.

Como cierre de este capítulo merece la pena recurrir al texto de Duncan Norton-Taylor, autor de «Los celtas»:

Actualmente, la herencia de los antiguos celtas, tan orgullosamente proclamada por los miembros del renacimiento irlandés, está siendo examinada y estudiada por fin del modo que se merecía. La historia —no sólo las antiguas crónicas sino también la moderna— no siempre ha tratado amablemente a los celtas. La civilización occidental ha tendido a subrayar la enorme deuda que ha acumulado respecto a las civilizaciones de Grecia y Roma, mientras que casi ha ignorado la herencia celta.

Capítulo XIV

LOS CELTAS EN ESPAÑA

Los primeros celtas

A través de los Pirineos llegaron a la Península Ibérica algunos pueblos indoeuropeos, celtas o celtizados, desde los siglos X y IX a.C. Las invasiones se prolongaron durante mucho tiempo, con lo que afectaron a todas las zonas. Estas gentes eran portadoras de una cultura propia, nacida a finales de la Edad de Bronce y a principios de la de Hierro (periodo conocido como hallstático), que en España perduró muchos siglos.

En esta larga fase los celtas formaron varios grupos culturales, que cubrieron hasta el periodo de la Tène. A partir del siglo V se comenzó a mostrar claramente, a excepción del territorio ocupado por los vascones, una zona mediterránea de cultura ibérica y otra de cultura celta que se extendía por todo el oeste.

Los invasores se habían ido uniendo con poblaciones anteriores, lo mismo que en ciertas comarcas lo habían hecho con los iberos (celtíberos). Las fuentes escritas nos han transmitido el nombre de algunas de estas tribus: celtici, compsi, heribraces, vaccei, gallaeci, vettones, nervii, cantabri, etc.

Entre sus ciudades aparecen nombres con terminaciones típicamente célticas: Segobriga, Attacum, Bisuldunum y otras. Lo mismo sucede con distintos topónimos y con nombres de personas y divinidades. La población de un territorio se dividía en tribus, y éstas, frecuentemente, en gentilidades.

Los celtas habitaban en casas de planta rectangular y a veces circular, agrupadas en poblados casi siempre fortificados. Incineraban a los difuntos con sus ajuares personales. Algunas tribus vivían preferentemente de la ganadería y otras de la agricultura, sin descuidar tampoco la caza. Conocían las artes del tejido y de la cerámica y el trabajo de los metales, en el que sobresalieron. Las tribus más belicosas opusieron una fuerte resistencia a los conquistadores romanos, sobre todo en el siglo II a.C. En España sucedió lo mismo que en la Galia y en los demás países europeos, ya que durante casi dos siglos se mantuvo la resistencia. También se contó con un gran héroe celta: el lusitano Viriato.

Un héroe celtíbero

A pesar de que los historiadores no se pongan de acuerdo a la hora de considerar si la unión de los celtas y los iberos dio pie a una especie de "nueva

raza", los celtíberos, nos apuntamos a la idea de que en la fusión primó más lo celta. Por esta causa el cambio de nombre no resta mérito a la raíz del origen.

El comportamiento de Viriato presenta todas las grandes contradicciones de lo celta. No hay duda de que poseía madera de héroe. Pudo nacer en la Lusitania (el Portugal actual) hacia el año 170 a.C. Se sabe que fue pastor en la sierra de la Estrella, donde tuvo que recibir una educación militar, lo mismo que alimentó un sentimiento muy apasionado de su territorio, su familia y su raza.

Cuando ya se estaba produciendo la invasión romana de la Península Ibérica, Viriato se convirtió en jefe de las tribus lusitanas que se sublevaron. Sin embargo, como no creía disponer de los suficientes efectivos, buscó alianzas con los celtíberos del interior. Esto le permitió derrotar al cuestor Cayo Plaucio en la Hispania Citerior.

Para disponer una mayor capacidad de maniobra llevó el grueso de su ejército a una zona situada entre el Tajo y el Guadarrama. No tardó mucho en apoderarse de Sogobriga (Cuenca). Como sus victorias terminaron por convertirse en una especie de leva, ya que no dejaba de reclutar gente, Roma decidió combatir la rebelión con su mejor y más despiadado cónsul. Éste fue Fabio Máximo Emiliano, el cual derrotó a Viriato en el año 140 a.C. y, luego, le obligó a firmar un tratado de paz, que no aceptaron los otros cónsules romanos de la Península Ibérica.

Durante este proceso tuvo lugar la destrucción de Numancia, donde los celtas, dentro de la personalidad celtíbera, protagonizaron una de esas gestas sublimes que marcan hitos en la Historia: poner fin a sus vidas antes de caer en manos del enemigo. Un comportamiento que nunca puede ser considerado excepcional en una raza que no temía a la muerte, debido a que en otros momentos lo protagonizó un jefe, al envenenarse o pedir que le mataran o permitieran su suicidio, mientras que en este caso lo protagonizó toda una población.

Unos años más tarde, Viriato sería asesinado por tres traidores pagados por Roma, lo que no ha de extrañarnos, porque era un recurso muy frecuente del invasor. Muchos ejemplos hemos podido mostrar en nuestro libro. Otra cosa es creernos la leyenda que nos dice eso de «Roma no paga a traidores», como frase atribuida al cónsul que debía entregar la bolsa de oro a los asesinos del héroe lusitano.

La gran actividad de los celtas

Entre los productos artísticos de los celtas cabe citar toscas esculturas de guerreros y de animales, pero sobresalieron más en la decoración geométrica, que hallamos en ciertas piedras, vainas de puñales, broches de cinturón, etc. Algunos de estos broches de cinturón son muy notables, así como fibulas, carritos votivos y joyas de oro y plata. En ciertas obras se observan, junto a peculiares características hispánicas, ciertos influjos del Mediterráneo orientas y varios recursos griegos.

Con la presencia de los celtas en la Península Ibérica adquirió una gran importancia la minería, lo que permitió la explotación de infinidad de yacimientos, sobre todo de oro, hierro y sal. Sin embargo, la mayoría de las tribus no tenían un espíritu sedentario, ya que preferían permanecer en un constante movimiento, que en muchas ocasiones les forzaba a vivir del saqueo y del pillaje. Las regiones ocupadas por los tartesios fueron sus primeras víctimas, luego lo

sufrirían muchas otras más, debido a que los celtas se extendieron por toda la Península Ibérica.

Algunos historiadores califican esta conducta de bandolerismo, cuando no dejaba de ser algo innato de la raza celta: organizar partidas para robar ganado, asaltar a las tribus más ricas o cometer infinidad de atropellos civiles significaba mantener el honor guerrero por medio de una mayor riqueza.

Las invasiones también respondían a una necesidad de supervivencia, debido a que cuando las tribus celtas no podían alimentar a todos sus componentes, era obligado que una parte de los mismos, «los que sobran», debieran marcharse a otros territorios. Como éstos ya se encontraban ocupados, no hay duda de que los tomaban a la fuerza. Algo justificable para los celtas, pero no, lógicamente, para las dolidas víctimas.

Un comportamiento que condujo a la mezcla de tribus, a la celtización, en el momento que los grupos más civilizados prefirieron pactar el reparto de las tierras antes que verse sometidos a una guerra. Así en la Península Ibérica los celtas pudieron ser divididos entre aguiluchos y mésetenos.

La gran actividad de estos hijos de la Tène les llevó hacia las regiones del noroeste, sobre a todo a Galicia. A pesar de que esta cuestión merecerá un planteamiento más amplio, nos interesa destacar ahora que en esa hermosa región los celtas se hallaron más cerca de sus lugares de origen. El verdor de sus campos, la gran cantidad de minas, las costas marinas, los dólmenes y menhires y las gentes, todo esto, y más, les invitó a quedarse.

A pesar de que hayamos escrito, anteriormente, que los druidas no parecen haber acompañado a los celtas en las sucesivas invasiones de la Península Ibérica, luego de estudiar las raíces que dejaron en Galicia, no nos queda más remedio que admitir su presencia, al menos en estas tierras. Pudieron llegar por el mar o seguir la ruta esotérica y mágica, que luego se llamaría «camino de Santiago», cuando ya llevaba siendo un sendero recorrido por infinidad de gentes amigas del misterio y, especialmente, fascinadas por esas costas que miraban a un océano «donde se acababa el mundo porque la tierra se hacía agua hasta unos límites infinitos».

La «tosca» belleza de sus monumentos

El celta había sido muchas cosas además de cazador; sin embargo, en la península Ibérica se aficionó a perseguir al jabalí y al toro salvaje. También se sirvió del perro cuando practicaba este deporte, que le mantenía entrenado para la guerra. No despreciaba el hecho de instalar trampas y tender redes, porque los campos y los bosques eran muchos, a la vez que las grandes montañas ofrecían infinidad de lugares donde encontrar a los grandes venados y hasta a diferentes tipos de osos, cuya piel otorgaba mérito de valiente a su poseedor.

En el Duero y el Sistema Ibérico se desarrolló lo que se ha dado en llamar la Cultura de los Verracos, debido a la infinidad de monumentos de «tosca» belleza que esculpieron los celtas, como los famosos Toros de Guisando. Es posible que los dedicaran a esos animales que les daban comida y, al mismo tiempo, les permitían desarrollar su valor y su astucia.

En estas regiones los celtas construyeron castros o viviendas situadas en atalayas, desde las cuales se podía controlar grandes zonas, que rodearon de murallas, fosos y grandes piedras. Con el paso del tiempo, estas viviendas fueron ampliadas, adquirieron una forma rectangular, se las cubrió con una techumbre de paja y se las proveyó de un gran hogar, un horno y un molino manual. También se

instalaron corrales, un poco apartados, y caballerizas. Curiosamente, no se acostumbraba a construir una vivienda especial para los jefes, ya que todas eran iguales. Lógicamente, el interior de la reservada al superior sí que resultaba distinto.

La organización social más hospitalaria

Dentro de las tribus se copió materialmente la organización social que se había mantenido en el resto de Europa. Esto nos lo cuenta Sira García Casado en su libro «Los Celtas un pueblo de leyenda»:

La creciente jerarquización social que se aprecia en esta cultura mesetera desde el siglo V a.C., culminará, como en el resto del mundo céltico, con la aparición de los oppida en el siglo III a.C. Además, al limitar esta zona con la Hispania romana el proceso de estatalización se aceleró por el temprano contacto y la lucha con Roma. Los poblados, transformados en auténticas fortalezas, desarrollaron las formas de gobierno propias de una ciudad estado, con senados, asambleas populares y magistrados. Crearon cecas para acuñar moneda que, según fueran de bronce o de plata, parecían indicar una jerarquización política del territorio, y comenzaron a utilizar la escritura en documentos públicos. Precisamente a través de esos documentos se pone de relieve que las transformaciones sociales, políticas y económicas no habían afectado al carácter esencial de la cultura celta ni en sus costumbres ni en sus creencias.

La hospitalidad era uno de esos rasgos culturales, comunes a todo el mundo celta, y muy necesaria, debido a la fragmentación política, la inseguridad y la guerra que caracterizaron el ámbito celta. Junto con el banquete y la clientela formaron la base de la organización social. La hospitalidad era una forma de regular la solidaridad entre las tribus y consistía en la buena acogida a los extranjeros y en especial a los miembros de otras tribus. Los mercaderes encontraban en esta costumbre cierta garantía de seguridad en su peligrosa vida. A veces esta hospitalidad no se ejercía de forma individual, sino que daba lugar a pactos por escrito en los que una comunidad era acogida por otra. En la Península estos pactos aparecieron en tesoras — tablas de barro cocido en las que se escribían los términos del acuerdo—, que se conservaban por ambas partes como prenda; por supuesto, los caracteres de la escritura eran siempre ibéricos o latinos.

La familia celta en Galicia

La familia celta que pobló Galicia vivía sobriamente, no contaba con esclavos y convertía los momentos festivos en acontecimientos. Le gustaba bailar, cantar o recitar poesías al son de la flauta y las trompetas. Se ignora que se sirvieran de esclavos; pero se tiene una idea muy clara de las funciones reservadas a la mujer, ya que se cuidaba de casi todo el trabajo en tiempos de paz: siembra, buscar oro en los ríos próximos, hilar, tejer, cuidar de la familia, cocinar, lavar la ropa y... ¿Hace falta añadir más tareas, que las había, para considerar que la mujer era una «esclava»?

Sin embargo, ella lo realizaba todo con una gran voluntad, sin queja, porque formaba parte de la tradición, era su esencia. Algo que se puede apreciar en la Galicia actual, al observar la manera de faenar de las mujeres en las aldeas, ya estén en la costa o en el interior. Bravas hembras de una raza superior, que se convertían en sirenas cuando llegaban las fiestas o, en las noches despacibles, al sentarse al calor de

la lumbre para animar a los viejos a que contasen las viejas historias que daban forma a la tradición.

Se cree que el celta de estas tierras intentó repetir lo mismo que hacía en la Galia, por eso la llamó Galicia; pero enseguida se dio cuenta de que se hallaba en un lugar muy distinto. Esto le llevó a ir variando sus costumbres, sobre todo al encontrarse con la gran puerta que era el mar. Lo mismo que ya habían hecho sus hermanos en la Bretaña, ellos navegaron hasta Irlanda y la Britania. Se han escrito leyendas, en las que estas islas se entremezclan con Galicia, de tal manera que uno termina sin saber si «una fundó a las otras o éstas a la una».

La guerra y el comercio

Nos contó Silio Itálico que los celtas gallegos iban a la guerra entonando cantos nacionales, *eran los de más viva voz, pues soltaban unos alaridos estremecedores, que ni siquiera acallaban en el fragor de la batalla, lo que hacía imposible distinguir el momento que habían sido abatidos por el acero. Tenaces en la contienda, preferían la muerte a la derrota...*

También montaban los caballos más veloces y tenían a Rudra, o el viento de la tempestad, como su dios padre.

Desde mucho antes de que llegaran los celtas a Galicia, sus antiguos habitantes habían mantenido comercio con diferentes pueblos, tanto de la península como de otros países, debido a la riqueza de este territorio. Lo mismo hicieron los fenicios, los cartagineses y los romanos, ya que necesitaban el oro que se encontraba en el Sil y el Miño, la plata y el estaño que allí abundaba.

La religión del celta gallego

El celta de Galicia practicaba una religión naturalista. Adoraba al Sol, a las estrellas, a la Luna, al mar, a los ríos, a las fuentes, a la tierra, al fuego, a los bosques y a la montaña. En cualquier sitio podían llegarle las voces de sus dioses. Como veneró tanto a Isis, la Diana celta, debió sufrir mucho al tener que convertirla en la María cristiana.

La misma mutación se produjo al transformar una divinidad solar en el apóstol Santiago, aunque en este caso no produjo sobresaltos, al representar el hijo de Cebedeo un conjunto de elementos esotéricos relacionados con la luz que vence las tinieblas.

Uno de los mitos más firmes es el de Hércules enterrando, bajo la torre que lleva su nombre, a Gerión, el gigante de las siete cabezas, que llegó a dominar toda la Península Ibérica. En el panteón de los dioses celtas que vivieron en Galicia primaban las solares, que centraban en *Endovelico*, el Sol como energía generadora de todo lo existente.

La diosa principal era *Antubel*, representante de la noche, de las sombras, enemiga de la luz y del sol. Ella era la que dirigía la procesión de los muertos, lo que nos lleva a verla como una deidad infernal, jefa de las *meigas* o de las druidesas, y la que mejor conocía la ruta que lleva a Finisterre, «al final del mundo». M. Murgia nos cuenta en su gran obra «Galicia» lo siguiente:

Al culto de las divinidades casi indígenas o que podemos tener por tales, se unió bien pronto el de aquellas otras que la dominación romana introdujo. Hay recuerdos de Asclepio, hijo de Apolo, e Hygia su hermana, dioses ambos de la salud. Hércules jónico, Tellus, Neptuno, Evento, numen del Comercio, Diana y

Júpiter. *Últimamente entraron Isis, Serapis y Sol invicto, cuyos cultos se unieron tan estrechamente a las creencias propias del pueblo gallego, que puede decirse que sus doctrinas y sus misterios formaron el fondo del priscilianismo. Vienen después los dioses lares, las madres, y en compañía de estas divinidades secundarias, se nos presentan las ninfas, las personificaciones de los montes y los ríos, y las divinidades de los castros, cuyos mitos recibían mayor cuerpo y fuerza de las primitivas creencias de nuestros celtas, con los cuales compartió a su hora el imperio de las conciencias el naciente cristianismo, llamado a sustituir el culto de los viejos ídolos y a perpetuar, modificándolas, las doctrinas religiosas de nuestro pueblo. En él se encerraron, como en vaso de elección, las que debían sobrevivir a la general derrota del mundo antiguo, las que, llegando hasta nosotros, son una prueba más de lo positivo de nuestro origen ariano.*

La mayoría de estos dioses, unidos a las costumbres y creencias que generaron, fueron adoptadas por el cristianismo, de tal forma que nos han llegado con otro vestido, cuando en su esencia continúan siendo celtas. Esto lo saben los mismos gallegos, como el culto del agua, en el momento que los chiquillos recogen *la flor del agua fría* en las noches de San Juan.

Dado que los campesinos celtas veneraban las fuentes, a las que hacían ofrendas de grandes panes y recipientes rebosantes del mejor vino, los curas cristianos se cuidaron de colocar en las fuentes la imagen de la Virgen. Una forma pacífica de alterar la tradición, sin prohibirla, lo que el pueblo aceptó de buen grado. Además, estas fuentes continuaron sanando, como dejó escrito un peregrino alemán del siglo XV:

Bajo unos tilos, que son unos árboles de gran frondosidad, brota una fuente en la que acostumbraba a beber Santiago cuando reposaba en aquellos parajes. De aquí a la ciudad (Santiago) sólo hay una etapa a caballo. Nosotros descansamos bajo aquellos árboles y bebimos de la fuente, porque se nos había dicho que curaba las calenturas, al menos durante un año, al hallarse bajo la protección del divino Santiago. No tardaríamos en comprobar que esto era cierto, con mucha alegría por parte de todos...

Los genios y las ninfas protectoras

En cualquier fuente, río o pozo, lo mismo que en el mar, el celta gallego buscaba a sus genios y ninfas protectores. Pero nada aseguraba el bien como el agua caída del cielo, en especial si se hallaba recogida en el interior de las flores o en los huecos formados por las rocas. El druida Merlín, protector del rey inglés Arturo, acostumbraba a repetir:

El agua que el cielo vierte sobre las cavidades de las rocas de los gigantes cierra las heridas y da la vista a los ojos enfermos.

Se sabe que el Miño terminó siendo objeto de veneración, en muchos puntos de su recorrido y, más aún, en sus fuentes. No sólo ofrecía un agua para beber, sino que arrastraba pepitas de oro y mucha salud. Significaba la purificación, lo mismo que los otros ríos. El himno de los druidas proclamaba:

¡Aguas purificantes, llevaos todo lo que puede haber en mí de criminal, todo el mal que he podido hacer violentamente o como un libertino!

A los niños enfermos se los llevaba al río, donde se los bañaba con la camisa puesta y, luego, ésta era arrojada a la corriente. Si se la veía flotar, se tomaba como la mejor señal de que se iba a producir la curación; en caso contrario, se pensaba que la muerte estaba muy cerca.

El efecto purificador lo ofrecían también las aguas del mar. Los celtas creían que las olas curaban, pero si llegaban a sumar el número de nueve, es decir, 3 x 3, significaban la distancia a la que se debían situar los enemigos, porque serviría para apagar los odios en los dos bandos.

Cuando las crecidas de los ríos Sar y Ulla inundaban anualmente el valle del Padrón, a la vez que se producían las grandes mareas y soplaban el viento del Sur, se creía que el tiempo sería muy favorable. La leyenda relacionaba este fenómeno con una dama encantada, de larga y abundante cabellera negra, y con un príncipe embrujado, el cual había sido convertido en un monstruo que expulsaba agua por la boca de una forma torrencial. Sin embargo, ésta no podía causar ningún daño gracias a la intervención del cabello de la dama, pues detenía su curso con el simple hecho de flotar en ella. Entonces se producía lo que el celta llamaba la *llena*, que suponía un efecto benigno.

El culto del fuego

El culto del fuego es una de las tradiciones celtas que con más fuerza se conservan en la Galicia actual. En la zona de Bergantiños (Coruña) si alguien escupe sobre el fuego, acostumbra a decir:

¡Judío, no salives en el fuego que salió por la boca del ángel!

Con este proceder se recuerda al dios *Agni*, padre del cielo y de la tierra, que había proporcionado el fuego para que brindase al celta la vida creadora, la fuente eterna, lo que purifica todo aquello que toca y, a la vez, destruye las tinieblas. Actualmente, las gentes mayores de las aldeas se sientan ante el fuego del hogar en actitud de estar orando. Más tarde, en el momento que se van a acostar, se cuidan de proteger el fuego, con el fin de que se mantengan vivas las brasas, que lo animarán al día siguiente sin tener que utilizar una cerilla. Porque consentir que se apague supone un sacrilegio, es *el fago morto* (fuego muerto).

Encender un fuego nuevo suponía para los celtas todo un ritual. Se utilizaban dos trozos de madera seca, rodeados con unas cintas negras, que al frotarlos producían la chispa mágica. Con las primeras llamas brotaba la alegría. Si el fuego no se apagaba durante todo un año, luego alguien debía de cuidarse de alimentarlo con suma atención, proporcionaría un tiempo de suerte a todos los ocupantes de la casa. El fuego podía *ser alegrado* echándole una cucharada de manteca de cerdo. Lo que jamás debía caer en las llamas eran las cascarras de huevo porque esto traería grandes calamidades. Los novios se prometían ante el fuego y todos se cuidaban de no realizar ningún acto malo ante el mismo, ni siquiera el sexual entre los esposos.

El celta consideraba el fuego del hogar su casa, su tribu y su tierra, también el dios que mejor le protegía. Hasta hace años se dejaba, desde la Navidad hasta el primer día de enero, en la lumbre el *Tizón de Navidad*, cuyas cenizas curaban las calenturas y muchas otras enfermedades.

En muchos pueblos de Galicia se tenía la costumbre celta de peregrinar a lo alto de las montañas llevando antorchas encendidas, con ello se pretendía que la diosa Ceres ayudase a obtener grandes cosechas. Unos rituales que se han mantenido hasta hoy, pero con un tono cristiano.

Culto a los astros y a la Naturaleza

Los druidas decían que la noche precedía al día, con lo que estaban dejando claro que la Luna era más importante que el Sol. Sin embargo, en cualquier combate el vencedor siempre era éste, porque representaba el principio activo, el único, mientras que la Luna pasaba a ser la esposa, la vencida. Una relación contradictoria, como tantas cosas en las creencias celtas.

La noche estaba poblada de almas en pena, a las que guiaba *Estadea*, el ángel triste y enfermizo, en compañía de los trasgos y las visiones. Más tarde, al amanecer, llegarían los ángeles hermosos para disipar las tinieblas.

Siguiendo el culto del sol marchaban los peregrinos a Finisterre, obedeciendo a la vieja tradición céltica del *Ara solis* de llegar hasta el Cabo sagrado. Allí se adoraba al sol naciente. Para el sol poniente se iba al Nerio. Aún hoy día algunos ganaderos cuando empiezan a ordeñar, la primera leche que extraen se la muestran al sol, acaso sin saber que están recordando a sus grandes antepasados. También las montañesas colocaban en la ventana, mirando hacia oriente, un tazón lleno de leche como ofrenda a la luz solar que abría las radiantes puertas del día.

Cuando el culto a la Luna degeneró sólo quedaron supersticiones, todas ellas relacionadas con las mujeres y los animales. A la Luna de Enero se le daba el nombre de *muerta*, lo que al campesino le advertía que no debía podar los árboles ni las viñas, pues las dejarías estériles.

Muchas madres que estaban amasando el pan, se cuidaban de prometer una torta a Venus, la estrella matutina, pues creían que así brindaban protección a sus hijos.

Demasiado hemos escrito sobre la relación existente entre el celta y los árboles, lo que se comprueba repetidamente en Galicia. Pero aquí es el roble el que se lleva los honores, ya que representa a toda la tierra. Si un enfermo era pasado por las hendiduras del roble curaría; y para defenderse de cualquier mal, los celtas colgaban en las ramas de este árbol algunas de sus ropas.

Ya no quedan olivos en los cementerios, ni en los atrios de los templos, cuando en la antigüedad nunca faltaban en estos lugares, porque se creía que proporcionaban la paz a quienes se refugiaban en sus sombras. Por eso a los muertos les brindaría el descanso eterno y a los vivos la tranquilidad de espíritu.

Los seres sobrenaturales

M. Murgía los menciona en su libro «Galicia»: *Los seres sobrenaturales en cuya existencia y condiciones creyó y cree todavía el pueblo gallego son los siguientes: ESPÍRITUS DE LA CASA: las almas, el tardo, el tangomango. DE LOS AIRES: el tronante. DE LA TIERRA EN GENERAL. las hadas. DE LAS AGUAS: las vírgenes, las doncellas, las lavanderas. DEL CAMPO Y LOS BOSQUES: los fantasmas, las estadeas o compañía, el canouro. DE LOS ANTROS: los mouros, las lumias, negrumantes.*

Todos estos agentes sobrenaturales, traspasando al hombre las facultades extraordinarias de que se les dice dotados, dar, vida a seres intermedios, poderosos para el bien y para el mal mágicos y augúrales, que participan del carácter divino propio de los espíritus, con los cuales se entienden y gobiernan. De aquí las meigas (brujas) correlativas con las hadas, vírgenes y demás; los vedoiros (brujos) verdaderos pre-videntes; los nubeiros unidos a los tronantes. La conciencia popular los con funde, y vienen a ser como una misma cosa, tanto

en la acción como en los atributos, pues tan lejos lleva el pueblo esta facultad por esencia popular de la personificación de lo, objetos inmateriales, que el meigallo (producto de la brujería) y el encanto son para él, no dos ideas abstractas, sino uno, seres materiales y activos, con cuyo poder y voluntad cuenta de antemano y para siempre. Así esta parte de nuestra mitología es la más extensa, variada y fecunda, la que más y más honda penetra en las creencias y en los actos de la multitud, y la que mejor deja percibir el fondo naturalista en que descansa.

Pero este conjunto de seres sobrenaturales también encierra contradicciones, como podemos observar en las funciones que se atribuyen a las *meigas*, las cuales pueden ser buenas o malas de acuerdo a lo que vayan a desarrollar.

El culto a los muertos

El culto a los muertos se encuentra en toda las civilizaciones del mundo, pero en la céltica se aprecian muchas singularidades. Ya sabemos que los seguidores de los druidas no temían a la muerte. En los sacrificios humanos nadie sentía miedo, ni se negaba a participar, porque se consideraba que era necesario para ganarse el favor de los dioses y, a la vez, nada más que suponía adelantar la llegada al Otro Mundo del joven elegido.

No pretendemos dar la idea de que en Galicia los celtas realizaron sacrificios humanos, ya que no existen testimonios arqueológicos de los mismos. Lo que nos importa destacar es que en estas tierras se creía que el muerto no se marchaba del todo. Su esencia, el alma, quedaría próxima a los seres que amaba, luego se consideraba una especie de huésped muy especial.

Actualmente, en diferentes lugares de Galicia todavía se siguen dejando dos sitios en la mesa, durante la cena de Navidad, para los padres muertos. Se les sirve como si estuvieran presentes, cambiando los platos, llenando los vasos y realizando todo el ceremonial igual que si se estuviera atendiendo a unos seres vivos, a pesar de que las comidas no desaparezcan de los platos, ni la bebida de los vasos. En otros lugares, las semanas anteriores al Día de Difuntos se deja el hogar encendido por la noche, pensando que acaso se presenten las almas de los familiares muertos, por lo que necesitarán que el lugar esté caliente.

Otra de las costumbres que perduran es la limpieza del difunto (tengamos en cuenta que los celtas inventaron el jabón). Antiguamente se cubría el cuerpo con una manteca sagrada, que hoy se ha sustituido, en algunos lugares, por un perfume u otro producto. También se pone al difunto un traje nuevo o sin remendar, con el fin de que no se enganche en los zarzas o los matorrales con las que pueda tropezarse en su deambular por los caminos del Otro Mundo. Si el muerto es un pobre, el pueblo está obligado a costear el entierro, que debe ser lo más digno posible.

Acaso la tradición se haya perdido, cuando era una de las que mejor reflejaban los rituales funerarios celtas. Nos referimos al hecho de que toda la familia entraba en la habitación donde se encontraba el difunto. Cogidos de la mano comenzaban a dar vueltas alrededor del lecho mortuario, a la vez que emitían un sonido parecido al zumbido de las abejas. Nadie dejaba de hacerlo, porque quien se mantenía en silencio podía tener muy cercana la muerte. Conviene saber que los druidas afirmaban que la abeja representaba la parte alada del alma humana, ésa que había descendido de la Luna para introducirse en el cuerpecito del niño o la niña que iba a nacer.

El druidismo gallego

A pesar de que los historiadores no se pongan de acuerdo sobre si los druidas llegaron a la Galicia, los ritos y supersticiones que han perdurado nos permiten creer que fueron ellos quienes los introdujeron. Lo mismo que son responsables, siempre en el sentido más positivo, de que lo celta se sienta allí con una pasión similar a la que se manifiesta en Irlanda, la Bretaña y País de Gales, debido a que es alimentado con lo más sincero de la naturaleza humana.

La costumbre de cortar el muérdago sagrado es druídica, lo mismo que envolverlo en un paño blanco, como se hace en Orense, sobre todo en la noche de San Juan. Si el helecho se dejaba sobre una servilleta limpia y no usada, los celtas creían que a la mañana siguiente aparecería cubierta de diablillos o gnomos. Hemos de tener en cuenta que tanto el muérdago como el helecho eran plantas curativas, en un sentido mágico, ya que no solo sanaban sino que podían ofrecer a quienes sabían utilizarlas la facultad de hacer profecías.

Otra de las creencias relacionadas con los druidas es la de considerar el roble como el árbol mágico por excelencia, el que representaba a toda Galicia. Ya hemos contado en otro apartado las propiedades curativas del roble.

Los celtas que vieron Finisterre como la prolongación de la vida terrenal, consideraban que la mujer era tan importante como el hombre. Es posible que conocieran a algunas druidesas, que los sacerdotes cristianos terminaron por confundir, intencionadamente, con las brujas. Prueba de que se temía la importancia de la mujer la tenemos en el concilio de Zaragoza, celebrado en el año 380, ya que prohibió a cualquier «hembra que se juntara con otras para aprender o enseñar».

Se supone que Prisciliano fue el último druida gallego. Predicó una nueva herejía, supo leer el destino en los astros y tuvo muchos seguidores. Creía en la transmigración de las almas. Comenzó su actividad religiosa en el año 370, hasta que fue denunciado ante el obispo de Mérida. Condenado por el concilio de Zaragoza, el mismo que prohibió la educación de las mujeres, terminó siendo nombrado obispo de Ávila por sus seguidores. Como era un ferviente seguidor de las doctrinas druídicas, se trasladó a Burdeos en el año 384, donde se encontró con algunos «grandes sabios de los árboles». Claro que añoraba su Galicia, por eso se dispuso a volver; sin embargo, la Iglesia romana le detuvo y le condenó a muerte.

Los escritos de este héroe de la religión celta se descubrieron en el siglo XIX, con lo que pudo conocerse la importancia de su pensamiento y de sus creencias. Su mensaje era la libertad mirando a la Naturaleza, a la vez que el repudio de la riqueza material, la observancia de la castidad y la negativa a comer carne. ¿No era esto lo que habían predicado los druidas desde siempre?

A uno se le queda un poso amargo al tener que escribir sucesos como éste, porque constituye el testimonio, entre los cientos de miles que se han dado en la Historia del mundo, de la intolerancia religiosa. Ahora que tanto nos asustan los fundamentalismos, mirar hacia atrás nos lleva a comprobar que transcurrieron muchos siglos, ¡demasiados!, en los que la civilización se detuvo por culpa de las religiones. No vamos a culpar a la cristiana, porque existen testimonios de que la mahometana también prohibía la exhumación de los cadáveres para que los médicos estudiaran el cuerpo humano. Algo que hoy nos parece de lo más normal, y que entonces, de haberse autorizado, hubiera conseguido un avance de siglos en la medicina.

Pero, ¿qué decir de la imposición, que cubrió toda la Edad Media, de reflejar en la pintura y en la escultura, lo mismo que en todas las demás artes, nada más que motivos religiosos que respetaran lo ordenado?

Prisciliano fue un celta gallego, luego universal. Predicó una religión naturalista, que incluía la castidad que se exigía al sacerdote cristiano, y el vegetarianismo, tan apoyado en los conventos; sin embargo, creía en otros dioses... ¡Esto le hizo reo de muerte!

Capítulo XV

LA HERENCIA DE LOS CELTAS

¿Qué queda después de la gloria?

Los celtas alcanzaron la gloria en casi toda Europa, llegaron donde nadie y, luego, sucumbieron. Hoy día nos queda como su herencia unas lenguas, unas tradiciones, unas supersticiones y el mundo del folklore... ¿Hay algo más?

¡Sí! Desde que Irlanda se convirtió en un país libre, se empeñó en resucitar lo celta. Lo había conservado en su idioma, a pesar de que sobre el mismo pesaran muchas influencias. Lentamente, se cuidó de alimentar la música, las canciones, la literatura en sus variadas formas y algunas otras cosas relacionadas con la sensibilidad y las emociones. A este carro de la resurrección del pasado se unieron Escocia, País de Gales, Bretaña, Galicia, el norte de Portugal y parte de Cantabria. También Francia.

Sin embargo, en ésta se diría que lo celta hiere, en algunos sectores, luego prefiere mantenerlo en la trastienda. Cuando el país entero posee una estructura celta, pues sus carreteras se construyeron sobre senderos abiertos por aquellos adoradores de los árboles, sus ciudades se estructuraron en aquellos tiempos, aunque quienes lo hicieran fueran celtas pagados por Roma.

Los grandes héroes vivos, los reales, eran celtas nacidos en la Galia, que se sentían bien apegados en esta tierra. La evidencia de que el francés más sencillo ama su pasado celta lo tenemos en el enorme éxito editorial, cinematográfico y turístico que supone el personaje de cómic Asterix, el pequeño galo o celta, con su amigo Obelix, el gigante ingenuo que se cayó de niño en la marmita donde el druida Panoramix preparaba la poción mágica, por eso no la necesita. Se han vendido cientos de millones de ejemplares de los cómics, se han realizado más de una docena de películas de dibujos animados y en París hay un parque de atracciones dedicado a estos personajes, el cual recibe a cientos de miles de franceses y turistas cada año.

Todo lo anterior no quita para que exista un sector que se siente molesto ante lo celta, ¿acaso porque su egocentrismo les lleva a pensar a sus componentes que así alimentarían el independentismo de Bretaña o que se tocaría el peligroso tema del «colaboracionismo» con el invasor tan frecuente en este hermoso país?

¡Cuidado! Nos estamos adentrando en terrenos pantanosos, por lo que será mejor que nos dediquemos a lo nuestro: el enigma.

¿Dónde están los druidas?

Los druidas eran jueces, médicos, directores de conciencias y poetas, además de muchas otras cosas más. Su influencia llegó a los sistemas de enseñanza cristianos a través de los santuarios católicos de Irlanda, para adentrarse en el centro de Europa. Considerar al alumno como un ser individualizado, al que se debe enseñar en función de su personalidad y de sus actitudes, que a la vez pueden ser estimuladas, fue algo que recogieron las universidades sin preguntarse de donde provenía.

Cuando el druida adquiere tintes de inmortalidad es al aparecer en la literatura. De no haber sido por los monjes irlandeses hoy no conoceríamos a los héroes míticos, entre los cuales destacan el rey Arturo, el mago-druida Merlín, el héroe Lancelot y la Tabla Redonda. ¿Quién no se ha emocionado leyendo algunas de las novelas «artúricas»?

Jean Markale en su obra "Druidas" nos presta esta referencia:

El druidismo no se contentó con reunir ciertas prácticas y rituales más o menos mágicos. El druidismo tenía un alcance espiritual que los griegos y los latinos admiraron sin comprenderlo, pero del que seguramente dieron testimonio. El druidismo fue ciertamente una de las más grandes y más exaltantes aventuras del espíritu humano, aspirante a conciliar lo inconciliable, el individuo y la colectividad, Dios y la criatura, el Bien y el Mal, el Día y la Noche, el Pasado y el Porvenir, la Vida y la Muerte, razonando según términos heterológicos y especulando audazmente sobre el Devenir que es el movimiento eterno en un tiempo abolido.

Ciertamente, es posible ir más lejos en la exégesis. Por sus oscuridades, con frecuencia deseadas por los propios druidas, poco preocupados porque su doctrina se difundiera en cualquier sitio y de cualquier manera, el druidismo excita la imaginación. Se siente confusamente que allí estaban los gérmenes de una tradición occidental perfectamente adaptada a los pueblos de Europa. Los que buscaban desesperadamente reencontrar sus raíces espirituales en esta Europa del noroeste se han visto a veces reducidos a volverse hacia el Oriente. Pero Oriente también tiene sus espejismos. En todo caso, Oriente posee su propia lógica que no es forzosamente la nuestra, y el cristianismo, que también es oriental, ha falseado el juego normal de la evolución occidental.

Más que nunca, en esta época de interrogaciones y de mutaciones, la cuestión que se plantea es ésta. ¿Quiénes somos? El druidismo habría debido poder ofrecernos una respuesta. ¿Era demasiado tarde?

Nosotros creemos que sí. La ocasión histórica se perdió, lo que queda es el recuerdo, unido a la posibilidad de que éste consiga animar a quienes pretendan aprovechar sus conocimientos. De hecho existieron sociedades drúidicas en diferentes siglos, las cuales pretendieron repetir los antiguos comportamientos; sin embargo, fueron desapareciendo. Lo que sí han quedado son los ritos de iniciación y algunas doctrinas, que podemos encontrar en los *Rosacruces* y en los *Masones*.

Portaron la antorcha de la civilización

Los celtas cumplieron la misión en nuestro mundo de ser portadores de la antorcha de la civilización, y nosotros somos sus herederos. Como amaban la belleza y las ideas naturalistas, nos han legado una sensibilidad y otro concepto de lo humano muy distinto al de las religiones tradicionales, sobre todo de la católica.

Cuando observamos el arte de los celtas, caemos en la cuenta de que aportaron conceptos que todavía hoy resultan actuales. Utilizaron las líneas

curvas como nadie, con lo que dieron a sus figuras un relieve extraordinario. Pulimentaban las joyas con una delicadeza que sólo puede nacer de la vocación, de lo que crea un genio. Con algunos de sus pendientes nos transmitieron, por ejemplo, la sensación de estar contemplando las dunas del desierto o una playa dorada por el sol y nunca mancillada por el pie del hombre.

Es la escultura donde mostraron los artesanos celtas la fuerza de la geometría y el relieve al trabajar el mármol y el bronce, lo que intentaron copiar algunos creadores del siglo XX, como Henri Laurens. Podemos afirmar que mostraron en todo su arte la afición por el ensueño, lo fantástico y lo sobrenatural. Porque en sus obras estéticas más originales, a medio camino entre lo real y lo irreal, representaron algunos motivos y temas familiares de los mitos y de las leyendas que transmitieron a las generaciones la memoria de los bardos. Como se ha podido comprobar al conocerlas por medio de los escritos de los monjes irlandeses y, luego, gracias a las investigaciones de Standish O'Grady.

Los grandes enigmas celtas

Los celtas surgieron en el norte de Europa, en una conjunción de hiperbóreos, cimbrios y cimerios y, luego, se extendieron por el continente. El enigma de su origen se resuelve, en parte, al localizarlos en Germania, donde adquirieron el impulso que les llevó a la Galia, en cuyas extensas tierras adquirieron casi toda su grandeza.

Los enigmas que plantea esta civilización provienen de su cabeza y de sus pies: los druidas. Todas las dudas que se han generado a lo largo de los siglos sobre la religión de los celtas son partidistas, al nacer de escritores pertenecientes a los países que fueron víctimas de ellos, los griegos, o conquistadores, como los romanos. Sin embargo, las mayores tergiversaciones de la verdad provienen de la Iglesia romana, cuyos dirigentes olvidaron, una vez se hicieron con todo el poder moral e intelectual de Europa, que al reprochar tantos males a las llamadas herejías, entre las que contaba la religión celta, estaban repitiendo lo que se había dicho contra ellos desde los foros de Roma mientras eran perseguidos.

Sin embargo, lo que pensaban los druidas, lo que predicaban, nos ha llegado en los escritos de los monjes irlandeses, luego se pueden contrastar. Si nos parece que prometían imposibles, como ciertas curaciones con el simple hecho de tocar un árbol o beber agua ciertos días, a la vez que se respetaban unos rituales, diremos que la medicina actual acepta como terapia el convencimiento del enfermo de que va a sanarse. La autosugestión, la fe, es capaz de todo: nunca conseguirá que le brote el brazo perdido a un manco o el ojo al tuerto, pero sí es capaz de superar hasta un cáncer maligno.

Por otra parte, la medicina naturalista nos ha demostrado que la utilización de plantas, que previamente han sido tratadas de una forma sencilla, pueden curar un gran número de enfermedades. Hoy día se están encontrando plantas en las selvas amazónicas y en los territorios de América Central, donde vivieron los aztecas y los mayas, muy eficaces para tratar tumores y otras dolencias que hasta ayer parecían incurables. Cuando los druidas recorrían los bosques de Europa, éstos ocupaban unas superficies veinte o treinta veces superiores a las actuales, al mismo tiempo que disponían de especies de plantas y de árboles ya desaparecidos.

Luego los enigmas relacionados con la religión de los celtas son fáciles de despejar si se estudian los libros que la recogen. Lo que nos parece más difícil es comprender la causa de la supervivencia del mito celta en países como Irlanda, lo

mismo que en Galicia o en la Bretaña, cuando en la Galia, que dio sus mayores héroes y los tuvo en cada uno de sus rincones sólo los valoran como algo folklórico.

Hemos intentado explicar las razones del amor a lo celta, y creemos haberlo conseguido, en lo que se refiere a Irlanda y a Galicia; no obstante, nos queda la duda al valorar los elementos utilizados. ¿Por qué se ama lo celta y no lo fenicio o lo cartaginés? ¿Acaso se deba a que estas dos civilizaciones pensaron más en el comercio y en la guerra que en la formación del pueblo al no contar con una sólida religión propia y unos sabios maestros-sacerdotes que la enseñaran hasta convertirla en la esencia misma, en la sustancia, del creyente?

Aplaudamos todo el apoyo a lo celta

Lo celta atrae, gusta y emociona. Una persona imparcial que asiste a un festival de música celta, no tiene necesidad de conocer el gaélico para gustar de la música unida a la palabra, con la que forma una unidad. Observar en los museos o en las páginas de los libros, muchos de los cuales incluyen reproducciones extraordinarias, las vasos, los torques, la joyería, los escudos y tantos otros objetos realizados por los artesanos celtas, nos revela que se elaboraron con amor.

Éste es el mensaje que deja lo celta: no existen límites para la creación humana cuando se buscan los objetivos junto al hermano, el que comparte nuestros ideales y es movido por las mismas creencias. Pero conviene llevar al lado a un buen maestro, el druida, que nos ayude a ver el camino a seguir. Lógicamente, aparecerán enemigos, a los que se puede convencer con la palabra en lugar de con la violencia. Lo que importa es tener la seguridad de que no estamos solos, ya que al apoyo del compañero o la compañera se une la Naturaleza, en la que se pueden encontrar los medios imprescindibles para conseguir la plena superación.

¡Ojalá que la pasión por lo celta mueva tu existencia de aquí en adelante!

BIBLIOGRAFÍA

- Blaschke, Jorge; y Palao Pons, Pedro: *Druidas. Los magos del bosque*
- Breiz, Barbaz: *El misterio celta*
- García, Constantino: *Horóscopo y cartas celtas*
- García Casado, Sira: *Los celtas un pueblo de leyenda*
- Hubert, Henri: *Los celtas y la civilización céltica*
- Jane Grein, Miranda: *Mitos celtas*
- Krutas, V.: *Los celtas*
- Marco Simón, R: *Los celtas*
- Markale, Jean: *Los celtas y la civilización celta*
- Markale, Jean: *Los druidas*
- Markale, Jean: *La epopeya celta en Irlanda*
- Murguía, M.: *Galicia*
- Norton-Taylor, Duncan: *Los celtas*
- Rolleston, T. W.: *Los celtas*
- Ross, Anne: *Druidas, dioses y héroes de la mitología celta*
- Sainero, R.: *La huella celta en España e Irlanda*
- Cuadernos «Historia 16»: *Los celtas en España*

